

Islas y puentes

**Tres ensayos y una entrevista
sobre el Catolicismo Independiente
en los Estados Unidos**

Rev. Libardo Rocha

con un prólogo por el Rev. Dr. Jayme Mathías

Extraordinary Catholics Press
Austin, Texas

© 2019 by Rev. Libardo Rocha

All rights reserved
including the right of reproduction
in whole or in part in any form.

Extraordinary Catholics Press
P.O. Box 2386
Austin, Texas 78768

Printed in the United States of America

ISBN 978-1-69-856039-7

Contenido

Prólogo	i
Unas meditaciones para un encuentro de cleros católicos independientes en Austin, Texas	1
<u>¿Concibió Dios la Iglesia?</u>	17
<u>Los terroristas católicos</u>	29
Una entrevista con el Padre Libardo Rocha	50

PRÓLOGO

Rev. Dr. Jayme Mathías

Aquí en la Iglesia Católica de la Sagrada Familia en Austin, Texas, a veces nos preguntamos qué hicimos para merecer al Padre Libardo Rocha. Las personas entran y salen de nuestras vidas, y la inmensa gratitud a veces es la única respuesta apropiada para la forma en que algunas personas enriquecen nuestras vidas.

El Padre Libardo llegó a la Sagrada Familia en el 2015, después de más de 20 años de ministerio como sacerdote católico en Roma. Cuando era un joven en Colombia, conocía bien el contexto de la teología de la liberación latinoamericana. Como profesor de la teología dogmática en una universidad pontificia en Roma, compartió su amor por la historia y por las doctrinas de su iglesia. De un profundo pozo espiritual y teológico, sacia la sed de sus lectores y de sus estudiantes, enriqueciendo las vidas de aquellos a quienes enseña y predica. El Padre Libardo es un regalo a la Iglesia Católica de la Sagrada Familia; más importante aún, ¡es un regalo al Catolicismo Independiente!

San Pablo escribió: “por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor. 15,10). No hay duda de que el Padre Libardo reconocería de manera semejante el papel de la gracia de Dios al convertirlo en quien es hoy, y en llevarlo a su ministerio actual como sacerdote en la Iglesia Católica de la Sagrada Familia y en la bella y diversa tradición del Catolicismo Independiente. Continúa compartiendo generosamente de sí mismo, de sus dones, y de su vida en la búsqueda de ayudar a otros a crecer en su relación con Dios y con los demás.

El vocabulario del Padre Libardo encarna lo mejor de la eclesiología *communio*, y a menudo habla de la comunión con la que debemos vivir como pueblo de Dios y como ministros que lo guían. Esto está reflejado en su imagería de islas y de puentes en esta obra. Imagine usted un mundo en donde las muchas “islas” del Catolicismo Independiente estén conectadas a través de un sistema de puentes: ¡Ésa es la visión que el Padre Libardo tiene para nosotros! Imagine nuestro papel, como el del propio *pontifex maximus*, de construir puentes: ¡Ésa es la visión del Padre Libardo para el clero y los laicos del Catolicismo Independiente!

Aquí en la Sagrada Familia, nos hemos infectado no sólo por el entusiasmo contagioso del Padre Libardo y de su amor por la Iglesia, sino también por su eclesiología *communio*. Durante los primeros seis años de nuestra existencia, nuestra comunidad parroquial se identificó a sí misma como parte de una jurisdicción Católica Independiente, una que probablemente se parece a muchas otras pequeñas bandas de clérigos

Católicos Independientes en los EE.UU. Luego, en mayo del 2018, para celebrar el aniversario de plata del Padre Libardo como sacerdote, invitamos a todos nuestros hermanos en el ministerio a unirse a nosotros para celebrar su vida de servicio. Incluso ofrecimos cubrir sus gastos de viaje. Se puede imaginar nuestra decepción por la falta de respuesta, menos que entusiasta. Claro que estábamos agradecidos por la presencia de nuestro obispo y de la única sacerdotisa de la jurisdicción; también estábamos tristes al darnos cuenta de que nos habíamos afiliado a un clero que aparentemente tenía poco interés en ser más que un grupo de islas sueltas en el mar Católico Independiente.

Cinco meses después, en octubre, les extendimos otra invitación a la comunión. Los mismos dos respondieron, los mismos 13 no lo hicieron, y solo nuestro obispo se unió a nosotros por un tiempo de fraternidad, comunión, y educación continua. Fue un momento liminal en nuestra autorrealización que ya no deseábamos ser una isla, y que deseábamos ser parte de algo más grande que cualquier jurisdicción dada. Así surgió el sueño de organizar una reunión interjurisdiccional del clero y de los laicos del Católico Independiente.

Como parte de nuestra experiencia en octubre del 2018, el Padre Libardo compartió una reflexión sobre cómo los israelitas no fueron olvidados en las páginas de la historia porque escribieron su historia. Nos retó a escribir nuestras propias “escrituras”, nuestra propia historia y teología Católicas Independientes. Este libro es el primer intento del Padre Libardo de hacer exactamente esto por y dentro de la tradición Católica Independiente. Él ilumina de la manera más amable y pastoral lo que yo podría caracterizar como la “patología isleña” del Catolicismo Independiente: Nos llamamos “independientes”, y nos llamamos “católicos”, y de alguna manera buscamos separarnos de la realidad eclesial universal y católica que es...¡la Iglesia! Así las palabras “Católico Independiente” se parecen un oxímoron que le falta una mayor interdependencia correctiva. ¡Le falta la construcción de puentes!

En el presente trabajo, el Padre Libardo plantea preguntas sobre nuestra propia identidad como Católicos Independientes, y propone caminos hacia una mayor comunión a través de la organización de sínodos interjurisdiccionales y el intercambio de sueños, ¡como el de escribir un *Lumen gentium* Católico Independiente!

Entonces, disfrute este trabajo, reflexione sobre las palabras del Padre Libardo, y únase a nosotros en hacerlas parte de su oración y de su praxis al servicio al santo pueblo de Dios dentro del maravilloso regalo al mundo ¡que es el movimiento del Catolicismo Independiente!

UNAS MEDITACIONES PARA UN ENCUENTRO DE CLEROS CATÓLICOS INDEPENDIENTES EN AUSTIN, TEXAS

26 DE OCTUBRE DEL 2019

De la crisis nace el Concilio de Trento

Cada vez que la Iglesia está en crisis, acude a un instrumento importante con resultados positivos, y son los famosos concilios. Y quisiera partir del Concilio de Trento porque evidentemente en los 21 concilios que ha tenido la Iglesia Católica Romana, Trento ha sido importantísimo desde el punto de vista histórico, desde el punto de vista dogmático, y desde el punto de vista de la organización de la Iglesia. Antes de Trento, hubo 18 sínodos concilios. Trento fue el número 19, y después vino el Concilio Vaticano Primero, y después el Concilio Vaticano Segundo.

¿Por qué Trento? Porque evidentemente la Iglesia Católica Romana estaba en crisis. Porque evidentemente la Iglesia Católica Romana había perdido todo lo que implica, desde el punto de vista de la organización, y no tenía claros los elementos que hoy como hoy, son fundamentos de nuestra fe: el dogma, los sacramentos, y el canon de la Sagrada Escritura. Parece una grande contradicción que se esperaron 1,500 años para establecer definitivamente el canon en la Iglesia Católica Romana. Y al mismo tiempo se esperaron 1,500 años para establecer definitivamente que los sacramentos eran siete. Y se esperaron 1,500 años para establecer todo lo que tiene que ver con la realidad teológica y dogmática del Sacramento de la Eucaristía.

Por tanto, tenemos que partir de Trento, porque Trento para la Iglesia Católica Romana es como Freud para la psicología moderna, o es como San Agustín para la patrística, o es como el Santo Grial en todas las historias que giran alrededor de la muerte y resurrección de Cristo. Y eso hace sí que no podemos nosotros *no* comenzar por Trento para hacer un análisis sociológico de la situación actual de la Iglesia.

¿Y por qué Trento? Porque evidentemente fue una reacción a la problemática sociopolítica que se vivía en ese tiempo. Clemente III, no ajeno a toda la situación, se vio obligado—y no es un caso que el movimiento de Trento venga llamado la Contrarreforma. ¿Por qué “contrarreforma”? ¿Y qué tenían que reformar, cuando en el fondo la Iglesia supuestamente “estaba bien”, muy bien ubicada, muy bien sentada en su trono? Entonces, ¿cuál era el problema?

El problema era la reforma de un agustiniano que se dio cuenta de que era necesario abrir puertas y al mismo tiempo despolvorear todos los trapos sucios que había dentro del seno de la Iglesia. Y fue cuando Martín Lutero, muy inteligente, pero ayudado también por todos los príncipes alemanes, contó con grande suerte cuando, publicando sus 95 tesis, tuvo el aval de toda la parte de la Iglesia Católica Alemana, no sin tener en cuenta un detalle que los alemanes siempre han sido considerados “bárbaros” por parte de la Iglesia Católica Romana. Pero esos “bárbaros” tienen una inteligencia que a veces va mucho más allá de la que Roma tiene en cuenta para juzgarla y al mismo tiempo para condenarla.

Martín Lutero fue condenado, pero se dieron cuenta que Martín, este agustiniano, rompió el velo del templo y desestabilizó los fundamentos de la Iglesia. E hizo que generó una reacción en la Iglesia que en el fondo fue positiva en la Iglesia Católica Romana, porque estableciéndose el canon de la Sagrada Escritura, estableciéndose definitivamente los siete sacramentos, y habiendo una teología clara y precisa con respecto al dogma del sacramento de la Eucaristía, podemos decir que se configuró un cuerpo más sólido, artífice de ese movimiento. Se organizaron los seminarios por primera vez. Los obispos, que nunca residían en sus diócesis, comenzaron a residir y a ser obispos y pastores de sus diócesis. Se estableció una educación teológica más sólida de los futuros sacerdotes. Se establecieron los seminarios, y eso trajo consecuencias positivas para la Iglesia, la configuración de las diócesis, y todo lo que tiene que ver con la jerarquía, pero al mismo tiempo con la administración de una Iglesia que necesitaba ser administrada bien.

Se acaba la figura del Papa Rey y nace la idea de la “infalibilidad”

Y después de Trento, se vivió de las rentas de esa realidad teológica, humana, y no tanto divina, porque en realidad la Iglesia es santa, pero está configurada por nosotros, los humanos, y que, sostenido por el Espíritu Santo, se requiere mucha fe para llegar a esa convicción, se vivió de las rentas de Trento, que dieron resultados positivos hasta cierto punto. Pero fue necesario esperar otros 300 años para que de nuevo la Iglesia se reconociera en crisis. No es un caso que con la brecha de Porta Pía en 1870 fue cuando se acabó con la figura del Papa Rey Pío IX.

La iglesia es muy sabia, y los sacerdotes y obispos que asesoraban al papa eran muy sabios, y se estaban dando cuenta de lo que se les venía. Se necesitaba la unificación de Italia. El papa era un elemento que

perturbaba la unidad de Italia porque estaba en Roma, y los italianos, con la unidad de Italia, querían a Roma como capital. Pero era la ciudad del papa. Y entonces, de nuevo hubo un concilio, y no es un caso que lo que más se resalta del Concilio Vaticano Primero es el dogma de la “infalibilidad” del papa, un dogma que evidentemente en vez de traer resultados positivos, trajo resultados muy negativos y que era fruto de la crisis que vivía la Iglesia, y era fruto de lo que sabían que se les venía. La brecha de Porta Pía por parte de los *bersaglieri* italianos rompía con la hegemonía, y rompía con el monopolio total del papa y sus estados pontificios con respecto a la unidad de Italia. Era una incoherencia tener un papa, y al mismo tiempo pedir la unidad de Italia. El dogma de la “infalibilidad” fue lo que hizo reaccionar a muchos obispos y generar movimientos que, separándose de la Iglesia, como en el año 1054, cuando la Iglesia Católica Romana se separó de la de Oriente, creó unos nuevos movimientos que todavía subsisten.

De modo no totalmente adulto, pero que vale la pena que tengamos en cuenta esa realidad espiritual, esa realidad sociológica, esa realidad antropológica, lo que se llaman las famosas iglesias separadas o las famosas iglesias independientes. Algunos consideran que la causa fue la “infalibilidad” del papa. Sí, puede ser, pero no sólo. Es solamente un elemento, porque toda la estructura del Concilio de Trento que se venía arrastrando ya anacrónica y con grandes deseos de reforma, tuvieron respuesta en el Concilio Vaticano Primero, pero la respuesta fue no unívoca, sino más bien equívoca, porque no hubo otra cosa sino un dogma de la “infalibilidad” y al mismo tiempo, fue un concilio no concluido. El Concilio Vaticano Primero nunca tuvo conclusión de tal manera que cuando de nuevo la Iglesia se encontraba en otra grande crisis, surge el deseo de un nuevo concilio, y la pregunta era: ¿Concluimos el Concilio Vaticano Primero, o creamos un Concilio Vaticano Segundo? Y la decisión del Papa Roncalli, Juan XXIII, fue abrir las ventanas de la Iglesia Católica Romana para un nuevo Concilio Vaticano Segundo.

Entonces llegamos a necesitar otros 300 años casi, para otro nuevo concilio. En 2,000 años de historia de la Iglesia, si podemos hablar de una historicidad plena, sólo ha habido 21 concilios reconocidos, y nos encontramos a los albores de con grande probabilidad, no de esperar otros 100 o 200 años para un nuevo concilio.

Hoy como hoy, una reunión importante que sea, como los concilios ecuménicos, aunque se le ha dado menos importancia creando los famosos sínodos que ahora están de moda con el papa actual que tenemos, el Papa Francisco. No es un caso de que le ha dado grandísima

relevancia esta realidad: el Sínodo Primero de la Familia, el Sínodo Segundo de la Familia, el Sínodo de los Jóvenes, y ahora el famoso Sínodo Pan Amazónico que, con respeto, tengo muchísimas dudas, y desde el punto de vista teológico, después de analizar el *instrumentum laboris*, creo que tengo mucho que decir con respecto al panteísmo que se está estructurando delante a esta realidad. Por fortuna, no es vinculante desde el punto de vista dogmático. Pero volvamos a la realidad nuestra.

La Iglesia Católica Independiente: ¿Quiénes somos y adónde vamos?

Hay que notar un detalle que no puede pasar desapercibido cuando vamos a hacer un análisis de lo que somos cuando hablo de lo que somos y seremos en el futuro. Estoy refiriéndome a las iglesias católicas independientes, o a la Iglesia Católica Independiente. Podemos decir “las iglesias católicas independientes” o “la Iglesia Católica Independiente”, depende de la visión eclesiológica que tenga cada teólogo con respecto a esa realidad que más adelante me gustaría aclarar o aportar detalles que puedan ser beneficiosos para que esta visión sea mucho más clara.

Entonces estamos viviendo momentos difíciles. Estamos viviendo momentos en que tenemos que ser llamados a la colegialidad ministerial y, sobre todo, a la colegialidad episcopal, que son los responsables de custodiar el depósito de la fe que hasta ahora manifiesta fundamentos que hacen, sí, que el cristianismo no solamente subsista, sino que sea un faro que ilumina el Catolicismo con todos sus movimientos y con todas las iglesias dentro de la hermandad ecuménica que tiene.

No podemos nosotros *no* hacer un análisis de lo que somos, por qué somos, y para dónde vamos, y para hacer un análisis muy pero muy serio, teológico, sociológico y antropológico de esta realidad, no podemos nosotros *no* partir como lo estoy haciendo, viendo desde lejos Trento y llegando hasta hoy –después de Trento, después del Concilio Vaticano Primera, del Concilio Vaticano Segundo, y hasta hoy –qué es la Iglesia, qué es la famosa barca de Pedro esculpida delante de la puerta mayor de la Basílica Vaticana.

Esta barca, ¿para dónde está andando, y cuáles son las olas y cuáles son los huracanes y las tormentas que están azotando esta barca? La ola que está convirtiéndose en un gran tsunami, en un huracán, que está haciendo sí que esta Iglesia comience a fatigar, es la secularización en el mundo de hoy, que es una terminología muy impropia de nosotros, los clérigos. La secularización la llamarían en palabras más simples, la

descristianización. El mundo nunca como ahora está comunicado, nunca como ahora goza de los privilegios de los medios y de los adelantos tecnológicos que hacen que podamos comunicarnos. Pero, al mismo tiempo, estamos viviendo la enfermedad del siglo, y es la soledad. Estamos solos, como decía Albert Camus. Somos extranjeros caminantes en una noche oscura o, como decía un gran escritor checo, el famoso Franz Kafka, estamos viviendo una metamorfosis dentro del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, como viene subrayado por San Pablo, y esa metamorfosis está haciendo que los cristianos, convirtiéndose en adultos no cristianos, se están alejando de la fuente, como decía el grande místico español, San Juan de la Cruz. Por tanto, estamos de nuevo, a mi parecer, en crisis.

Y cuando la Iglesia está en crisis, necesita una reforma o necesita ser llamada a una reflexión seria. Necesita ser llamada a un *mea culpa*. Necesita ser llamada a vivir y a contemplar el panorama en el cual se está moviendo, pero al mismo tiempo, con grandes deseos de cambio para mejorar y para abrir sus puertas a los que se han ido en la figura del hijo pródigo (Lc. 15,11-32). Es la figura del hijo pródigo que estaba muy bien en su casa con su padre, pero quiere irse a despilfarrar la herencia que se le ha sido concedida por amor, y ahora nos toca hacer de padre misericordioso. Se habla mucho de esta parábola y siempre se habla del hijo pródigo que, con todas sus faltas, regresa. Pero poco se habla de la bondad del padre que abre sus brazos con misericordia. Y pienso yo que la Iglesia Católica Independiente tiene mucho que dar, y tiene muchos brazos para abrir con respecto a la problemática que está viviendo la humanidad hoy cuando está alejándose de las fuentes, buscando otras realidades como una especie de sofisma de distracción. Pero no es más que un sofisma de distracción, porque después de que la luz me ha encandilado y me ha distraído, quedo en la oscuridad total. Y pensamos desde el punto de vista de la espiritualidad y desde el punto de vista de la Sagrada Escritura, que la salvación está en Cristo. “Yo soy al camino, la verdad y la vida” (Jn. 14,6). “Yo soy el Alfa y el Omega” (Apoc. 1,8). “Nadie viene al Padre sino por mí” (Jn. 14,6). “Yo y el Padre somos una sola cosa” (Jn. 10,30). “Y el verbo se hizo carne y vino a habitar en medio de nosotros” (Jn. 1,14).

Pues eso es lo que creo, que la brújula se nos ha perdido. ¿En dónde está la Iglesia Católica Independiente o las iglesias católicas independientes cuando deben hacer un análisis de su realidad, y, primero que todo, mirar sus orígenes? Porque el ser humano que desconoce sus fuentes y sus orígenes tiene el riesgo de vivir como un extranjero a medianoche. Y no es que podamos tener la excusa del

famoso filósofo español José Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias”. ¿Cómo? ¿Yo soy yo y mis circunstancias? Sí, pero no olvidemos lo que dice el aforismo griego: “Conócete a ti mismo”. Y es lo que yo pretendo y quisiera aportar como un granito de arena a este encuentro: que nos conozcamos a nosotros mismos, pero al mismo tiempo, en la colegialidad episcopal, que seamos una sola Iglesia santa, católica y apostólica. Podamos preguntarnos, ¿para dónde vamos? pero no sin primero analizar quiénes somos y por qué somos?

El ser es el elemento más importante en una persona. Yo, ¿quién soy? Porque si yo me pregunto a mí mismo quién soy, puedo descubrir las cualidades, puedo descubrir lo que soy, y al mismo tiempo para qué soy, y abrirme al otro, que es necesario. Como decía Aristóteles, “El ser humano es un ser sociable por naturaleza”. Y el ser humano es un ser sociable, y en el ser sociable de mi comportamiento, puedo no solamente transmitir lo que soy, sino lo que he recibido: el depósito de la fe. Y por eso soy Iglesia. ¿Y dónde están las iglesias católicas independientes? ¿Cuál es la causa y el motivo de su silencio? ¿Por qué tienen un silencio casi sepulcral, como decía Margherita Guarducci, la famosa epigrafista que descubrió el epígrafe de la famosa tumba de San Pedro? ¿Por qué tienen un silencio sepulcral que evidentemente no hace bien? ¿Por qué, si bien es cierto la Iglesia es fruto también de una vivencia en las catacumbas cuando era perseguida y que, gracias a Dios y a Constantino, logró resurgir con el Edicto de Milán en el 313 d.C.? Y nosotros, ¿no tenemos como Iglesia Católica Independiente esa gran persecución? ¿No tenemos elementos que puedan permitir que las iglesias católicas independientes o la Iglesia Católica Independiente se identifique y al mismo tiempo deje escuchar su voz? ¿Por qué ese silencio ha hecho sí que después del Concilio Vaticano Primero en 1870, no se haya configurado una realidad como la podemos ver en la Iglesia Luterana, o como la podemos ver en la Iglesia Anglicana, con unas estructuras sólidas? Porque de eso, la historia nos lo enseña la misma Iglesia Católica Ortodoxa en 1054, cuando se separó de la Iglesia Católica Romana. Se separaron las dos iglesias, y hoy la Iglesia Católica Ortodoxa tiene una configuración. ¿Y me digan algunos que somos todavía sumamente jóvenes para configurar una realidad eclesial con fundamentos y con una teología base que pueda hacer, sí, que seamos foco y luz en donde estamos?

Del Concilio Vaticano Primero hasta acá, han pasado casi 150 años. ¿Dónde está la voz de la Iglesia Católica Independiente, la de las iglesias católicas independientes? Es un tema que me gustaría, desde el punto de

vista de la eclesiología y de la comunión, analizar y tener la oportunidad también de decir algo al respecto.

Las islas desaparecen, pero la Iglesia prevalecerá

Por tanto, si el Espíritu Santo nos concede la gracia de tener un encuentro en Austin este octubre del 2019, aunque sea pequeño, pero sí con consecuencias que pueden ayudarnos a tener voz y al mismo tiempo a configurar un cuerpo, ¿por qué no lo hacemos? ¿Tenemos miedo? ¿Tenemos miedo de salir de las catacumbas por no ir mucho más atrás, al Concilio de Jerusalén en el año 49? ¿Tenemos miedo de manifestar nuestra realidad, o peor todavía, el síndrome (porque es un síndrome con características patológicas desde el punto de vista de la psicología moderna del “yo soy yo y mis circunstancias”) que es lo que puede ser aplicado en muchos de los obispos, que prefieren vivir en sus “islas”? Y lo sabemos por la geología, porque eso es ciencia: que las islas tienen el riesgo, con los cambios climáticos, de desaparecer.

“Y tú eres Pedro, y sobre Pedro edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mt. 16,18). Entonces, si yo creo en ese principio teológico como fundamento de fe, pero al mismo tiempo como recurso para fundamentar lo que yo soy como obispo, ¿por qué soy una isla? ¿Por qué deseo estar aislado, con el grande riesgo de que algún maremoto pueda destruirme y quedar en las nubes de una simple idea? No creo que sea justo, porque una vez más sería un detalle que yo he tenido tiempo de analizar las iglesias independientes que han crecido en los EE.UU. se han estancado. Están en silencio, en un silencio que hace mucho daño, porque no podemos nosotros vivir en un silencio y al mismo tiempo en la sombra cuando pudiéramos ser faro en el mundo de hoy que podíamos ser o podemos ser alternativa a la Iglesia Católica Romana o a las otras iglesias que manifiestan y presentan el rostro de Cristo, que es salvación.

Ahora bien, si partir de Trento era para subrayar la crisis de la famosa reforma, cuando un agustiniano osó no solamente romper con todo lo que Roma requería para poder ganar las indulgencias por la famosa construcción de la Basílica Vaticana, sino que fue mucho más allá. Martín Lutero tenía capacidades intelectuales. Tenía grandes valores espirituales. Era una persona de fe y ayudado por las circunstancias. Logró crear lo que hoy nosotros llamamos los famosos “hermanos

separados". Eso está bien, a cada crisis hay una respuesta, y la Iglesia es sabia y maestra delante a esas realidades.

La crisis de la Iglesia Católica Romana en los EE.UU.

Hoy estamos viviendo tiempos de crisis, Permíteme entrar no de un modo superficial, sino con elementos que puedan llamarnos a la reflexión partiendo de la Iglesia Católica Romana aquí en los EE.UU. ¿Cómo es posible que después del Concilio Vaticano Segundo, la Iglesia Católica Romana en los EE.UU. era a la vanguardia no solamente de la apertura con respecto a lo que se requiera la formación de los sacerdotes, sino también a la pastoral y a la liturgia? ¿No es un caso de que en los EE.UU. hay muchísimas universidades católicas? ¿Y qué pasó?

¿Qué ha pasado con la Iglesia Católica Romana en los EE.UU. que, después de todos los embates que ha tenido con respecto a la problemática de la sexualidad de los sacerdotes, ha comenzado a encerrarse en sus sacristías por miedo a ser juzgada y a ser condenada? No es un caso que es el único país en el mundo en donde la Iglesia Católica Romana no solamente le ha quitado el cardenalato a un cardenal en ejercicio de sus facultades, sino también lo ha reducido al "estado laical". Ya no es obispo. No es sacerdote. No es cardenal. No puede celebrar los sacramentos, y nadie ha dicho nada, sólo porque era un corrompido, y sólo porque fue declarado anatema, y porque fue hallado culpable de crímenes contra la humanidad. Estoy de acuerdo, pero nadie ha dicho más nada. Observan y se esconden. O, observamos y nos escondemos por miedo. Tenemos miedo.

En la Iglesia Católica Romana en los EE.UU., también se pueden percibir unas corrientes que influyen de acuerdo al pontífice reinante. En una ocasión, el pontífice reinante, el Papa Francisco, es muy de la parte de la derecha, y entonces el péndulo gira hacia la derecha. En otras ocasiones, el pontífice reinante es un poco a la izquierda, aunque si esa palabra no es apta ni adecuada en el ámbito religioso, y el péndulo gira hacia la parte izquierda.

Después del Concilio Vaticano Segundo, hemos encontrado el fenómeno de la derecha, en donde se ha querido abrir las puertas, pero con grande lentitud. El viento fresco del cual hablaba el Papa Juan XXIII se demoró para entrar con grande dificultad. Pablo VI afrontó toda la problemática del inicio del Concilio Vaticano Segundo, pero después del breve pontificado de Juan Pablo I, vino uno de los pontificados más largos: el pontificado de Juan Pablo II. ¿Y qué sucedió con ese pontificado

que se decía que era muy abierto, pero ha sido uno de los pontificados más cerrados, más tradicionalistas y fundamentalistas en la historia de la Iglesia moderna? Llenaba las plazas de jóvenes, pero, como dijo un obispo italiano, las iglesias estaban vacías. Y es lo que podemos constatar hoy por hoy.

La Iglesia Americana observa. Los americanos son grandes observadores. Los clérigos americanos son inteligentísimos y prudentes, a pesar de toda la problemática que han vivido con la corrupción y con respecto a las denuncias que han tenido. Yo no creo que haya sido menor en Europa o en los países europeos, solamente que se aplicaron las reglas de "tolerancia cero" a la Iglesia Católica Americana, precisamente porque a veces, desde Roma, en el actual pontificado del Papa Francisco, se le mira con cierto recelo, ya que es una iglesia rica y muy organizada. Pero a pesar de todo, la Iglesia Americana sigue observando.

No es un caso que en este pontificado, el papa haya osado intervenir en la Conferencia Episcopal Americana, en la conferencia de los obispos, prohibiendo algunas aportaciones que quería con respecto a la problemática de los abusos y al mismo encontrar la solución a dicho problema. El Papa Francisco lo prohibió porque primero tenían que hablar con Roma. Eso ocurrió el año pasado, pero la Iglesia Americana observa, y en ese observar podemos notar un fenómeno que lo podría llamar sociológico-religioso, y es que en esa actitud de observación, la Iglesia se está cerrando a sí misma, y el péndulo de la Iglesia Católica Romana en los EE.UU. se está orientado hacia la derecha, hacia una derecha que puede traer consecuencias catastróficas, porque estamos volviendo entonces a Trento, porque tenemos que defender la fe cuando la fe no tiene necesidad de ser defendida. Vivirla es mucho mejor y mucho más difícil que defenderla.

Y aquí en los EE.UU., no se habla sino de la defensa de la fe. Los católicos fervientes se han convertido no solamente en críticos, sino también en jueces y en verdugos, condenando allá y acá. Y ese fenómeno es fruto de una observación con respecto a la realidad que vive el mundo actual, y sobretodo en la Europa con la descristianización. Pero el miedo que tiene la Iglesia Americana, y que prefiere esconderse o prefiere vestirse de nuevo con los trajes clericales para distinguirse, como decía en una ocasión un gran teólogo, "vistiendo los vestidos clericales, yo manifiesto que estoy en el mundo, pero no soy del mundo". Delante a esta realidad, me pregunto yo, y estoy seguro que este fenómeno ya está en curso: Los sacerdotes que salen de los seminarios hoy como hoy, son los clérigos más felices de vivir con cuello sacerdotal y de dormir con dicho cuello para manifestar la realidad de lo que son, una realidad

evidentemente que configura. Pero “el hábito no hace al monje, aunque lo distingue”.

Entonces, analizando hacia dónde el péndulo se está inclinando con respecto a la Iglesia Católica Romana en los EE.UU., la pregunta que me hago, es ¿cuál es el puesto de la Iglesia Católica Independiente frente a este reto? Es que, inclinándose la Iglesia Católica Romana en los EE.UU. hacia la parte tradicionalista y hacia la parte de derecha, nosotros que hacemos parte de la Iglesia Católica Independiente o de las iglesias católicas independientes en los EE.UU., tenemos que vernos como elementos perturbadores, porque nosotros estamos de acuerdo con el matrimonio de los sacerdotes, nosotros estamos abiertos al sacerdocio de las mujeres, y nosotros no tenemos en cuenta la inclinación sexual de los sacerdotes. Y eso, ¿cómo es visto por una iglesia tradicionalista que busca configurarse con sus sotanas y con sus cuellos clericales y al mismo tiempo encerrarse con sus breviarios y sus rosarios – cosa que está bien hasta cierto punto, porque la espiritualidad hace parte de una realidad humana y divina de un clérigo – pero nosotros, ¿en dónde estamos? ¿Qué es la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU., y qué pretende ser frente al reto de la sociedad? Porque si una iglesia pende hacia la derecha, todos sus miembros penderán hacia la derecha, y entonces podemos encontrarnos con una realidad imprevista, y es aquella de un elemento que puede ser de ruptura.

¿Qué proponen los obispos de las iglesias católicas independientes?

Y entonces, ¿qué proponen los obispos de las iglesias católicas independientes? ¿En dónde está la voz de la Iglesia Católica Independiente? ¿Hacia dónde quiere ir la Iglesia Independiente? ¿Y cuáles son los fundamentos teológicos y doctrinales en las cuales, con los cuales y por los cuales nosotros podemos no solamente defendernos, sino vivirlos, para poder manifestar que somos una alternativa adelante a un mundo que está cambiando. La pregunta vale la pena, y es necesaria que nos la hagamos.

Ahora bien, partiendo de la diversidad de carismas, y partiendo de la teología de San Pablo cuando manifiesta que la Iglesia es una especie de caleidoscopio, o, diría mejor, un arcoíris con diferentes colores y con diferentes matices. Pero siempre un cuerpo es. Es un arcoíris. Nosotros, en la diversidad que tenemos, podemos también configurar un cuerpo. Es doloroso que el cuerpo místico de la Iglesia Católica Independiente o

las iglesias católicas independientes no son visibles, o la visibilidad que tienen hasta ahora es sumamente mínima. Subrayo de nuevo lo que anteriormente dije: No hay una voz.

Los amantes de la teología y de la historia de la Iglesia y de la eclesiología sabemos un secreto: que todas las iglesias independientes, iniciando de las iglesias luteranas, han tenido sus sínodos. Tienen la configuración de un credo. Así como en el 325 d.C., aunque fue una movida política, la Iglesia formuló su famoso *credo* constantinopolitano, lo mismo ha sucedido en las iglesias luteranas, lo mismo ha sucedido en las iglesias anglicanas, y lo mismo ha sucedido con las iglesias episcopales en los Estados Unidos: Tienen sus sínodos que enriquecen todo el movimiento y al mismo tiempo le dan oxígeno. Cada persona, con la diversidad de sus dones y de sus carismas, enriquece la Iglesia particular a la cual pertenece. Entonces, si la experiencia de estos sínodos ha hecho que se configure un credo, que se configure una liturgia, que se configure una realidad mediática pastoral, ¿por qué no se puede hablar de un futuro sínodo de las iglesias católicas independientes en los Estados Unidos, que podría enriquecernos y que podría darnos voz? “Yo soy la voz en el desierto”, decía Juan el Bautista (Jn. 1,23). Y esa voz en el desierto de hoy tendría grandísima validez desde el punto de vista pastoral y desde el punto de vista eclesial, con grande eficacia en los sacramentos, generando salvación, que es la búsqueda de todos los que nos llamamos miembros de una Iglesia, o ministros de una Iglesia ordenados con un fin positivo, y es aquel de generar salvación en las personas que nos buscan.

¿Por qué no manifestar esta idea de un sínodo, y sembrarla como una especie de semilla que evidentemente tiene que morir, porque “si el grano de trigo no muere, no da fruto” (Jn. 12,24)? Tendrá que morir, y tendremos que morir a nuestros orgullos. Tendremos que morir a nuestros miedos. Tendremos que morir a nuestras ansias de poder, y de gobernar “islas” que se pueden convertir en islas tóxicas, y que no generan lo que realmente predicamos, que es salvación. La ministerialidad de la Iglesia es predicar como nota específica de su misión. El Evangelio de San Mateo es muy claro en el capítulo 28: “predicar el evangelio y bautizar por todo el mundo” (Mt. 28,19). Entonces esas exigencias que, desde el inicio de la historia de nuestra salvación y desde el inicio de la historia de nuestra Iglesia fundada por Cristo, se han manifestado con resultados positivos, y que, en los momentos de crisis, la Iglesia se ha reunido en concilios y en sínodos para evidentemente reconocer sus culpas y al mismo tiempo poder cambiar y

seguir adelante y mejorar, esos elementos son importantes para una Iglesia que no es nueva.

Las iglesias católicas independientes no son nuevas, pero ¿dónde está la voz? ¿O es que nos hemos perdido en la selva buscando? ¿Y qué se busca en una selva, cuando ni siquiera tenemos la idea en dónde estamos? ¿Una choza donde reposarnos? No, la iglesia no es una choza. No. La iglesia es Cuerpo místico de Cristo, según la teología paulina. La iglesia es luz, según la teología de Juan. Su perfil teológico es luz, es amor.

Hay una exigencia, y es tomar conciencia de las reflexiones que debemos hacer, porque si no tomamos conciencia de las reflexiones que tenemos que hacer, seguiremos siendo "islas". Seguiremos siendo mudos. Seguiremos siendo sordos, y al mismo tiempo inoperantes. Podríamos no solamente entrar en la época de las catacumbas, sino quedarnos para siempre enterrados en ellas.

Yo tengo mucha esperanza en este encuentro, mínimo pequeño, pero al mismo tiempo importantísimo para la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU. Que traiga frutos inmediatos en donde la comunión, en la diversidad, en el respeto, en el reconocer al otro, con características distintas, pero al mismo tiempo, como decía el Papa Roncalli, "dejando lo que nos separa, y buscando lo que nos une". Claro que podemos nosotros también convertirnos en un gran baluarte y entrar en la barca de Pedro, porque es grande la barca de Pedro. Y nosotros también hacemos parte de esa realidad.

La llamada a un futuro sínodo

Llamo a una reflexión muy seria para un futuro sínodo en donde los elementos que hoy estamos dando en este encuentro puedan ser semillas que germinen y beneficien la realidad teológica de nuestra Iglesia, generando frutos, y el más importante es el fruto de la salvación. Puede ser que seamos faro, luz y voz. ¿De quién? De Cristo Redentor, Fuego del Espíritu Santo vivificador, y esperanza en Dios Creador, que en la Trinidad, podamos decir: "Somos la Iglesia Católica Independiente de los EE.UU."

Por tanto, tenemos que ser conscientes de los tiempos en que estamos viviendo. No podemos solamente mirar o asomarnos a la ventana del mundo y mirar a nuestras iglesias hermanas y lo que está sucediendo en nuestras iglesias hermanas. Todo esto se puede hacer en un contexto en donde se manifieste la unidad. En la colegialidad y la unidad se

manifiesta en la voluntad de los miembros consagrados que vivan esa realidad. Mirar o asomarnos por la ventana de nuestras casas o iglesias o conciencias nos hace estar al día de lo que está sucediendo y tomar medidas que puedan favorecer lo que somos, y nos ayuda a analizar para qué hemos sido creados, y cuál es la misión en función de lo que somos. Es necesario analizar, porque analizando el pasado y el presente, podemos prepararnos para un futuro mejor.

En Latinoamérica, hemos tenido la posibilidad y la grande riqueza de crear lo que se llama el famoso CELAM, la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Partió con Medellín, y ese encuentro de Medellín ha hecho que la Iglesia Católica Romana en América Latina sea una iglesia adulta. Es una iglesia con todas las dificultades que trae a todos los movimientos que han invadido a la América Latina, pero la Iglesia Católica Romana en Latinoamérica tiene voz, y se siente la voz del CELAM a través de todos los obispos latinoamericanos.

Entre el elenco de todos los encuentros de los obispos latinoamericanos, recuerdo el famoso e importantísimo documento de Puebla, que nos llamaría a una tesis doctoral desde el punto de vista de la teología pastoral. También recuerdo el espesor pastoral de la conferencia de Santo Domingo y de la Conferencia de Aparecida. Por tanto, ellos se han organizado, proyectándose para crear un mundo mejor, como dijo el Papa Juan Pablo II en Santo Domingo, “la civilización del amor”.

¿Cuáles son los fundamentos que hacen que tú seas un obispo de una iglesia católica independiente? ¿Cuáles son las motivaciones psicológicas, emocionales y afectivas que hacen que tú seas obispo de una iglesia católica independiente, cuando no te preocupas ni siquiera de asomarte a la ventana de tu casa, de tu iglesia, o de tu comunidad? Es una enfermedad que puede hacernos mucho daño. Es un comportamiento patológico que tenemos que tener conciencia de que no enriquece, sino que empobrece, e insisto en la figura plástica y artística de la isla. Las islas, con los cambios climáticos, tienen la tendencia a desaparecer, y nosotros no somos islas. Y si lo somos, unámonos.

Construyendo puentes

Y es cuando viene la bellísima figura de los puentes. Viene en mente a mí la famosa ciudad que existe en Italia, que se configuró en República Marinera: la ciudad de Venecia. Conserva el cuerpo de San Marcos, que se lo trajeron los cruzados del Oriente, porque era importante la famosa

República Marinera. Pero, ¿por qué es importante? Porque un montón de islas en una laguna, creando puentes, ¡hizo así que se convirtiera en una gran ciudad! También los puentes son los que unen como trampolín la ciudad de Ámsterdam en Holanda. ¡Puentes! Lo mismo está en otra ciudad bellísima, San Petersburgo, que se encuentra en Rusia. ¡Puentes!

Si somos islas con nuestras propias características y con nuestras propias cualidades y elementos que nos han enriquecido, pues abramos las puertas a las otras islas con puentes, y eso hace que configuremos un cuerpo, y que configuremos la Ciudad de Dios, de la cual hablaba San Agustín. O sea, es la Ciudad de Dios la que hace falta también en este país, para ser una iglesia alternativa, una iglesia en donde abriendo nuestras puertas, muchos de nuestros hermanos no solamente se puedan nutrir, sino santificarse.

No es un caso que he querido partir de Trento, porque Trento fue importantísimo: La Contrarreforma para contrarrestar lo que la reforma de Martín Lutero había quebrado en el seno de una Iglesia que se creía sólida. Y he tratado de hacer de una manera sucinta un recorrido llegando al Concilio Vaticano Primero, Concilio Vaticano Segundo, y a los sínodos que se están celebrando en la Iglesia Romana. Y eso yo lo llamaría, “puentes”.

El puente es el que permite reconocer al otro como hermano. El puente es el que permite en el respeto de la fraternidad y de la comunión hacer que yo respete tus características, y tú respetes las mías, y descubrimos lo que nos une. Nos enriquecemos, y creamos lazos de fraternidad al punto que ya no soy una isla, sino que somos dos, tres, cuatro o más islas unidas, y se logra configurar una realidad física en el tiempo. Y es lo que se llama una iglesia orgánicamente viva.

¡Puentes! Así yo llamaría las Conferencias Episcopales, y esos encuentros como el de Medellín, y como el de Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Esos elementos comportamentales iluminados por el Espíritu Santo han hecho que la Iglesia Latinoamericana se haya convertido también en “esperanza de la Iglesia”, como amaba llamarla el Papa Juan Pablo II. Lástima que hoy también esta iglesia está experimentando la crisis, porque el problema no es solamente Europa; el problema es a nivel global. Nunca como hoy estamos comunicados con todos y por todos, pero al mismo tiempo estamos solos. Estamos viviendo una metamorfosis que afecta el tejido social, y, como decía en una ocasión un rabino judío en la catedral de una famosa ciudad colombiana, Barranquilla: “La sociedad está enferma, y la enfermedad ha hecho metástasis en el tejido social de la Iglesia y de nuestras comunidades”.

Un *lumen gentium* de la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU.

El Papa Francisco dice que la Iglesia actualmente es una especie de “hospital de campo”. Y nosotros, ¿en donde estamos? ¿Dónde está la participación en este “hospital de campo” de la Iglesia Católica Independiente? ¿No será que, con el fenómeno que está en marcha, y que dentro de 10 o 20 años veremos de nuevo a los sacerdotes con sotanas en las calles y en los parques de nuestras bellas ciudades americanas? ¿Nosotros incurriremos en el mismo fenómeno, pero sin voz, y al mismo tiempo sin deseos de hablar? No vale la pena ser o pertenecer a una iglesia muda. Vale la pena ser luz – *lumen gentium*, una luz para la gente.

También quisiera soñar con una famosa *Lumen gentium* de la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU. Decía Pedro Calderón de la Barca, un grande escritor español, “La vida es un sueño”. El problema es que a veces se pueda convertir, agrego yo, en una pesadilla. Nuestros sueños no se convertirán en pesadilla, sino que se convertirán en realidad, porque Dios es vida, Dios es real, y por Cristo nosotros tenemos que ser su Cuerpo en la salvación y por la salvación, manifestando que vale la pena ser parte de la Iglesia Católica Independiente, o de las iglesias católicas independientes o de la Iglesia Católica Antigua. ¿Cómo le llamen? Eso también es un tema para la reflexión. ¿Cómo nosotros nos llamaríamos?

En la antropología hebrea, es importantísimo el nombre. No es un caso que en la cultura hebrea el nombre de Dios no se pronuncia, porque es un nombre que está por encima de todos los nombres, como dice uno de los cánticos más famosos y antiguos de las cartas de San Pablo (Fil. 2,9).

Entonces, seamos lo que somos, o al menos tratemos de dar identidad a lo que somos, y es por eso que vale la pena que entre en nuestro elenco de reflexiones un nombre para la creatura, y ¿quién es esta creatura? ¡La Iglesia Católica Independiente de los EE.UU.!

Una Oración

No podríamos sin la oración del perfil teológico de San Juan: Que todos seamos uno, “como mi Padre y yo somos una sola cosa” (Jn. 10,30). Me gusta esta bellísima oración. Tiene un grande peso teológico, que todos seamos uno en Cristo. Eso solamente se puede encontrar en la humildad de reconocernos nosotros como personas de bien, y al mismo tiempo como personas de oración, aceptándonos los unos a los otros,

amándonos los unos a los otros, y poniendo como centro, no mi persona, no mi yo, sino la persona de Cristo que junto con el Padre y el Espíritu Santo forman la Santísima Trinidad. Amén.

¿CONCIBIÓ DIOS LA IGLESIA?

En los muchos años como religioso, he tratado de configurarme con la tesis que el Padre eterno creó el universo y todo cuanto contiene, como nos enseñaron en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (No. 279), pero, usando un antropomorfismo, me gustaría preguntarle al Padre Dios si cuando en su mente concibió Él todo, en su pensamiento estaba también la Iglesia o las iglesias.

La pregunta no es retórica, y lo que pretende es llegar a la historia de la definición, pero antes no estaría mal saber qué dicen grandes representantes de las diferentes disciplinas de la ciencia sobre la espiritualidad del ser humano.

Pero sigue en pie la pregunta: ¿Qué es la Iglesia, o qué es una iglesia? Amo interrogar las diferentes disciplinas de la ciencia, que son faros que han iluminado antes que nosotros y nos siguen iluminando, y que han dejado una grande riqueza a la humanidad: pensadores y grandes estudiosos que han dedicado sus vidas a dichas disciplinas y que nos pueden ayudar en este camino en el que estamos iniciando nuestro deseo del saber y de ofrecer a la discusión de todos.

Me limitaré a cuatro de estas asignaturas para no ser muy extenso, y al mismo tiempo para tener la posibilidad de hacer una síntesis que pueda dar luz a la pregunta.

La sociología

Intentaré interrogar de manera simple pero sintética a la sociología como ciencia, qué nos diga ella y cómo define la palabra “iglesia”. En la espiritualidad del ser humano, encontramos el deseo de constituir formas primitivas de comunidad que constituyen formas primitivas de “iglesias”, en donde el grupo experimenta la búsqueda del sobrenatural.

No pretendo agotar lo que nos ha dicho en el tiempo y en el espacio esta ciencia, pero sí asomarme a sus fuentes y preguntarle qué dice de las iglesias sin achicar todas sus innumerables respuestas, como a las otras disciplinas que interrogaré. Pero apelando al método científico, haré síntesis de cada una de ellas, para tener una visión global y poder adecuar la pregunta inicial.

Interrogaré al sociólogo y filósofo francés Emile Durkheim (1858-1917), uno de los sociólogos de nuestros tiempos y considerado uno de los padres de esta ciencia. Como representante del racionalismo francés, dice que la religión no es meramente “imaginaria”: En tanto que expresión social, la religión es un fenómeno real y tangible, y no existe ninguna sociedad sin religión. Para Durkheim percibimos una fuerza

más poderosa que nuestras propias individualidades. Esa fuerza es nuestra dimensión social a la que le atribuimos un rostro sobrenatural. La religión sería así la expresión de la conciencia colectiva.

Y yo subrayaría de nuevo con esta definición que donde hay religión, hay iglesia; porque la expresión de la conciencia colectiva en la búsqueda del sobrenatural hace sí que, en esa colectividad, se crea la necesidad de un diálogo y de una discusión que necesita de un lugar físico para el encuentro con el Divino, que yo llamaría iglesia.

La psicología

Interrogaré la psicología y en ella al médico y neurólogo austriaco y padre del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939), un grande representante y el más polémico en lo que respecta a religión y la existencia de un ser sobrenatural.

Me llama la atención el modo como Freud define la religión, comparándola con el mecanismo de defensa infantil frente a los inicios de la condición humana. Según Freud, el ser humano personifica las fuerzas naturales, elevándolas a categorías de fuerzas protectoras, y esto le ayuda a sobrellevar su sentimiento de impotencia. ¿No es un caso que en los sentimientos de impotencia del ser humano, en la mayoría de las veces, es cuando exprime su innata religiosidad? Y algunas veces entra en el fenómeno psicológico de la búsqueda del sobrenatural, y que muchas veces lo “encuentra” en la otra persona que hace parte de una comunidad de personas que creen o que están a la búsqueda de ese “dios”.

Viene a mis recuerdos los años de estudio de la filosofía, y sobre todo de los filósofos griegos, en donde Aristóteles (384-322 a.C.) subrayaba que “el ser humano es un ser sociable por naturaleza”. Y veo en la definición de Freud el germen del Divino, que él prefiere llamar un fenómeno de impotencia, asimilándolo al niño que en su primera infancia considera a sus padres “divinidades protectoras”.

Interesante en todo esto, como estudiando la psicología del ser humano, esta ciencia entra en lo más profundo de su ser, pero se queda sólo en fenómenos, frutos de su condición humana.

La arqueología

Interrogando la arqueología, me referiré en concreto a Catalhuyu (o Catalhöyük), la región de la Anatolia en la actual Turquía, en el lugar del periodo neolítico en donde los arqueólogos descubrieron restos de las primeras ciudades construidas por el ser humano, que con gran probabilidad tiene una fecha de más de nueve mil años. En estos restos,

los arqueólogos descubrieron que las casas eran también tumbas de los muertos.

Es interesante notar cómo en esa civilización lejana en el tiempo, con más de nueve mil años de distancia, se encuentra muy cercana a nuestras costumbres, sobre todo en lo que se refiere a la práctica de enterrar a los muertos. En ella, veo una especie de proto-liturgia hacia los muertos y el deseo de seguir compartiendo con ellos en el más allá.

De esa costumbre, podemos deducir que las personas de ese tiempo, constituían una sociedad que tenía grande respeto por los muertos, justo como en la sociedad actual, y que es fruto en la sociedad moderna en la mayoría de los casos de la creencia en una vida más allá de la muerte. Dichas creencias en la actualidad sólo la comparten las personas que hacen parte de una estructura social que en muchos casos vienen llamadas "iglesia".

Es prematuro pensar que en el sitio arqueológico de Chataljuyu existían comunidades religiosas; ese trabajo lo dejamos a los arqueólogos y a los antropólogos. Pero sí podemos deducir que en el lugar había personas que se interesaban por el rito de conservar la memoria de las personas que pasaban al más allá.

Alguien podría pensar qué tiene que ver la costumbre de enterrar a los muertos con la definición de iglesia. Yo le diría, en el rito de celebrar y enterrar a los muertos, siempre encontramos una casta o grupo de personas encargadas de elaborar una liturgia que, en la mayoría de los casos, tiene un soporte en lo que nosotros conocemos con el nombre de "iglesia", es de notar que en la mayoría de las veces, esa casta venga llamada "sacerdotal". Una vez más, la ciencia, y en este caso la arqueología, nos conduce al camino de la definición de iglesia.

En la arqueología, sería grave omitir la religiosidad de varios pueblos:

- el pueblo sumerio,
- los griegos, con su famoso panteón dedicado a los dioses,
- los grandes monumentos dedicados a los muertos de la civilización egipcia, con sus famosas momias y la no menos llamada casta sacerdotal,
- las famosas tumbas etruscas en la península itálica,
- los dioses del imperio romano y su famoso panteón, y
- las culturas precolombinas como los monumentos de religiosidad de los Mayas, en donde también se han encontrado famosas momias, y de los Aztecas y las famosas momias de Guanajuato.

Todo esto demuestra que, por la historia y la arqueología, podemos encontrar huellas de las grandes civilizaciones que en esos pueblos y que

sin duda alguna, había personas dedicadas a difundir y enseñar al modo de cada civilización, la religiosidad propia de cada cultura.

Lo que dice la teología sobre la Iglesia

¿Pero en donde está la respuesta a la pregunta que le hice al inicio al Padre eterno, si en su pensamiento al crearlo todo, estaba contemplada la idea de una iglesia o de las iglesias? Primero que todo, quisiera detenerme para no alargar el discurso en otra pregunta, y es: Si en nosotros, existe por nuestra propia naturaleza, la necesidad de una iglesia, o solamente nuestra religiosidad es fruto de un elemento de orden social o es algo irrelevante para toda cultura o civilización. Creo encontrar la respuesta en toda la investigación que hemos hecho hasta este momento, interrogando las diferentes disciplinas de la ciencia y como ya lo dije antes.

Si la religiosidad es consustancial con el ser humano, la necesidad del creer pudo hacer que fuera necesaria una estructura y un grupo que guiara tal religiosidad. Por tanto, podemos ver aparecer en todo este contexto sociológico, antropológico, psicológico y arqueológico la sombra de lo que hoy, con tanto orgullo y con todas las problemáticas que en la historia ha creado, se conoce como la figura de la Iglesia o de las iglesias. Pero nos falta interrogar a la teología, la reina de las ciencias, en lo que a Iglesia o iglesias se refiere.

La teología tiene su definición propia y no es otra que el estudio del Divino. Las raíces griegas de la palabra son *theo* ("dios") y *logos* ("estudio"). La teología, como sabemos, estudia de manera sistemática la relación entre Dios y la humanidad; por tanto, no sería un caso preguntarle a la teología, ¿qué es la Iglesia?

En el *Catecismo de la Iglesia Católica Romana*, cuya versión oficial fue publicada en latín en 1997, encuentro un resumen de todo el compendio de la teología en lo que respecta a la definición de Iglesia:

Esta es la única Iglesia de Cristo de la que confesamos en el Credo, que es una, santa, católica y apostólica" (LG 8). Estos cuatro atributos, inseparablemente unidos entre sí (cf. DS 2888), indican rasgos esenciales de la Iglesia y de su misión. La Iglesia no los tiene por ella misma; es Cristo, quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica, y Él es también quien la llama a ejercer cada una de esas cualidades (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 811).

Para mí, esta definición corresponde a una visión de Iglesia excluyente, que no tiene en cuenta la dimensión universal de todos los pueblos y las diferentes culturas en lo que respecta al modo de manifestar

dicha espiritualidad en pueblos y culturas que no son católicos y que nunca conocieron el catolicismo.

La respuesta la tendríamos en el fundamento bíblico que Cristo fundó la única y verdadera Iglesia: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt. 16,13-20). Este fundamento bíblico pone fuera de acción a las demás manifestaciones de iglesia que en el transcurso de la historia se han dado y también la pregunta inicial que le hice al Padre eterno y pensé que podría responderla Cristo su hijo, que es consustancial con el Padre y de la misma naturaleza que el Padre, como viene subrayado en el Credo Constantinopolitano del Concilio de Nicea en 325 d.C.

El ser humano, por su propia naturaleza, es trascendental. Quiere decir que en el ser humano existe una parte corporal con la cual se identifica como ser único, y al mismo tiempo encontramos su dimensión espiritual. Es la espiritualidad de cada uno de nosotros que nos lleva a la búsqueda de un ser superior y diría mejor de un ser que llamamos Padre o Madre creador y arquitecto de todo lo creado. Trataré de obviar todas las polémicas científicas y de grande espesor para quedarme en la fe de creer que yo no soy un ser espiritual solamente, fruto del caso y de las probabilidades de la existencia y origen del ser humano.

La necesidad del otro en la religión

Mi interés es más bien subrayar la espiritualidad que en cada uno de nosotros encontramos y, partiendo con la historia, describir que el otro es necesario para que una persona manifieste su espiritualidad—“el otro” entendido como mi hermano, “el otro” entendido como mi semejante, “el otro” entendido como alguien parecido con características comunes y con afinidades propias y únicas de la raza humana.

No lo digo yo; lo confirma la historia, la antropología, la psicología, la arqueología y otras ciencias más, que el otro que se asemeja a mí es necesario para mi sobrevivir, que es necesario para mi desarrollo personal y espiritual, y que es necesario para que yo pueda sentirme un ser único, pero al mismo tiempo acompañado.

De tal modo que volviendo a la unicidad del ser humano entre los rasgos comunes que encuentro; entre otros están sus emociones, sus percepciones, su inteligencia, su personalidad, y su espiritualidad.

Y es cuando surgen las preguntas: ¿Para qué el ser humano pueda manifestar su espiritualidad? ¿Necesita del otro? ¿Necesita del grupo o clan? ¿Necesita de una sociedad que esté configurada con esa realidad y lo ayude a crecer en dicha disciplina?

La Iglesia ofrece la salvación

¿Cuál es la razón de ser de una Iglesia? En simples palabras, sin entrar en toda la selva que nos ofrece la teología como definición y en este caso la teología católica, el fundamento de la Iglesia y la razón de su ser es: ofrecernos la salvación.

Pero, ¿qué es la salvación? Y simultáneamente pongo la otra pregunta, ¿el ser humano necesita ser salvado? Para los que creemos en Dios y en Jesucristo, su hijo único, más allá de las polémicas de la historicidad del Cristo, que merecen respeto porque grandes estudiosos han dedicado toda su vida al tema, y merece un artículo dedicado a todo lo dicho y escrito, considero que es bueno escuchar a los que piensan y escriben con honestidad científica de dicho tema, y vale la pena no ignorarlos.

Pero no queriendo por ahora entrar en el tema del Jesús histórico, lo doy por descontado. Por tanto, los católicos cristianos creemos en un Dios trinitario. Tampoco por el momento deseo entrar en todas las polémicas que se han dado en torno a dicha profesión de fe, cuando algunos afirman que dicho credo fue una táctica política más que religiosa del emperador Constantino para unificar su imperio bajo el símbolo de la cruz del cristianismo, como dice Fernando Conde Torres en su reciente libro, *Año 303: Inventan el cristianismo*.

Por el momento, todas estas polémicas las quiero dejar a un lado, y prefiero caminar por el carril que he recibido de la Iglesia y que me ha enriquecido en mi espiritualidad como persona de fe y al mismo tiempo acogiéndome en su seno. Pero deseo dar respuesta a las dos preguntas iniciales, para poder seguir con mi disertación y no perder el hilo conductor.

¿El ser humano necesita ser salvado? Pues, la teología de la Iglesia Católica nos enseña que sí. Ya en la antropología del libro del Génesis, en sus primeros dos capítulos, encontramos la belleza de la creación, pero también en el capítulo tercero, la desgracia de la caída del ser humano por su desobediencia a Dios (Gén. 3,1-24). El diálogo del hombre y la mujer que vivían en un estado paradisiaco se rompió con la falta de confianza de estas creaturas con su Dios, cuando, según el relato del Génesis, prefirieron hablar y confiar en la palabra del diablo que lo corrompió todo, trayendo como consecuencia el castigo. Y ese castigo fue la muerte. Así que se necesita la salvación.

Todo este involucro catequístico lo encontramos en una cultura muy lejana de la nuestra. Algunos autores afirman que es fruto de la naciente literatura sumérica y babilónica, datos que han hecho correr mucha tinta en los libros de los grandes estudiosos, pero para nosotros los católicos, que procedemos en parte de la cultura hebrea, no es un caso que el Antiguo Testamento de nuestra Sagrada Escritura, o sea los 46 libros de

la biblia hebrea, en otras palabras, la cultura hebrea, que parece muy lejana a nosotros en el tiempo y en el espacio, está muy cerca de cada uno de los que todos los domingos escuchamos la Palabra de Dios en algunos libros del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento.

Y con toda esa realidad espiritual y cultural de nuestros hermanos hebreos, heredamos las enseñanzas de la creación, pero también las enseñanzas de la caída o del pecado que generó en la humanidad “el castigo”. Y ¿cuál es ese castigo? La muerte.

Por tanto, está claro que el papel de la Iglesia o de las iglesias es conducir al ser humano con su indiscutible espiritualidad hacia las puertas de la salvación, que le permite vivir más allá de los umbrales de la muerte, en una dimensión espiritual con su Dios creador para toda la eternidad. Decía Santa Teresa del Niño Jesús, “Vivo sin vivir en mí y tal alta vida espero que muero, porque no muero”.

“Creo en la Iglesia, que es una” –y dividida

Pero en toda esta realidad, nos encontramos con muchas barreras, entre otras tantas la de Cipriano de Cartago (200-258 d.C.) que, para justificar su comportamiento al huir de su ciudad en donde era obispo, de la gran persecución de Decio en el año 250 d.C., marca el principio de la unidad de la Iglesia en su famoso tratado, *De unitate ecclesiae*. Sea correcto o no, por las causas que lo obligaron a escribirlo, merece un estudio más profundo, no sólo enumerarlo, porque dicho documento o tratado se erige como fundamento de una iglesia universal que salva. Dicho tratado hizo escuela en la eclesiología de la Iglesia Católica, marcando el paso en torno a la unidad de la Iglesia y dejando a un lado la posibilidad que puedan existir otras iglesias que, ofreciendo el mismo contexto soteriológico, vengan consideradas iglesias no validas e incapaces de ofrecer y garantizar la salvación del género humano.

Cabe recordar el cisma de Oriente y Occidente en el 1054 d.C., en donde se produjo la ruptura de la Iglesia y la excomunión de los máximo jerarcas de las dos iglesias, quedando dividida en Iglesia Católica de Oriente e Iglesia Católica de Occidente. Es interesante recordar este episodio porque los dos patriarcas se excomulgaron mutuamente, ya que la excomunión para muchos católicos de hoy es signo de invalidez de los sacramentos que se celebren, sin saber qué tanto el papa de Roma y el patriarca de Constantinopla vivieron por muchos años excomulgados y nadie puso en duda la validez de los sacramentos, y mucho menos cuestionó si dos iglesias con dos patriarcas excomulgados podían generar salvación, que es lo que la Iglesia Católica Universal ofrece en la persona de Cristo (“El que crea y sea bautizado, será salvado” Mc. 16,16; Jn. 3,15; y Jn. 3,18).

Más adelante nos encontramos con el dogma de la Iglesia Católica Romana y la bula *Unam sanctam* del Papa Bonifacio VIII (1230-1303) en donde se declara explícitamente que “es necesario para ser salvado que toda creatura humana esté sujeta al Romano Pontífice, y por consiguiente a la Iglesia Católica Romana”.

Quisiera agregar otras divisiones significativas de la Iglesia Católica Romana, escritas en un folleto por nuestro párroco, el Padre Jayme Mathías, que a mí parecer fue muy bien escrito y publicado:

- El Cisma Occidental del 1378, cuando los cardenales de la Iglesia Católica Romana se arrepintieron de haber elegido al Papa Urbano VI y procedieron a elegir a un papa rival, dividiendo así la Iglesia Romana y desencadenando una crisis diplomática que dividió la Europa y por consiguiente la Iglesia.
- La Reforma iniciada por el Padre Martín Lutero, sacerdote católico, quien no comprendió por qué la Iglesia Católica Romana estaba contenta con varias herejías (como vender las indulgencias) y varias tradiciones humanas.
- La Declaración de Utrecht del 1889, por la que muchos Católicos Romanos rechazaron el nuevo ‘dogma’ de la supuesta ‘infalibilidad papal’ y su intento de reunir a la Iglesia Romana como resultado de la división causada por el Papa Pio IX y su proclamación del dogma de la ‘Inmaculada Concepción’ de María, la madre de Jesús.

Fuera de la Iglesia Romana, ¿no hay salvación?

Y como para cerrar con broche de oro, todo el contexto eclesiológico de la Iglesia Católica Romana en el Concilio Vaticano II (1963-1965) declara “*Extra ecclesiam nulla salus*”. A este punto, se podría decir que si un individuo o un ser humano, creatura de Dios, no pertenece la Iglesia Católica Romana, no será “salvado”.

La pregunta inicial sigue en curso porque el género humano estaría en peligro si Dios eligió a la Iglesia Católica Romana como depositaria y única administradora de la salvación, o si estaríamos condenados por no pertenecer a ella, o si toda la humanidad debería ser miembro de la Iglesia Católica Romana.

¿Qué queda de la milenaria cultura religiosa budista? ¿A donde irían a parar la no menos antigua cultura China, con toda su rica espiritualidad? ¿En qué contexto de la salvación ubicaríamos a nuestros hermanos hebreos de los cuales descendemos? ¿Qué le diríamos a nuestros hermanos musulmanes? ¿Y cómo les responderíamos a los más recientes en la historia separados de la Iglesia Católica Romana: nuestros

hermanos anglicanos, y todo el caleidoscopio de espiritualidad que ellos han generado? ¿Tendríamos el coraje de llamarlos "sectas", como algunos pretenden llamarnos a un puñado de sacerdotes válidamente ordenados, que transmitimos la fe en Cristo Salvador y que nos consideramos Iglesia Católica, pero no romana? ¿Y en dónde quedan las otras muchas iglesias que tienen la misma misión de predicar y anunciar a Cristo salvador del mundo?

¿Qué podemos decir de la Iglesia Católica Ortodoxa, de la Iglesia Católica Copta, de la Iglesia Católica Maronita, de la Iglesia Católica Etiópica, de la Iglesia Católica Siro-Malabar, y de la Iglesia Católica Armenia? Puedo seguir enumerando, porque la lista es larga, pero en toda esta realidad surge la pregunta, ¿generan salvación, o son simples "sectas" que sólo son una fábula o peor todavía, un engaño?

Como dijo Juan Pablo I, "Dios es Padre, pero también es Madre". Y siendo Padre y Madre, no podrá permitir que muchos de sus hijos, por el hecho de no hacer parte de la Iglesia Católica Romana, se pierdan y no puedan beneficiarse de la salvación que produjo el ingreso de su Hijo unigénito Jesucristo, en el tiempo y en la historia de la humanidad. Pero sigo haciéndome la pregunta y continuaremos en nuestra investigación para poder aportar elementos que nos unan en la búsqueda de la verdad, pero al mismo tiempo con el deseo de afirmar y manifestar que somos Iglesia Católica pero no romana, y eso no quita que lo que nosotros predicamos es el mismo Cristo que nos ama y nos salva.

Sí, hay salvación fuera de la Iglesia Romana

¿Qué ofrecen las iglesias separadas cuando en buena fe predicán la Palabra de Dios y al mismo tiempo manifiestan que Cristo el Hijo de Dios vino a salvarnos? Anteriormente hemos afirmado que la gran preocupación de la Iglesia Madre, como me gusta llamar a la Iglesia Católica Romana, es ofrecer la salvación de sus fieles, como lo subraya el Evangelio según San Mateo (Mt. 28,19-20). Hay 76 versículos en la Sagrada Escritura, particularmente en el Nuevo Testamento, que hablan del fundamento bíblico de toda esta realidad teológica, que es ofrecer de forma inequívoca la salvación traída por Cristo cuando se encarnó en el seno de María y se hizo carne (Jn. 1,14; Lc. 1,35; Mt. 1,18).

A mi parecer, es importante subrayar el hecho de la salvación, porque lo considero el legado más trascendental en la vida de todas las personas y de todos los creyentes. Es la meta que persigue todo buen cristiano que, sintiéndose peregrino en esta tierra (Sal. 39,12; 1Ped. 1,1; Heb. 11,13), buscamos llegar un día a la meta de nuestro peregrinar terreno, encontrándonos con nuestro Dios que nos salva. Y toda la preocupación

gira en torno al tema de la salvación porque es el fin último y principio de todo el que cree en Cristo y sigue su doctrina.

A partir de esta realidad, que es el fundamento de nuestra fe y al mismo tiempo lo que mueve a todo ser de fe a hacer parte de un grupo, de una asociación o mejor configurarla con la palabra "iglesia", sigue rondando en mi pensamiento la pregunta inicial y, usando un antropomorfismo, me permití preguntarle a Dios si cuando creó el orbe, el ser humano y toda su existencia, sabía en su infinita sabiduría que nosotros, por la fragilidad de nuestra condición, lo habríamos traicionado, desobedeciéndolo como en forma figurativa pero no menos importante lo podemos intuir en el libro del Génesis? Nos viene una pregunta ulterior: ¿Dios lo sabía? La respuesta es sí.

El pueblo de Dios como preludio de la Iglesia

Y la segunda pregunta es: ¿Qué hizo Dios para remediar nuestra caída? La Sagrada Escritura es rica de toda la preocupación de Dios en el Antiguo Testamento tratando de remediar el comportamiento negativo del ser humano a la bondad divina y a la ingratitud de la máxima expresión de la creación. Toda la literatura en el Antiguo Testamento está proyectada a recuperar la relación de Dios con el ser humano. De muchos modos, Dios habló a través de los profetas para restablecer y subsanar la herida creada de la ruptura de la humanidad con Dios.

Y me ha llamado la atención haciendo un recorrido por toda la literatura neotestamentaria, que Dios escoge patriarcas, jueces, profetas, reyes, mujeres, hombres, y un pueblo, para hacerse sentir e indicar el camino que se debe seguir, y para crear una nueva alianza con su pueblo. La llamada de Abraham en el libro del Génesis (Gén. 12) demuestra la buena voluntad de Dios para restablecer lo que se había perdido, y crea un puente entre Él y la humanidad, con promesas de bienestar y todo lo que implica vivir en comunión con el Divino, y todos los beneficios que generan.

Yo le llamaría el inicio de una historia de amor de Dios con el ser humano después de la caída. En todo el transcurso milenario encontramos en el Antiguo Testamento por las diferentes traducciones que he podido consultar, que la palabra "iglesia" me resulta muy esquiva. Quisiera transcribir lo que nos dice el *Catecismo de la Iglesia Católica Romana*, para que no haya dudas de manipulación, y hacer un análisis de este párrafo.

La palabra "Iglesia" [ekklèsia, del griego ek-kalein, "llamar fuera"] significa "convocación", y designa asambleas del pueblo (Hech. 19,29) en general de carácter religioso. Es el término generalmente

utilizado en el texto griego del Antiguo Testamento para designar la asamblea del pueblo elegido en la presencia de Dios, sobre todo cuando se trata de la asamblea del Sinaí, donde Israel recibió la Ley y fue constituido por Dios como su pueblo santo (Éx. 19) dándonos así el nombre de "Iglesia". La primera comunidad de los que creían en Cristo se reconoce heredera de aquella asamblea. En ella, Dios "convoca" a su pueblo desde todos los confines de la tierra. El término *Kiriaké* del que se deriva las palabras *church* en inglés, y *Kiriake* en alemán, significa "la que pertenece al Señor" (CIC. 751).

En este párrafo del *Catecismo de la Iglesia Católica Romana*, encuentro a mi parecer un fino trabajo del arte de la hermenéutica, de la interpretación de los textos bíblicos. La palabra "iglesia" no aparece en ninguna parte del Antiguo Testamento, pero los grandes estudiosos de la Sagrada Escritura, usando la hermenéutica, han interpretado la comunidad o el pueblo elegido por Dios como preludio de la Iglesia; interpretación que a través de la historia ha hecho sí que no haya lugar a equivocación cuando se habla de comunidad o pueblo elegido por Dios en el Antiguo Testamento, que se está hablando de la Iglesia. Preguntémosle al pueblo judío si está de acuerdo con esta interpretación, porque en lo que sé de la cultura milenaria del pueblo de Israel, ellos todavía están esperando el Mesías, y no usan la palabra "iglesia" para referirse al pueblo elegido por Dios, y mucho menos para referirse a la comunidad religiosa en donde ellos expresan su culto al Divino.

En el pueblo judío, reconozco todas las vicisitudes que ha sufrido y como ha defendido su fe en un único Dios, como nos lo cuentan las bellísimas páginas del Antiguo Testamento, hasta sufrir el holocausto, hechos históricos que no podemos negar. Pero en ningún momento existe literatura seria, en donde ellos acepten a Cristo como el enviado de Dios, y mucho menos que lo reconozcan con Hijo de Dios.

Es irónico no encontrar en todos los 46 libros del Antiguo Testamento la palabra "iglesia", y hoy como hoy es la palabra en cuestión y sin la cual no hay salvación, como afirma el Concilio Vaticano II.

En los párrafos anteriores, interrogando las diferentes disciplinas de la ciencia, yo llego a la conclusión que el ser humano para manifestar su religiosidad necesita de un grupo, de una comunidad de carácter religioso para encontrarse con su Dios, para comunicar con el Divino, para rendirle culto a su divinidad (o a sus divinidades); entonces, tendríamos el riesgo de acercarnos a otra pregunta no menos problemática que la anterior, en la que le pregunto a Dios si creó la Iglesia o las iglesias, o simplemente una comunidad de creyentes en donde Él salva.

Manifestamos con los demás nuestra creencia en Dios

Y la pregunta problemática sería, ¿Quién creó la Iglesia: Dios o nosotros? Este tema lo considero para una reflexión mucho más adelante, cuando habiendo hecho un recorrido más profundo en la temática de la Iglesia, sea necesaria la pregunta anterior.

Y volvamos a la comunidad. En todas las culturas en donde el ser humano es el que domina el panorama desde los tiempos remotos – y en todas las comunidades desde que la arqueología, la antropología, y la historia nos dan razón – encontramos núcleos de religiosidad. No hay cultura en donde la figura del chamán o del sacerdote no sea presente. Eso indica, como lo he dicho anteriormente, que el ser humano necesita primero que todo vivir en relación con los demás, y en segundo lugar, manifestar sus creencias en Dios con los demás.

Es paradójico todo este contexto, porque mi único objetivo es dilucidar todo el camino que la humanidad ha recorrido y, como en todas las etapas de esta realidad antropológica, siempre se encuentra una constante en lo que se refiere a la posición de Dios en todas las comunidades. Pero lo más interesante para mí es enmarcar los momentos en que estas comunidades se convirtieron en Iglesia o iglesias. Vale decir y está claro desde el primer momento, y es que cuando los miembros de estas comunidades reconocían un ser trascendental, era porque necesitaban de Él. Y si no existía el concepto de salvación, sí, podemos encontrar en todas esas manifestaciones, características claras de protección por parte de las divinidades hacia los pueblos que las veneraban.

Por tanto, el camino es largo y al mismo tiempo requiere de una seria y honesta investigación para continuar buscando el motivo del por qué necesariamente Dios salva a través de una iglesia en particular, y no más bien a través de la comunidad, o cuando una comunidad se apropió del término “Iglesia”, atrapando a Dios, para que sólo a través de ella pueda salvar.

LOS TERRORISTAS CATÓLICOS

La pérdida de la memoria histórica

La humanidad tiene un gran problema, y es la pérdida de la memoria histórica de los sucesos. Por eso alguien decía que los animales, con el instinto de supervivencia que tienen, nunca caen dos veces en el mismo hueco. Los seres humanos, en cambio, sí. Por eso, Claude Steiner, un psicoanalista en la corriente de la psicología, habla del copión. ¿Qué cosa es eso? Lo que nosotros, los humanos repetimos tantas veces los errores y que, repitiéndolos constantemente, nos llevan a cinco conclusiones: la cárcel, la soledad, el fracaso, el manicomio, o la muerte. Eso se llama el copión, que se repite, y se repite, y se repite, y se repite. Entonces, no teniendo nosotros idea de lo que es el copión –y eso es psicología comportamental – vamos empeorando en las caídas que tenemos, hasta que la caída definitiva es la que nos lleva a la muerte total, a la desesperación total, a la aniquilación.

¿Por qué recurrir además de la historia, a la psicología? Porque entro en el tema del terrorismo religioso. Nosotros nos olvidamos fácilmente de lo que hacemos, y perdemos. Basta que pasen tres generaciones que ya nos hemos olvidado. Por ejemplo, si usted le pregunta a un joven hoy en la escuela, “¿Tú sabes algo de la guerra del Vietnam?” Sin lugar a dudas que no sabe. La guerra de Vietnam dejó infinidad de personas que fueron a servir a los Estados Unidos de Norteamérica con grande deseo de patria, y amor de patria, pero cuando regresaron, muchos regresaron sin manos, sin pies, y muchos regresaron locos, porque el trauma de la guerra es horrible. Entonces, ¿qué? ¿Adónde quisiera llegar con este argumento?

Cuando pienso que perdemos fácilmente la memoria histórica, pienso al terrorismo psicológico, y que es el terrorismo que se traduce en muchas ocasiones en terrorismo religioso. Es el fundamentalismo. Y que hoy la Europa está sufriendo con todos los atentados que se están viviendo en París, Bruselas, y ahora España.

¿Quiénes son los que están detrás de este terrorismo? Los fundamentalistas que, en nombre de Dios, matan y destruyen. Pero también nosotros, ¿no hicimos lo mismo en las Cruzadas, cuando queríamos recuperar los lugares santos? Eso es el terrorismo religioso de masa. Pero vayamos al otro terrorismo, que es el que vivimos todos los días en las iglesias.

El terrorismo en la Iglesia

Le cuento la historia de la mamá que bautizó a su niño en nuestra parroquia el otro sábado. Le dije, "Usted, ¿de dónde viene? Y me dijo, "de Luisiana". Y le dije, "Señora, ¿Le puedo hacer una pregunta con todo respeto? Usted es de Luisiana, y se vino a bautizar a nuestra iglesia aquí en Austin, Texas. ¿Es que no existen iglesias católicas en Luisiana?" Y me dijo, "Padre, en ninguna iglesia quisieron bautizar a mi hijo, porque yo no estoy casada por la Iglesia con mi marido. Y la única iglesia católica que pude encontrar, que ninguno me preguntó si estaba casada por la Iglesia con mi marido, es esta iglesia. Por eso, es mi iglesia, y por eso lo pedí. Y si yo llego a tener otro hijo, aquí vendría para bautizar." Y me dije, "Cáspita." Me parece una cosa increíble. ¿A usted no le parece que también es terrorismo religioso? Es lo que nosotros, los curas, en nombre de Dios, hacemos, discriminando a muchas personas y dejándolas no solamente con el dolor de sentirse rechazadas, sino con una herida, la misma herida que a veces nos queda a nosotros, los sacerdotes, cuando venimos despojados de nuestra "dignidad sacerdotal", o cuando venimos despojados de las iglesias de donde estamos porque nos encuentran con la amante o con el amante, o porque llegan cartas horribles del pueblo de Dios, y a veces de nuestros mismos fieles, informando mal al obispo, y que no le queda otra alternativa tratando de cuidar su puesto y su trono, su cátedra, te manda para la casa sin ni siquiera tener en cuenta que tú también eres una persona. Y todos los años del sacerdocio que has dedicado, y todos los estudios que has dedicado para llegar al sacerdocio se pierden. No tienen ninguna compasión. Eso también se llama terrorismo, que no solamente deja el dolor, sino heridas que a veces difícilmente se logran imaginar, se logran curar, y que quedan toda la vida.

Entonces, todo ese terrorismo tiene un trasfondo metafísico. Todo ese terrorismo tiene una causa, porque no existe efecto sin causa, decía Santo Tomás. ¿Y cuál es la causa del efecto? Dios. En nombre de Dios, somos capaces de ser crueles nosotros, los sacerdotes, con los que no creen, con los que no piensan como nosotros pensamos, y con los que no se comportan según los mandamientos de Dios (Éx. 20). Cuando el ser humano trasciende esa realidad y la bondad del ser humano, se pierde en defensa de Dios.

Dígame usted si eso no es terrorismo. ¿Y dígame usted por qué protestamos a veces? ¿Y por qué nos rebelamos? Y no solamente protestar y rebelarnos, y nos convertimos nosotros en jueces y verdugos de la misma realidad, desconociendo al hermano para el cual la misericordia no existe.

El terrorismo católico en el pasado

¿Qué ejemplos hay del terrorismo católico y cómo se ha manifestado en la historia de la Iglesia? Tengo la idea de un ejemplo de esto, cuando San Bernardo de Claraval preparaba a los cruzados para que mataran a los moros, para que destruyeran a los moros, porque destruir a los moros era hacer crecer nuestra Santa Madre Iglesia. ¿Quién fue el que ayudó a escribir las reglas de los templarios, los famosos monjes guerreros que, en nombre de Dios, destruían y mataban, violentaban y mutilaban? O sea, eso es una parte de la historia que hemos olvidado.

Pero hay otra parte mucho más oscura: la Santa Inquisición. La Santa Inquisición ha sido uno de los capítulos muy oscuros de la Santa Madre Iglesia. La Santa Inquisición ha sido uno de los capítulos que yo podría enmarcar como terrorismo religioso. No solamente lo vivieron las brujas. Todo el que era sospechoso de herejía o de brujería era quemado o torturado.

Existen todavía esos lugares de torturas, y uno de los lugares más emblemáticos está en Roma, en la Mole de Adriano, en el Castel Sant' Angelo. Es uno de los puentes más bellos del mundo, adornado con todos los ángeles, y lo usaban para las torturas de la Santa Inquisición. Y otros muchos lugares más.

El terrorista juzga y condena

Sin lugar a duda, eso es también lo que hacen los terroristas católicos, la figura plástica y artística de que hablamos. Se ponen en el lugar de Dios, juzgando y condenando a los demás. El terrorista no solamente juzga, sino que también condena. El terrorismo es ese: Yo juzgo, te pongo en el banquillo de los acusados, pero no me basta. También te condeno. Ese es el terrorismo. Y cuando me tomo esos atributos, me convierto como Dios. Porque la vida no es mía, y la vida de mi hermano no es de él; es un don, si lo queremos ver desde el punto de vista teológico. Y entonces vamos a buscar al arquitecto, al constructor, porque es el único que tiene el derecho sobre mi vida.

En la Iglesia, a veces hemos volteado la hoja de la realidad de los hechos en nombre de Dios, a juzgar, condenar y quitar la vida—aniquilarla completamente. Aniquilarla y peor todavía, el hecho no solamente sucede con los que son infieles, sino que también eso sucede hoy como hoy, en el vientre de nuestra Santa Madre Iglesia cuando nosotros, los sacerdotes y los obispos, nos convertimos no solamente en jueces, sino también en verdugos, quitando la vida de los demás sacerdotes, aplastándolos como cucarachas. Es horrible, ¿verdad?

Y no nos queda el menor problema teológico, psicológico o antropológico, porque creemos actuar en nombre de Dios y nos

convertimos en Dios. Yo soy Dios, y yo soy el dueño de la ley. “La ley soy yo”, como decía el rey francés, Luis XIV. “Y el estado soy yo”. Y cuando yo soy el estado, y cuando yo soy la ley, yo soy todo. Soy Dios.

La psicología de los terroristas católicos

He hablado del pasado. Ahora llegamos al presente. Si usted me preguntaría, ¿tiene ejemplos concretos del terrorismo católico? Sí, yo los tengo. Conozco a muchos sacerdotes, hermanos míos, que han quedado en la calle, porque han sido acusados por la Iglesia, que tenían su mujer o su amante – porque el celibato en la Iglesia Romana no permite que nosotros tengamos ni mujer ni esposo. Entonces también fueron, y eso es peor, porque es tortura psicológica, la tortura que daña y destruye la psique de las personas. Es más doloroso.

No es difícil llegar a hacer una diagnosis de la psicología de estas personas. Es en nombre de Dios, en nombre de la fe, porque si Dios es *mi Dios*, yo tengo la obligación de defenderlo. Y es de donde viene la famosa palabra “apología”, que quiere decir “defender”. A través de la apología, defendiendo mi fe, y aquellos que se oponen a mi fe pueden ser aniquilados. Pueden ser exterminados. Y no viene considerado un pecado o una agresión contra la dignidad de la persona, porque la persona que no cree en Dios no es digna de ser llamada de Dios, según ellos. Entonces es mejor que sea aniquilada.

Hay otro argumento que ha sido usado en la historia de la Iglesia, y es: “No eres hijo de Dios”. “Eres hijo del demonio”. “Eres endemoniado”. “Eres un poseído”. Llega hasta la máxima expresión de la figura arquetípica del demonio, el famoso anticristo. Los terroristas católicos más grandes de hoy en día son los que concentrando todo ese poder en ellos mismos, desconocen en el otro la humanidad y la hermandad y la fraternidad, y fácilmente nos pisotean.

Hay otro modo de terrorismo religioso, y es la ignorancia: los ignorantes que, en nombre de la fe – simplemente porque el otro no la piensa como él, o el otro no pertenece a su misma religión – destruyen. Porque la ignorancia es mucho más peligrosa que la herejía, decía un gran pensador medieval. También eso es terrorismo. Por una parte, el intelectual, quedándose sin su humanidad o despojándose de su humanidad, se convierte en un gran terrorista, y hemos tenido en la historia de la Iglesia grandes terroristas.

La vocación: Dios llama a la vida

¿Es posible que Dios llame a estas personas, y les de la “vocación” de dañar a otra persona en su nombre? Hay un elemento importante, y es que nos podemos confundir. Dios llama a la vida. Por el hecho de nacer y de haber sido procreado en el seno de mi madre, yo he sido llamado a la vida. Y cuando yo he sido llamado a la vida, ya tengo una misión intrínsecamente con este llamado, con esta creación que ha hecho Dios en mí. Me ha dado una misión, y la misión es hacer el bien. Eso es la vocación. El problema es que tenemos un sinnúmero de argumentos equívocos de lo que es en realidad la vocación. Yo creo que Dios me ha llamado a la vida, y que me ha llamado a amar – porque Dios es amor (1Jn. 4,8). Y llama a mis semejantes al amor también. Yo no creo que el terrorismo es obra de Dios, o que eso es culpa de Dios, porque entonces es cuando entraría mi libertad y mi voluntad. No. Hay un grandísimo error a mi modo de ver y a mi parecer, cuando se trata de vocación. Dios te llama al bien. Está en nosotros, con la capacidad intelectual que tenemos, que es también divina, porque la sabiduría viene de Dios. Entonces es la parte divina que está en nosotros. Dios no me llamó a hacer el mal. Me llama a hacer el bien. Y con la capacidad que yo tengo de distinguir, ahí es donde entra la realidad natural. El ser humano es capaz de darse cuenta sin tener un título real y un título religioso universitario, teológico, el ser humano es capaz de distinguir cuando hace el bien y cuando hace el mal.

Dios llama al ser humano a la vida, y la vida es bella, y así, como es bonita no solamente para nosotros, sino para los otros también. Eso quiere decir que está en mí hacer el bien y vivir la vida, haciendo vivir a los otros, y no destruir y convertirme en agente patógeno de destrucción para la humanidad o para mis hermanos.

Obrando en el nombre de Dios

Nosotros, los ministros de la Iglesia, obramos en nombre de Dios. ¿Cuál es la diferencia entre lo que nosotros hacemos en nombre de Dios, y lo que hacen los terroristas en nombre de Dios? Pasar el hilo de la diferencia es lo que yo hago como sacerdote en nombre de Dios, y hacen los hermanos terroristas.

No es difícil darnos cuenta que todos tenemos derecho a vivir, que todos tenemos derecho a pensar, y que no todos estamos obligados a pensar como lo piensa la Iglesia – o como lo piensan los demás – porque sería una sociedad en donde todos piensan iguales. No. Cada uno tiene derecho a decir la suya, y cada uno tiene derecho a discernir en la capacidad intelectual que tiene. ¿Cuál es la diferencia? Voy a la respuesta de la pregunta. Evidentemente, cuando yo hago el mal en nombre de

Dios, es porque estoy ciego del fanatismo, y no descubro a Dios en mi fe, sino que descubro en mi fe el modo de defenderla como sea, y pase lo que pase, aunque tenga que recurrir a la violencia. Entonces ésa es la diferencia que todo lo que yo hago en nombre de Dios y todo mi actuar en nombre de Dios, debe ser proyectado al amor, y no a la violencia. Porque, como decía un obispo brasileño famoso, Hélder Câmara: “La violencia engendra violencia, y genera muerte”. Y Dios no es muerte. Dios es amor. Y lo manifestó no solamente durante su vida aquí en la Tierra a través de Cristo, sino también con su resurrección.

La apología y “la fe verdadera”

Ahora hablemos de la apología, y de cómo es que queremos convencer a otras personas a pensar lo que pensamos nosotros, y a ver al mundo como nosotros lo vemos. Ése es el problema, y ahí es donde está el veneno de que “como yo soy sacerdote, estoy obligado hacer que tú creas lo que yo creo”. No. Eso no es apología de la fe, y eso no es mi misión. Mi misión no es obligarte a hacer que tú creas en lo que yo creo. ¡No! Ahí es donde está el problema.

Algunas personas comparten y difunden la fe, pensando que tienen “la fe verdadera”, que quiere decir, según ellos, la fe de la Iglesia Católica Romana. A mi parecer, como sacerdote, el modo como yo propagaría, sería a través de mis obras, tratando de respetarte, tratando de amarte, tratando de no juzgarte, tratando de que tú te sientas respetado por mí, tratando de que tú te sientas amado. Mis obras valen mucho más que tanto discurso filosófico, teológico o con tantas palabras, que a veces se las lleva el viento.

De “la ley de Dios”, al amor

¿Y el catecismo? ¿Y la ley canónica? ¿Y todo lo que nos ha enseñado la Iglesia? Las leyes ayudan hasta cierto punto a regular una sociedad desordenada, pero no son las que realmente hacen que una persona viva la dimensión espiritual. Hasta cierto punto, las leyes son necesarias. No es un caso de que en el Sinaí, nos concedieron en el Antiguo Testamento los diez mandamientos (Éx. 20) para regular la sociedad. Pero son superados. Fueron necesarias hasta cierto punto, y Cristo dijo, “basta” (Ef. 2:15). Los diez mandamientos se resumen en el mandamiento del amor (Mt. 22,36-40; Mc. 12,28-31; Lc. 10,27), y el amor no se predica con tantas palabras. El amor se vive con las obras.

Algunas personas piensan solamente en dos colores: Es un color o es otro color. Hablan de “la ley de Dios” y de cómo es que prohíbe ciertas acciones. Decimos que algo es un color cuando nos conviene, y otro color cuando no nos conviene. ¿No es un caso que comemos las carnitas y los

camarones, comidas prohibidas por la ley de Dios (Lev. 11,7 y 11,9-12)? Pero nosotros nos hemos olvidado de un detalle importante de la ley, que es el espíritu de la ley. ¿Y qué es eso? La ley tiene un espíritu. Como estamos acostumbrados a pensar que nosotros somos cuerpo y alma – que somos formas, materia y espíritu – la ley también tiene un espíritu. Sin olvidarnos que la interpretación de la ley pertenece a cada uno de nosotros, ¿será que Dios explícitamente escribió en un libro que es una aberración para un hombre amar a otro hombre y llegar a tener relaciones (Lev. 18,22)? Eso no es verdad. Eso es falso. Algunos dirán, “¡Pero es que es la Palabra de Dios! ¿Quién lo dijo, si no Dios?” En la Sagrada Escritura, en el Nuevo Testamento, no aparece ningún argumento de ese género, ningún argumento hecho por Jesucristo, que es la Palabra de Dios hecha carne, como viene subrayado en el perfil teológico y bíblico del evangelio de Juan. En ninguna parte. Y lo puedo probar como sacerdote y como amante de la Sagrada Escritura. En ninguna parte.

La falta de la apología bíblica sobre la homosexualidad

En el Antiguo Testamento, tampoco existe la palabra “homosexualidad”. Por tanto, la ley fue interpretada por un hombre llamado Pablo, y que evidentemente en la sociedad en que vivía, no le convenía la realidad. Porque en la sociedad patriarcal, en donde vivía, era necesaria la figura del hombre que tenía que dominar a la mujer y tener muchos hijos para obtener mucha riqueza, y eso sí, que nunca, nunca se hablara de esa realidad que siempre ha existido desde que el hombre es hombre, desde que el mundo es mundo, desde que Dios creó a la humanidad. Entonces búscame y dame la prueba de que hay una frase, una palabra, un discurso o una apología hecha contra los homosexuales de parte de Jesucristo.

Una vez, cuando yo estaba hablando de eso, una señora me dijo, “Pero, Padre, ¿pretende usted decir que siempre ha existido la homosexualidad, como si fuera algo natural?” No lo estoy pretendiendo decir; lo estoy afirmando. Es natural. No es innatural. No hace parte de un fenómeno patológico. Es intrínseco, y hay pruebas científicas que en los animales también existen pruebas de la homosexualidad. Lo que pasa es que lo hemos ignorado, y no lo hemos querido aceptar.

En la historia de la Iglesia, la homosexualidad se veía como algo de excluir, porque la homosexualidad se veía como una enfermedad, como una perversión. Y todo lo que es perversión y enfermedad no está bien. Viene considerado desorden moral. Hoy en día, se ha visto que realmente no es enfermedad y que no es perversión, salvo en algunos casos como la pedofilia. Tenemos que buscar más literatura como el libro *Lo que la Biblia realmente dice sobre la homosexualidad* del Padre Daniel Helminiak.

Ese librito es una bomba, y habla sobre la interpretación de los textos bíblicos. Tiene picante. Tiene pimienta. Sin lugar a duda, necesitamos mas literatura sobre eso, para tener una buena bibliografía y tener una visión además de amplia, clara y seria, y no solamente afirmando banalidades.

Vivir la esencia o el espíritu verdadero de la ley

Me dicen algunos, “¡Pero la Palabra de Dios la prohíbe! ¿No debemos escuchar y vivir la Palabra de Dios?” Tal vez se nos olvida de las situaciones anteriores, y de cómo es que el ser humano la ha interpretado en el espíritu de la ley, y en el espíritu cultural. Y en el ambiente antropológico en que vivía, la no conveniencia de la convivencia de un hombre con otro hombre, o de una mujer con otra mujer, resultó en que fue declarado ilícito. Pero no es la Palabra de Dios, porque subrayo nuevamente entre todos los discursos que Cristo hizo cuando pasó por la Tierra, qué extraño que nunca haya tocado ese discurso. Entonces, ¿estaba Jesús cambiando la ley? No. No la estaba cambiando; estaba llamando a toda la humanidad a vivir la esencia de esta ley, o el espíritu verdadero de esta ley, o la verdadera interpretación, que es el amor. La humanidad ha perdido la verdadera esencia de lo que es el amor. Pero ahí es donde yo llego, y ahí es donde yo predico. Y subrayo de nuevo cuando me dicen que Dios prohíbe las relaciones entre homosexuales: Nunca existió un documento a pesar de la adulteración y de todo lo que ha sufrido los documentos en el transcurso de la historia – porque “cada traductor es traidor”, como dicen los traductores – y entonces hemos nosotros falsificado la Palabra de Dios, justificándola y justificando algunos detalles que evidentemente los condenamos por algún motivo.

Pero yo estoy seguro que Dios no condena a una persona porque es homosexual.

El sufrimiento que resulta de la mala interpretación bíblica

A través de la historia, muchas personas han sufrido como resultado de la mala interpretación de la Biblia acerca de tales temas como la homosexualidad – aun los seminaristas que han sido echados fuera del seminario a causa de su inclinación sexual. Cabe esto también con nuestro tema del terrorismo católico. En el inicio de nuestro discurso, proyectamos esta realidad con una pregunta, y era la vocación. Todos nosotros estamos llamados a la vida. Todos nosotros estamos llamados a vivir mejor, a mejorar cada día nuestro estilo de vida. Todos nosotros estamos llamados al servicio en el amor.

Y cuando descubrimos que alguna tendencia desde el punto de vista psicológico, o desde el punto de vista sociológico, o descubrimos que

también podemos servir mejor entregándonos al servicio de la comunidad en el ministerio del sacerdocio, es también una vocación que se descubre. Es la vocación del vivir mejor y de vivir en el amor. Así que claro que es terrorismo religioso el rechazar a otra persona por el hecho de ser homosexual. Eso, además de ser grave, no es cristiano, y eso no viene de Dios. Hay una frase de la historia moderna de la Iglesia que le han dado muchas interpretaciones y le han dado muchas vueltas a la tortilla – si se puede decir en palabras vulgares: En una ocasión, el Papa Juan Pablo I, Albino Luciani, indicó que Dios es Padre, pero también es Madre. ¡Ajá! ¿Qué me dice con eso? Entonces porque yo sea un seminarista con gran deseo de servir, y pienso que a través del sacerdocio puedo servir mejor, y si me siento con las capacidades y cualidades sin entrar en la soberbia y en la presunción, pensando que puedo servir mejor, y puede pasar tres o cuatro, cinco, seis, siete, ocho años en un seminario, y después descubro que soy homosexual y vengo expulsado, eso es terrorismo. Ese terrorismo se puede conjugar con una crueldad. Eso es cruel. ¿Y quiénes son los artífices de esa crueldad? Los mismos sacerdotes, los formadores de los seminarios que se convierten en verdugo – en vez de ser el Cristo que es caridad y el Cristo que es fraternidad. Porque hasta prueba contraria, eso es lo que yo sé del Cristo en la historia, del Cristo histórico: caridad, amor, fraternidad. Pero para preservar la fe y la religión, dicen al candidato, “tú te vas”, “quedas expulsado”, “quedas excluido”, “excomunicado”, “excomulgado” – frase que usa la Iglesia y usamos los sacerdotes no solamente para condenar, sino también para destruir la dignidad del otro. Claro que eso es terrorismo en nombre de Dios.

La pureza y la santidad verdaderas

Me respondió una vez un sacerdote, diciendo, “¿Qué hay de mal en mantener a nuestros seminarios ‘puros’ y ‘santos’, como los israelitas en al Antiguo Testamento?” Es que la pureza no viene de ser homosexual o no ser homosexual. Es que la pureza no viene de comer o no comer las carnitas (Lev. 11,8). La verdadera pureza está en la intención de vivir una vida mejor, y de vivir una vida en el amor, y de vivir una vida proyectada al bien. Uno puede ser homosexual y puede donar su vida haciendo el bien, y eso no le quita la bondad de sus actos.

Nos hemos olvidado que el Antiguo Testamento es una interpretación de una realidad divina y humana, que el humano es de nosotros, que somos crueles, y que el divino es lo que nosotros queremos seguir: una fe que hace parte de una espiritualidad, pero que a veces es muy diferente a la práctica, a la praxis que yo vivo.

En el Antiguo Testamento, encontramos mucha crueldad. Yo puedo decir: Lo mismo que se vivía en aquella época, lo vivimos hoy. ¿Somos más santos hoy que en el Antiguo Testamento? No creo. ¿Eran más santos los del Antiguo Testamento, que tenían la comunicación directa con Dios, como en el caso de Abraham, el padre de la fe? No creo. Somos humanos. Pero el humano está llamado a perfeccionarse como el niño bien educado en una familia: No decimos que es un niño santo; decimos que es bien educado. Yo diría: la santidad es educación. La santidad es respeto. La santidad es tolerancia. La santidad es la aceptación del otro, así como es. Ésa es la santidad.

El limbo total del mundo de hoy

El problema es que en la sociedad de hoy, vivimos en un mundo mediático, en un mundo en donde toda la información que recibimos, pasa. Estamos bombardeados de tantísima información que hace sí que lo que recibimos se convierta en algo superficial, y nos quedamos en la soledad total, en la penumbra total, o, usando las palabras de San Agustín, nos quedamos en el limbo total. Ésa es la sociedad de hoy. El mundo de hoy vive en un limbo total. Al mundo de hoy se le dificulta interrogarse sobre sí mismo. No es un caso que los grandes escritores y los grandes pensadores griegos no han sido superado todavía, porque precisamente hoy la filosofía la hemos echado aparte, y los grandes filósofos que puedan enriquecer a nuestra sociedad nadie los lee, y nos encontramos en un desierto de ideas. Todavía tienen gran validez la filosofía de Platón, la filosofía de Sócrates, la filosofía de Anaxímenes y Anaximandro, la filosofía del buen vivir, y la filosofía que hace que nos busquemos a nosotros mismos, la filosofía del “conócete a ti mismo”. La humanidad de hoy es una humanidad dispersa en un desierto.

¿Quién es el santo?

La filosofía es humanidad, y todas las materias humanísticas enriquecen a la persona, que es parte de la Iglesia – porque la Iglesia sin la persona no puede ser. El verdadero santo es el que realmente es humano, porque el ser humano tiene la capacidad de amar, como también tiene la capacidad de odiar.

En el mundo de hoy, el ser humano está inmerso en un mar de odio, de confusión, de guerra y de violencia. ¿Quién es el santo? No es el que hace milagros, sino el que realmente es humano, que tiene la capacidad y la filosofía de cambiar el curso de la historia y de humanizar más a la Iglesia, en donde sea una Iglesia no solamente más humana, sino mucho más cristiana y más santa.

El problema de la ciencia y de la filosofía modernas

¿Hay un conflicto entre la filosofía, la ciencia y la tradición que hemos recibido de la Iglesia? Hay una encíclica que me gustó muchísimo, que se le escribieron al Papa Juan Pablo II, que se llama la *Veritatis Splendor*. Analiza el estado actual del ser humano, y lo proyecta hacia el estado actual de Dios. Me explico.

La *Veritatis Splendor* es una de las encíclicas menos estudiadas y menos conocidas de Juan Pablo II, porque es una encíclica sumamente filosófica, pero al mismo tiempo muy teológica cuando, proyectando el ser humano en su humanidad y abriéndolo a una realidad espiritual, hace sí que, con las alas de esa espiritualidad, el ser humano sea divino. La ciencia y la filosofía modernas tienen un problema: Tratan de poner del lado a Dios. Y en la medida en que nosotros ponemos del lado a Dios, queriéndonos convertir en dioses, la misma historia y la misma antropología nos lo enseñan en el transcurso de la historia: Cuando el ser humano quiere ser como Dios, termina en nada, en la aniquilación total. Me viene a la mente Friedrich Nietzsche: "Dios ha muerto". O como dijo Ortega y Gasset: "Yo soy yo y mis circunstancias". Es falso. Es mentira. No es correcto, a mi modo de ver, porque tú no eres "tú y tus circunstancias". Tú eres tú en la medida que esté el otro al lado tuyo, y cuando el otro está al lado tuyo, ya no eres tú. Ya no puedes conjugar el verbo en singular; debes conjugarlo en plural.

Y así sucesivamente cuando el ser humano descubre que en su entorno hay una humanidad, no le queda más alternativa que alzar los ojos hacia el infinito. Y entonces es cuando puedes descubrir la realidad de la divinidad, el Divino que está dentro de mí, pero que también está fuera de mí, el Divino que está en el otro. La filosofía moderna trata de poner a un lado a Dios, cosa que no es nuevo. En la revolución francesa, eso fue lo que hizo, y también en la revolución bolchevique en 1917: Anular a Dios en el ser humano, y el ser humano quedó anulado para siempre, al punto que la revolución bolchevique y el comunismo, con todos los ingredientes que hay en el caldero, hizo pensar y creer que el ser humano era la máxima expresión, olvidándose de Dios. Es un fracaso, un intento más de la humanidad de poner de lado a Dios, y un fracaso más de la humanidad sin Dios.

Los vicarios de Cristo

Pero tú me preguntas si unos ministros de la Iglesia, como el papa, no son vicarios de Cristo en este mundo. Le diría que hay que darle a la palabra "vicario" su verdadera connotación semántica, sus verdaderas connotaciones topológicas, su verdadera connotación sociológica, su verdadera connotación histórica, y su verdadera connotación teológica.

Es que todos somos vicarios, porque todos tenemos la obligación de representar al otro. Eso es lo que significa "vicario": Actuar en nombre del otro.

Claro que sí, somos vicarios, y eso no está en contra de lo que nosotros somos a pesar de nuestros defectos. Sí, lo reconocemos y somos capaces de mejorarlo. Entonces, no es verdad que yo no pueda ser vicario de Cristo con todo lo que significa: mis miserias, mis errores, mi modo de ser, que no es perfecto, porque yo soy imperfecto. Pero en la imperfección, yo encuentro la perfección en la persona de un hombre que se llamó Jesús, que es perfecto. Entonces, como dice el mismo evangelio de San Mateo, en su perfil teológico: "Sé perfectos como mi padre es perfecto" (Mt. 5,48). Es verdad que no es otra cosa que ser humano, como yo soy humano.

Cristo no se hizo ángel; Cristo se hizo carne, y Cristo tenía sentimientos. En Cristo había emociones. Entonces los sentimientos y las emociones que a veces se convierten en tóxicas para la vida de la persona o para la vida de los demás, podemos perfeccionarlas y es cuando entra la perfección que en la Iglesia puede ser traducida en santidad. Sí, puedo ser vicario de Cristo, y no dudo que hay muchas personas en la historia de la Iglesia que han sido vicarios de Cristo. Realmente no tengo duda. Por eso yo creo en la Iglesia. Por eso yo amo a la Iglesia. Porque ha habido personas que de grande espesor espiritual que han recibido y han reconocido en su persona, en su modo de actuar y en sus miserias, la bondad de Dios, es cuando viene el capítulo segundo de la carta de San Pablo a los gálatas: "No soy yo que vivo, es Cristo que vive mí" (Gál. 2,20). Entonces estoy siendo el vicario de Cristo.

Todos podemos ser vicarios de Cristo. No es un caso de que en el capítulo 11 del evangelio según Lucas, cuando los apóstoles le dijeron a Jesús, "queremos aprender a rezar", él no les dijo "Padre mío". Les dijo, "Padre nuestro" (Lc. 11,1). Entonces con esa frase, si creemos que es Palabra de Dios, estamos viendo que estaba haciendo de nosotros además de un pueblo, hijos de Dios. Y somos un pueblo de hermanos. Entonces, en la teología del pueblo sacerdotal, del pueblo santo, del pueblo de reyes, muy subrayada en la carta de San Pedro (1Ped. 2,9), pues todos somos reales, todos somos hijos de un solo Dios, pero cada uno tiene una misión en función de lo que es. Yo, por ser sacerdote, no soy superior del jardinero que viene a cortar la hierba en mi jardín, o del señor que viene a pintar la oficina, o de la señora que viene a limpiar la casa. Absolutamente no. Ella también tiene una misión y una función, y es hija de Dios. Entonces, cuando nos identificamos en esta dimensión antropológica y la proyectamos a una dimensión teológica, descubrimos que yo no soy más que el otro por ser sacerdote, por ser obispo, o por ser

papa. Yo soy hermano del otro. Entonces, mi misión en función de lo que soy me llama a vivir la responsabilidad que tengo, pero siempre consciente de que todos somos hermanos. Y viviendo esa hermandad, podremos construir, como decía en una ocasión en Santo Domingo el Papa Juan Pablo II, “la civilización del amor”.

La santa obediencia

Algunos piensan que los obispos tienen un ministerio especial, que están en el lugar de Dios, y que les debemos cierta obediencia. Eso de la “santa obediencia” no ha sido más que una invención, un invento práctico de la Iglesia para poder manipular y para subyugar. Yo no necesito ser obediente a ti cuando yo te amo, porque basta que me pidas alguna cosa para mi bien y para tu bien y para el bien de la comunidad. Entonces no se necesita la obediencia. El amor supera la obediencia, y el amor tiene incluida la obediencia. Entonces yo amándote a ti, y tú me dices algo, claro que lo hago porque me lo estás pidiendo con amor, y yo lo hago con amor. Y eso no solamente está perfeccionando mi vida, sino que está contribuyendo al bien de la perfección de la vida y de la espiritualidad de la persona y de la comunidad de la cual estoy subsistiendo. Entonces, eso de la “santa” obediencia no es más que un adjetivo calificativo que se usa para manipular, y en eso los eclesiásticos somos expertos.

¿Es una contradicción decir que todos somos vicarios? Tenemos que tener cuidado: También hay personas que viven para ellas. Hay eclesiásticos que viven para ellos, en vez de vivir para Dios, con Dios, y para los demás. Qué difícil. No es difícil cuando yo tengo la capacidad de aceptar al otro.

Y cuando hablamos de la obediencia, muchas veces pensamos en los otros tradicionales votos de la vida religiosa: la castidad y la pobreza. Si la obediencia es una manera de manipular, de controlar a los demás, ¿es igual con la castidad y con la pobreza? Hasta cierto punto. Me decía un sacerdote de mi época de formación que “el que obedece, nunca se equivoca”. Es absurdo, porque si tú me pides como superior mío que envenene a mi obispo o que yo debo envenenar o matar a una persona, yo no puedo obedecer, y es “la santa obediencia”. Pero yo me estoy equivocando, porque estoy cometiendo un acto que está atentando contra la dignidad del otro. La obediencia ciega es un sofisma. Es una farsa. Eso no es verdad. Eso no es cierto.

Por tanto, la obediencia es fruto del amor y de la comunión. Cuando hay comunión entre el sacerdote y su obispo, no hay ninguna dificultad para vivir la obediencia como virtud, si se puede decir así. Pero la obediencia que hemos vivido siempre nosotros es la manipulación del

otro que quiere siempre, siempre tenerte bajo el radar de su influencia. Eso no es obediencia. Es una falta de respeto gravísima a la libertad tuya. Es una falta gravísima de respeto a la dignidad humana.

La pobreza no es cristiana

Vamos a la pobreza. ¿Quién dijo que vivir sucios y en una casa que se está cayendo como a veces nos mandan los obispos a las peores casas? O peor, algunos nos mandan a parroquias donde ni siquiera hay casa cural, porque, “tú tienes que vivir la pobreza”. Eso no es cristiano. Hay una discusión teológica e histórica, que Cristo nació en un pesebre y vivió pobre. ¿Quién dijo esa mentira? Eso es falso, y lo puedo probar con los mismos documentos evangélicos. Él no era pobre. Tenía un tesorero (Jn. 12,6), y donde hay un tesorero, hay una economía que administrar. Entonces, no es cierto que ha vivido pobre.

Pero no es verdad que el ser humano está llamado a vivir en pobreza. No. En la medida en que usamos los recursos que hay, para vivir mejor y de superar el modo de vivir, eso está bien. Vivir en la pobreza es vivir en la ruina y con zapatos rotos.

La pobreza, como la entiendo yo, es el saber compartir lo que yo tengo, lo que Dios me ha dado, y no estar apegado como si fuera la máxima expresión del tesoro que yo tengo, porque el tesoro se acaba. Y la misma vida se acaba. En cambio, el compartir lo que yo tengo: eso es vida de pobreza. Nos hacen creer que los religiosos—los franciscanos, los capuchinos, los dominicos, por ejemplo—viven en pobreza. Viven en palacios, donde no les hace falta nada. Todo eso de ser pobre es un embuste. Tú no eres pobre porque no te falta nada. Eso es falso. Eso es una farsa.

Ese es otro de los elementos que la Iglesia ha usado para manipular. Y desgraciadamente para muchos candidatos que son personas de bien, personas con grande inteligencia, con grande personalidad y con buena fe, viven el engaño de la pobreza eclesiástica como manifestación de la humildad, y se pone a Cristo como modelo de la pobreza para imitarlo. Pero no hay hombre más rico que el Hijo de Dios, y que en los textos bíblicos no encontramos que realmente haya vivido pobre. El Padre y el Espíritu Santo estaban con él, portándonos toda la riqueza del mundo: salvación, libertad y paz.

La castidad: Ignorar la sexualidad es ignorar a la misma persona

Y ahora que hemos hablado de la obediencia y de la pobreza, hablamos de la castidad y de su relación a los terroristas religiosos. La castidad es la que más nos ha traído problemas, porque la sexualidad es intrínseca en cada uno de nosotros. Recuérdense que la antropología

enseña que el ser humano es sexual por naturaleza. Y eso es confirmado por la psicología.

Ignorar la sexualidad en la persona es ignorar a la misma persona. Lo repito, consciente de lo que digo: Ignorar la sexualidad en la persona es ignorar a la misma persona. ¿Cómo podemos nosotros ignorar la sexualidad, que es no solamente intrínseco, sino necesaria en la vida de nosotros? La sexualidad es bella. La sexualidad, dijo un escritor francés, es divina. La sexualidad es deliciosa. La sexualidad es algo natural y connatural. Entonces, restringir la sexualidad para hacer que esa persona sea "santa", anular la sexualidad para que esa persona pueda vivir un camino de "santidad": ésa es la peor aberración, porque subrayo, partiendo del principio de que negar la sexualidad es negar a la misma persona, entonces negando a la misma persona, yo niego los principios de santidad y los principios de perfección.

El error y la contradicción de condenar la sexualidad

¿Cómo es posible que San Agustín y Santo Tomás, con toda la inteligencia que tuvieron, no se dieron cuenta del error en que estaban cayendo? Es grave el error de condenar la sexualidad. ¿Y la causa? Perteneían a la escuela griega del hilemorfismo, donde se pensaba que el cuerpo era una prisión de la persona. Entonces, todo lo que hay en la persona que la hace prisionero al espíritu, la daña y la destruye. Y en ese cuerpo está la sexualidad.

Se entiende cuando uno ha tenido una formación filosófica y puede uno descubrir la causa por la cual estos grandes sabios de la historia de la Iglesia no fueron más allá y no descubrieron la delicia, la importancia, y al mismo tiempo la belleza de la sexualidad. Y grande contradicción, porque sin sexualidad, no hay reproducción. Y sin reproducción, no hay humanidad. "Crezcan y multiplíquense" (Gén. 1,28).

Entonces en este argumento, defendido por la Iglesia, encuentro una gran contradicción, que los que son mensajeros y misioneros de Cristo son los que no viven la dimensión sexual para querer ser "santos", cuando se están negando a sí mismo, y están negando la realidad de lo que son, de lo que se es, y al mismo tiempo de lo que se puede procrear para vivir mejor y para compartir lo que somos en el amor.

La tesis del Cristo célibe

La tesis que todavía impera en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia es que la castidad se vive en una dimensión humana y cristológica, mirando a Cristo, que fue célibe. ¿Quién lo ha dicho? Porque no sabemos si el Cristo histórico fue célibe, partiendo de Rudolf Karl Bultmann, teólogo alemán protestante y representante de la búsqueda del Jesús

histórico, quien escavó la historicidad del hombre Jesús. Entonces, ¿qué vivimos nosotros? ¿La imitación del Cristo célibe?

Al no tener una esposa, y no teniendo hijos, consideramos a la Iglesia nuestra “esposa”, y a nuestros hermanos como nuestros “hijos”, creando una superioridad entre el “padre” que es el sacerdote y el “hijo” que debe obedecer – cuando eso no es más que una equivocación del comportamiento y de la visión en función de lo que es. ¿Tú, cura, eres padre (Mt. 23,9)? No, tú eres hermano. Porque el Padre es único, el creador, y tú no eres creador.

La neurosis del abuso sexual en la Iglesia

La sexualidad no es incompatible con la religiosidad. Al contrario, la enriquece. La sexualidad no daña. Una persona que viva la sexualidad es una persona sana, y una persona que se le cohíba vivir su sexualidad es una persona que le falta y puede convertirse en un neurótico psicótico. Sí. No es sano.

¿Cuál es el daño? Porque la naturaleza se venga cuando tú la cohíbes y cuando tú la reprimes. Claro que explota por algún lado. Y es entonces cuando encontramos las aberraciones (ej., usar la sexualidad en un modo extravagante o en un modo, como se dice, licencioso, y no usarla con la finalidad de disfrutar el amor, el respeto, la comunión y la aceptación del otro). Y claro que esto tiene que ver con el abuso sexual de los clérigos de la Iglesia Católica Romana. ¿Qué es lo que pasa en el abuso sexual? Cuando yo pretendo poseer al otro, sin que el otro no me conceda el permiso de poseer, o peor cuando el otro no puede y no tiene la capacidad de rechazarte, eso es lo que es el abuso sexual. Porque cuando yo vivo la sexualidad, y cuando el otro no me acepta o no acepta compartir conmigo su sexualidad, eso es abuso, y esos son aberraciones que se viven hoy precisamente por miedo o porque explota en algún modo en mi comportamiento. Y entonces es cuando yo no soy una persona sana, cuando yo soy una persona que estoy abusando. La palabra tiene una grandísima riqueza de interpretación, pero la sustancia es la misma: abusar.

Cuando yo abuso de mi sexualidad, es cuando no vivo una sexualidad sana. Por otro lado, cuando yo comparto mi sexualidad con el otro o con la otra, y la otra persona la quiera compartir, es una sexualidad sana. Es una sexualidad sagrada. Es una sexualidad divina, y es una sexualidad, diría yo, con palabras del escritor Dan Brown, que no es amado de la Iglesia para nada, sobre todo de la corriente del Opus Dei, es una sexualidad santa.

Una sexualidad santa

Entonces, ¿quién dijo que cohibir la sexualidad debe de ser santo? No, ¡al contrario! Entonces es cuando una vez más me acojo a las palabras del Cardenal José Saraiva Martins, el prefecto emérito de la Congregación para las Causas de los Santos: “El verdadero santo es aquel que es humano”.

Y si yo soy humano, soy sexuado. Y si yo soy sexuado, estoy llamado a vivir mi sexualidad. Y si yo vivo mi sexualidad sanamente, en la libertad y en el respeto al otro, y en la comunión con el otro, claro que vivo mejor.

Ahora tenemos una ciencia que nos está ayudando mucho, y es la psicología. El comportamiento humano es sumamente complejo, pero al mismo tiempo es simple. ¿No es contradictorio este axioma o esta tesis? El comportamiento humano es simple cuando yo la puedo descifrar, o cuando yo la puedo manifestar en pocas palabras o con pocos elementos de mi comportamiento. Pero es compleja al mismo tiempo, porque se requiere de un dominio. Se requiere de que yo pueda hacer sí que yo me conozca a mí mismo.

Ser, tener y saber

La persona que se conoce a sí misma tiene la capacidad de sobrevivir mucho más de la persona que no se conoce. Y uno de los elementos que nos hace llegar a esa realidad es ¿qué es lo que tú deseas para ti? Y hemos encontrado unos elementos que son constantes en cada uno de nosotros, y es el querer ser, el querer tener, y el querer saber. El querer ser: “Yo soy”. El problema es que cuando “yo soy”, a veces me olvido del otro. “Yo tengo”. El problema es que no es malo tener; el problema es no compartir lo que tú tienes. Y “yo sé”. No es un caso que la Iglesia diga que los pecados contra el Espíritu Santo es ocultar la verdad (Mt. 12,31). Si tú sabes para ti mismo, esa “sabiduría” no te sirve para nada, porque la sabiduría es para compartirla con el otro. ¿En dónde está el problema, y cuál ha sido el problema en la historia de la humanidad? Que hay personas que han tenido la capacidad de ser, de tener y de saber, y cuando han tenido, y, por el saber, han descubierto que no solamente saben, sino que son y que tienen, se han convertido en grandes tiranos.

Y esas personas también han surgido en la Iglesia: que han tenido, que han sido, y que han sabido. Entonces cuando se administra mal un don que el Señor nos ha concedido, o elementos que hacen parte de nuestra naturaleza como el de ser, el de saber, y también el de tener, que se obtiene de generación en generación, ten mucho cuidado, porque tú puedes ser una bomba, o tú puedes ser también un gran refrigerio, un oasis de amor y de ternura y de paz. Como también puedes ser un veneno

que puede penetrar toda, toda una humanidad. Cuando decía bomba, estoy pensando en la bomba atómica de Hiroshima y de Nagasaki en el 6 de agosto del 1945. Entonces el ser, el tener, y el saber son intrínsecos en la búsqueda de nosotros mismos. Yo quiero saber. ¿Por qué yo quiero saber? Porque yo soy. Y yo quiero tener también. Entonces esos tres elementos en la historia de la humanidad, hemos constatado que se han concentrado en ciertas personas, y es cuando se han convertido en santos, en grandes personas en la historia de la humanidad, o en grandes tiranos de la misma historia.

Los ignorantes que dañan a la humanidad

Y no tendríamos que hacer grandísimo esfuerzo para ir a la historia de la Iglesia, comenzando por algunos papas, obispos y también sacerdotes, como también personas simples pero muy ignorantes que han hecho mucho daño a la humanidad en nombre de la fe y en nombre de Dios.

Lo podemos ver, para no ir muy lejos, en las noticias de ayer, del muchacho de 22 años que barrió a más de 15 personas en Barcelona, España. Sin lugar a dudas, el muchacho es ignorante. No ha tenido una formación humanística que le haya hecho pensar que la persona tiene un gran valor, y no se toca.

Existen terroristas que, por falta de posibilidades, por falta de educación, y por falta de formación, actúan “en nombre de Dios”. Creen que son “vicarios” de Cristo, cuando realmente son vicarios de la muerte.

Preferir ser víctima, que ser victimario

Algunas personas piensan que están convencidos de que tienen la verdad, y de que son parte de la “iglesia verdadera”. ¿Qué hacemos con ellos? Es cuando yo me convierto en víctima, y es cuando puedo yo leer a través del Evangelio las palabras de Jesús, que decía, “Si alguien te pega en la mejilla derecha, ofrécele también la otra” (Mt. 5,39). Es cuando yo, a través de mi comportamiento de bondad, de respeto y de silencio, prefiero ser víctima que ser victimario. Es cuando no pretendo imponerte a ti mi fe, mi religión, y mi Dios, sino que en el silencio, pero al mismo tiempo en mi intención de amarte y de respetarte, yo te estoy dando una lección y te estoy educando. Porque también con el silencio se educa. Y también con el silencio se puede formar. Y también con el silencio se puede manifestar el grande amor de Dios.

En la medida en que yo no te condene, en la medida en que yo te ame, y en la medida en que yo me manifieste que tú eres como yo, y que posiblemente yo he podido cometer los mismos errores que tú has hecho en nombre de tu fe, de tu Dios, y de tu religión, porque así te han forjado y así te han inculcado, sin obligarte a que seas cristiano como yo, basta

amarte. Y yo te puedo formar. Y podemos juntos construir una relación de amor, una relación de paz, y una relación de comunión. Es que precisamente el problema de hoy, de nosotros los religiosos, es que pretendemos y creemos que con muchas palabras y con muchos discursos, hacen que muchas personas puedan convertirse. Eso es mentira. No siempre funciona así. Y sobre todo en una civilización de "fast food" –de comida rápida– que usa y bota, que hoy las cosas las usamos, y mañana ya no las necesitamos, y las botamos, y compramos otras. Entonces en una civilización donde fácilmente se bota y donde fácilmente recibimos tantísima información, el silencio también es formación.

El silencio no quiere decir, "no hacer nada". Quiere decir, "Mira, yo estoy aquí". "Yo te amo". "Yo te respeto". "Yo no te condeno". "Vete en paz". "No peques más". "Tu fe te ha salvado".

Entonces falta formación en nosotros, los religiosos, y nos falta mucha más humanización. El problema, decía un obispo italiano en una reunión de la Conferencia Episcopal Italiana en una ocasión, "El problema no es falta de curas misioneros en la Iglesia Católica; el problema es la falta de personas misioneras en la Iglesia."

La formación y la humanización

La formación es necesaria. La formación ayuda, y si tú combinas una buena formación con una buena humanización de parte tuya, y le agregas una sana espiritualidad, tú serías una persona fantástica. Tú serías un buen sacerdote. Tú serías un buen cristiano. Tú serías un buen carpintero. Tú serías un buen constructor. Tú serías una buena ama de casa. Tú serías una buena señora que limpia las casas –extraordinaria, honrada, honesta, trabajadora y fiel.

El problema de hoy es que, en la formación, falta mucha humanización, y el terrorismo existe precisamente por eso. Y continuará a existir en la medida en que no seamos conscientes nosotros de ayudar a los demás, porque cuando tú descubres en el otro el lado humano, no eres capaz de hacer terrorismo religioso. Prefieres pasar de la parte de la víctima, que ser victimario. A mí me gusta ser así. Y yo me comporto así. Cuando siento todas las calumnias contra mí, perfeccionaré mi comportamiento, de modo que yo pueda tener elementos para decir, "soy inocente", "no te he hecho nada", ¿te he ofendido?", "no te he dañado", "no he abusado de ti".

Pero si tú insistes, con mi silencio te estoy diciendo, "No puedo yo estar a tu nivel, porque yo soy de paz, y tú eres persona de violencia. Tú eres terrorista, y no soy terrorista". También con el silencio se puede formar.

La salud mental de los terroristas

Si tú me preguntas si haya una relación entre la salud mental o psicológica, y el terrorismo religioso, yo diría que están muy unidos. Aquí en EE.UU., esa preocupación por una salud mental ayuda muchísimo, y al mismo tiempo nos hace descubrir que todo depende de la psicología comportamental de cada uno de nosotros: Si es sana, o no es sana.

La psicología está muy cerca de la espiritualidad, porque la psicología es el comportamiento de la persona, y la espiritualidad hace parte de este comportamiento humano. En la medida en que no tengas una salud mental sana, evidentemente que eres una persona con grandes riesgos de vivir una muy mala salud espiritual y vivir una espiritualidad equivocada, una espiritualidad perversa y sucia en el sentido del comportamiento, proyectada en vez de hacer el bien, a hacer el mal. Evidentemente, eso no te hace libre, humano y cristiano. Te hace prisionero. Pero eres enfermo con un detalle importante que eso a mí me preocupa, y es que una persona que está mentalmente enferma a veces se declara que no está en capacidad de entender lo negativo que hace. Y no se le puede condenar. Yo no lo condeno, porque es mi filosofía. Pero me preocupa que puede ser instrumentalizado también, porque fácilmente una persona puede usar una espiritualidad equivocada para hacer el mal, y viene fácilmente decir que no es culpable.

En EE.UU., más que en Europa, he encontrado esta grandísima preocupación por vivir la famosa salud mental o preocuparnos por la salud mental y un comportamiento sano, que es fruto de la psicología comportamental. Eso es positivo. Una persona sana desde el punto de vista psicológico, es una persona sana del punto de vista espiritual, y es una persona que rinde, y es una persona que progresa, y es una persona que produce frutos. No habíamos hablado de eso, pero la salud mental es necesaria en un candidato a la vida espiritual y a la vida sacerdotal, en un candidato en cualquier iglesia y en cualquier institución, y en cualquier sociedad. Una persona sana mentalmente es una persona que produce.

Una persona enferma mentalmente es una persona que hace daño. Su vida se convierte en un problema para los demás. El único remedio es tomar conciencia del problema, para poder tener la posibilidad de curarnos más fácilmente y de vivir mejor, y de hacer vivir mejor a los demás, a nuestra comunidad, a nuestra sociedad y, por qué no decirlo, a nuestra Iglesia.

Nosotros hemos confundido y ayudado a confundir mucho más a todas esas personas enfermas desde el punto de vista psicológico, y que creyendo que con una simple espiritualidad, podemos hacer milagros o

podemos sanarlas. Eso no es verdad. Eso es falso, porque si tú no tienes una sana psicología, tú no puedes vivir una sana espiritualidad. Es el contrario: Una persona sana psicológicamente es una buena cristiana, un buen elemento para la sociedad.

Todos conocemos a personas que no son muy sanas psicológicamente, y cometen las locuras y las brutalidades. Pobrecitos. Viven con sus ilusiones, y pueden destruir en un momento lo que tú has construido en toda la vida. Son venenosos. Muchas veces, viven una doble vida, con una fachada. Y los pobres neuróticos y frustrados pueden cometer cosas horribles. Ellos viven en un mundo patológico y enfermo. Son enfermos. Hay que ser prudentes con ellos.

De la crucifixión a la glorificación

Cristo es la Iglesia, pero la comunidad es la Iglesia de Cristo, y nosotros somos esa comunidad, que parte evidentemente de, "Hagan esto en conmemoración mía" (Lc. 22,19). Es fantástico. Es cuando la Iglesia de Cristo comienza a dar frutos, a florecer, y a ser la vid que tiene muchísimas ramas en los apóstoles, en el árbol del sacrificio de la cruz, con su misma persecución, que es la teología de la cruz, y es parte de nuestra historia. "Hagan esto en conmemoración mía" es el inicio de una comunidad sacerdotal. Es el germen de una comunidad eclesial en la cual también me encuentro yo.

Cuando se celebró la Conferencia de Santo Domingo, un cardenal habló muy bonito sobre la teología de la cruz, que es necesaria en la constitución de la eclesiología, y al mismo tiempo necesaria en la espiritualidad de cada uno de nosotros. Nosotros no podemos llegar a la glorificación sin pasar con la crucifixión. Es una pretensión, porque tendríamos el riesgo de deshumanizar a Cristo, y en eso ya hubo la herejía del monofisismo en los primeros siglos de la historia de la Iglesia, decir que Cristo es divino y no humano. La cruz y el sufrimiento son necesarios en sí, porque Cristo era humano y al mismo tiempo divino.

La Iglesia es sacramento porque es la depositaria de siete sacramentos. Entonces sí, partamos de Cristo, cabeza. Muy bonito, aunque sí le confieso que a veces me da miedo de todo lo que tendremos que sufrir, todas las avalanchas que nos vendrán. Me da miedo. No lo digo a nadie, porque Nicolás Maquiavelo decía que nunca un gobernante debe manifestar sus debilidades en público. Al contrario, en los momentos de más debilidad debe manifestar serenidad y prudencia para no cometer errores, fruto de la confusión.

UNA ENTREVISTA CON EL PADRE LIBARDO ROCHA

por el Padre Jayme Mathías

El Padre Jayme recientemente se sentó con el Padre Libardo, para hacerle algunas preguntas y conocerlo mejor. Aquí tenemos la conversación entre los dos.

P. Jayme: En este libro, usted nos hace la pregunta: **¿Quiénes somos? Pero, ¿quién es usted? Cuéntenos del joven Libardo Rocha, de su familia, de sus experiencias en Colombia, y de su llamada al ministerio al santo pueblo de Dios.**

P. Libardo: Primero que todo, no quiero responder con una pregunta evasiva al estilo de Ortega y Gasset, cuando decía que “yo soy yo y mis circunstancias”, porque nosotros somos fruto de nuestro entorno. Nacemos buenos, y la sociedad nos corrompe, decía Jean-Jacques Rousseau. En parte, tiene razón. Pero el ser humano ontológicamente es bueno, porque es imagen de Dios, y la sociedad lo condiciona.

¿Quién soy yo? Nací en el seno de una familia católica pero no muy practicante. Y lo extraño de mi vocación fue cómo así, desde niño, y sin tener conciencia de todas las grandes responsabilidades que implica ser sacerdote, yo quise ser sacerdote. Yo quise ser sacerdote, no como una especie de *fuga mundi*—de correr de este mundo. Yo quise ser sacerdote a pesar de haber nacido en el seno de una familia no muy practicante. Yo siempre he dicho que mi papá fue mucho más religioso que mi madre. Mi papá ya no está entre nosotros; pasó a una mejor vida, como suelen decir los sacerdotes. Mi mamá todavía está con nosotros. Es muy generosa, y yo soy el mayor.

Me he preguntado en más de una ocasión, y me he llamado a la meditación y a la contemplación, del por qué yo soy sacerdote, o cuando yo recibí el llamado a la vida sacerdotal—porque ésta es una pregunta muy recurrente cuando uno visita parroquias, o cuando uno se desplaza de un país a otro, o con la curiosidad de algunos jóvenes que sienten también el llamado para comparar el llamado de ellos con el llamado de los que ya somos sacerdotes. Cuando sentí la llamada a la vida sacerdotal, y yo no tengo

una fecha exacta en la que yo descubrí, fue un proceso. Pero todo lo que sí tengo claro es que desde niño, quise ser sacerdote, y en una ocasión hubo una pregunta ¿Tú quieres ser sacerdote para ser como Cristo, o para servir? Y me acuerdo que mi respuesta fue, “las dos cosas: para ser como Cristo, en el servicio”.

Estudí en el seminario menor. Fueron los mejores años de mi vida, con mucho respeto y con muchísimo espíritu de estudio. En el seminario menor, donde hice el bachillerato, me enseñaron a amar la ciencia. Yo toda la vida estaré grato con el seminario menor, donde estudié porque evidentemente me enseñaron a rezar y me enseñaron a amar la ciencia, y fue cuando con mucha más fuerza mi vocación sacerdotal se hizo robusta.

Luego del seminario menor, donde hice mi bachillerato, fui a la universidad católica en una linda ciudad que se llama Quito, Ecuador. Ya que siempre queriendo ser sacerdote, mi madre y mi familia nos trasladamos a esa bella ciudad porque éramos amigos del arzobispo de Guayaquil. Después se convirtió el cardenal, y me dijo, “Acompáñame. Vente conmigo para que tengas una experiencia fuera de tu país”. Y yo fui, e hice los estudios filosóficos en la Pontificia Universidad Católica en el Ecuador.

Luego de los estudios teológicos, inmediatamente fui ordenado sacerdote. Y fui enviado a Roma a continuar la especialización en dogmática, primero en la Universidad de la Santa Cruz, y después en la Universidad de Santo Tomás de Aquino en Roma.

Soy yo amante de no estar en primera fila, de mantener un perfil bajo, de no ser el centro. Yo soy una persona muy extrovertida, pero amo estar siempre, siempre al lado. No amo ocupar los primeros puestos, y no ha sido mi estilo estar en los primeros puestos. En el transcurso de mi vida académica, y en el transcurso de mi vida como seminarista y como sacerdote, descubrí otra vocación que fue la del magisterio. Amo enseñar. Por eso, amo aprender mucho, para poder dar lo que tengo. Alguien decía, “nadie puede dar lo que no tiene”. Pues yo cada día me alimento con obras teológicas, filosóficas, y de cualquier clase de obra desde el punto de vista literario, de modo de poder dar,

amar y enseñar. Amo la teología. Medito siempre en la teología, y continuamente estoy a la búsqueda del Dios que me creó y el Dios que me concedió la gracia de hacer parte de la Iglesia, el Dios que creó la Iglesia, el Dios que sostiene la Iglesia, y el Dios que continúa dándome la gracia de predicar.

Después de estar en Roma por 24 años, en donde enseñé la teología y en donde fui párroco de cuatro parroquias, descubrí que era necesario salir de una realidad en donde se había hecho difícil vivir la realidad de mi condición. Soy amante del sacerdocio de las mujeres, del matrimonio de los sacerdotes, en donde los sacerdotes puedan manifestar su inclinación sexual sin tener miedo a ser condenados y sin tener miedo de que los lleven a la hoguera a estilo inquisición, como en la época en que eran quemados. No tuve otra alternativa sino alejarme, para vivir otra vida.

Por gracia de Dios, y una vez más por el puente entre amigos sacerdotes, descubrí la Iglesia Católica Independiente. Y aquí me encuentro compartiendo esta realidad humana, pero también esta realidad muy, muy sufrida, y que hoy como hoy puedo decir, me siento libre. Me siento feliz. Siento que mi vida de nuevo se ha rejuvenecido en esta Iglesia Católica Independiente que me ha acogido para servir, imitando a Cristo en el servicio, y al mismo tiempo en la donación total hacia los demás. Tiene razón de ser, y la vivo en la plenitud de lo que soy y de lo que siempre he soñado: ser un buen sacerdote al servicio de los demás, al servicio de mi Iglesia, en plena comunión con mis hermanos sacerdotes, y diría eso es lo que yo soy. Y agregaría sin espíritu de prepotencia, como dice San Pablo, “por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor. 15,10).

P. Jayme: Cuéntenos de su formación en la Iglesia Católica Romana.

P. Libardo: Si hay algo por el cual nosotros, los sacerdotes ordenados en la Iglesia Católica Romana, debemos estar sumamente agradecidos, es que en realidad no hay dudas que, desde el punto académico, cuando uno ama estudiar y uno ama querer saber, en la Iglesia Católica Romana encuentra una preparación sólida.

Yo considero que tuve una buena formación sacerdotal, pero hay un elemento que no podría yo no subrayar o dejar pasar, y es el elemento de la personalidad. La personalidad de un sacerdote, de un joven sacerdote, se desfigura en el seminario. A veces en el seminario, aprende uno a vivir o a crear una doble vida. No puede uno manifestar sus inclinaciones sexuales. Entonces, en el silencio en el que uno vive con sus inclinaciones sexuales, se convierte en algo tóxico. Se convierte en algo que daña, que corrompe, y hace sí que uno desee sabiamente crear una doble personalidad para poder defender su privacidad y para poder defender su inclinación sexual.

El miedo que uno tiene de manifestar la inclinación sexual en el seminario hace sí que uno se convierta en una persona con una doble personalidad o con una máscara. Durante el carnaval de Río de Janeiro, todo el mundo usa máscara, y cuando termine el carnaval se la quita, y comienzan a trabajar para el nuevo carnaval en el transcurso del año, para buscar la máscara más bonita que se pueda colocar. En el seminario, uno crea una máscara que se convierte en una máscara de hierro. Quita la humanidad de uno, reprimimos nuestros afectos, y nos convertimos a veces en hombres sin corazón. Y un hombre sin afecto es un hombre castrado. Un hombre sin afecto y sin poderlo manifestar es un hombre que no es realizado. Un hombre sin poder manifestar sus inclinaciones afectivas es un hombre que evidentemente no es libre, y esa lavada de cerebro que implícitamente, pero muy eficaz, uno recibe en el seminario con lo de la obediencia y con la imitación de Cristo y con la pureza, la descubre uno después en los colegas sacerdotes que nunca la vivieron, y que nunca la han vivido, y que no es otro que una falacia inhumana de parte de formadores no preparados lo suficientemente para manejar con la parte más delicada de futuros sacerdotes, que es sus afectos, sus emociones y sus sentimientos.

Así que cuando uno sale del seminario, tiene el riesgo de no saber quién es uno mismo. Y si no fuera por la fe que uno tiene—en la contemplación de la misericordia del Cristo—evidentemente que se quedaría uno sin nada. Por tanto, podría decir que mi formación filosófica y teológica en el seminario fue fantástica. Pero, por otra parte, siento que hay

una gran desolación, y que Dios quiera que se pueda cambiar la realidad psicológica y espiritual, combinadas de una manera totalmente positiva para que el futuro sacerdote sea una persona que, consagrada a Dios, pueda tener sentimientos y pueda manifestarse junto con sus sentimientos, sus emociones, sin tener miedo a ser condenada, y sin tener miedo a que pueda terminar en la hoguera.

No puedo tampoco dejar pasar cuando un sacerdote descubre que la Iglesia realmente no es lo que debería ser. Entonces es cuando recibe lo peor de lo peor. En el transcurso de la formación sacerdotal—seis años de seminario menor, seis años de seminario mayor, otros cinco años de especialización—y ya van 17 años: toda una vida para formarte sacerdote y para llegar a ser ordenado, pero cuando te quieren suspender y reducir al “estado laical”, basta una firma y quedas por fuera como un mendigo. Y lo que has estudiado de teología y de filosofía en realidad no te sirve en el mundo de hoy, que tiene la predilección por los técnicos, los ingenieros, los médicos y los abogados, y no por las ciencias teológicas o filosóficas que, al parecer en el mundo de hoy, no sirven para nada. Y queda uno como un extranjero a medianoche sin saber para dónde va, y sin saber con quién va. Peor todavía en la soledad, porque queda abandonado totalmente de los que supuestamente lo han querido o lo han amado y han convivido con él, han compartido con él, han rezado con él, y al mismo tiempo han trabajado con él.

Por tanto, es difícil una situación de formación que, si no tienes la solidez desde el punto de vista académico y la solidez desde el punto de vista de tu fe, puedes quedar sin Dios. El Dios que conociste a través de los estudios teológicos se desvanece totalmente. “La vida es un sueño” dice Calderón de la Barca, y ese sueño bellissimo que tú viviste como sacerdote se convierte en una pesadilla.

Por fortuna, muchos sacerdotes han tenido la posibilidad de despertarse. Otros se han quedado en el letargo de su sufrimiento, en el letargo de su fracaso, en el letargo de su soledad y, evidentemente, en la muerte total.

Pero, por último, con respecto a la formación teológica y filosófica, fantástico. Y ruego a Dios que hoy como hoy, se descubra más en los seminarios y en la formación de los futuros sacerdotes la ciencia psicológica que nos ayuda, junto con las ciencias teológicas y la espiritualidad, a llevar una vida integral, a ser personas íntegras en lo que somos, en lo que tenemos que ser, y en lo que mostramos ser.

P. Jayme: Cuéntenos de algunos de sus modelos, mentores y maestros.

P. Libardo: Tuve una experiencia muy bonita con los rectores de los seminarios donde yo estudié. Fueron hombres buenos. Fueron hombres de mucha oración. Fueron hombres de grande espesor espiritual. Fueron hombres dedicados. Amaban el magisterio y, evidentemente cuando uno ama el magisterio, busca el modo y la forma de transmitir mejor lo que sabe para donarlo a sus pupilos.

No puedo dejar de ignorar al cardenal Bernardino Echeverría, gran amigo mío y hombre en que confío. Confío en mí para poder ordenarme sacerdote. Fue un gran amigo.

Otro de los grandes mentores y amigos fue Carlos Altamirano, obispo simple, obispo sencillo, diría obispo santo. No era un gran intelectual. Nunca lo fue. Pero sí, era un gran padre, un gran maestro, un buen obispo: Carlos Altamirano, mi hermano, un grande amigo, un grande modelo. El obispo Carlos se podría imitar en su bondad sacerdotal.

En realidad, yo siempre he sido consciente de no imitar a ninguno de los grandes amigos que yo he tenido, de los grandes profesores que yo he tenido, porque siempre he sido consciente de que en cada uno de nosotros tenemos nuestros pies de arcilla, y las estatuas con pies de arcilla tienen el riesgo de desmoronarse en cualquier momento. Mi único modelo fue Cristo, el hombre en el que cada día, mirándolo, estudiándolo, y descubriéndolo a través de los evangelios y de las cartas paulinas, sí me inspiró y sigue inspirando mi modo de vivir, mi forma de vivir, y la alegría de vivir, y al mismo tiempo de transmitirla a los hermanos que están junto a mí, y sobre todo a mis hermanos con los cuales tengo la oportunidad y la posibilidad de compartir

mis experiencias. Por tanto, la experiencia de vida en Cristo me ha llevado a que mis amigos no sean modelos de vida, sino amigos y hermanos. Mi único modelo de vida es Cristo. Para terminar, como decía San Pablo en la carta a los gálatas, “No soy yo quien vive. Es Cristo quien vive en mí” (Gál. 2,20). Pues en la medida en que lo dejo entrar en mi corazón, siento que mi vida es mejor.

P. Jayme: ¿Quiénes son algunos de sus filósofos y teólogos favoritos?

P. Libardo: Tengo una gran predilección por los filósofos que peleaban o negaban la existencia de un dios, como Friedrich Nietzsche. Me fascinaba leer los libros de Nietzsche, porque yo quería descubrir en estos libros la solidez de mi fe. Es otro de mis predilectos porque no me encontraba la sustancia de lo que es el no creer, el estar lejos del Creador, el no aceptar el arquitecto de todo lo creado. Y evidentemente no podemos no leerlos y descubrir en ellos que por mucho que queramos negar la existencia de un ser superior. Si nos abrimos a estar predispuesto al negativo o al positivo, yo siempre he optado por el positivo, en este caso la existencia de un Dios que llena mis sentimientos.

Los clásicos de la filosofía griega—Sócrates y Platón— hacían de mi vida y de mi pasatiempo la parte más deliciosa de lo que fue el seminario. Me gustan los clásicos. En la teología, me gusta mucho San Agustín, porque en él veía un hombre intrépido, pero al mismo tiempo un gran pensador. También me gustan Juan Duns Scoto, Guillermo de Ockham, Blaise Pascal, y Karl Rahner. Me gusta Santo Tomás de Aquino, un hombre con una grande predisposición hacia la escritura, y con un pensamiento totalmente sólido. En el transcurso de un tiempo larguísimo en Roma, tuve la posibilidad y me di a la tarea de leerme toda la *Summa theologiae*. Era como entrar en un mar delicioso de aguas llenas de grande sabiduría, y al mismo tiempo aguas refrescantes que hacían más sólida mi fe, mi modo de pensar, y mi modo de actuar y de donarme hacia los demás.

Y, como buen latinoamericano, siempre me ha gustado el dominico famosísimo, Gustavo Gutiérrez, con sus libros pequeñitos, deliciosos, y de grande sustancia. Cuando se comenzó a estar de moda la famosa teología de la liberación,

me gustó el famoso Leonardo Boff, y su hermano, Clodovis Boff.

P. Jayme: **Cuéntenos de su ministerio dentro de la Iglesia Católica Romana. ¿Cuáles han sido las alegrías y los retos más grandes que experimentó Ud. como sacerdote Católico Romano?**

P. Libardo: Cuando uno viene ordenado sacerdote, vive los primeros años en “luna de miel”. Cuando uno viene ordenado sacerdote, sus primeros años son años de oro, años de felicidad, a pesar de todo lo que implica estar en parroquias difíciles o ser el vicario—el asistente de sacerdotes difícilísimos, con caracteres peores que personas endemoniadas o personas enfermas psicológicamente de manicomio. Pero vive una vida feliz, porque parece que todo está pintado de rosa. Tanto como las parejas casadas, poco a poco descubrimos que la vida es distinta, y que también en la Iglesia Católica Romana hay muchísimas dificultades.

Personalmente, todo mi sacerdocio en la Iglesia Católica Romana lo viví en Roma, porque yo fui ordenado sacerdote e inmediatamente fui a Roma. Y yo, a pesar de mi carácter, que era un poquito extrovertido, he amado y sigo amando el silencio y la soledad, en donde yo puedo no solamente estudiar, sino meditar y al mismo tiempo donde yo puedo, en la soledad de mi vida, recogerme. Yo soy amante y he sido amante de la oración y de la contemplación. Permanecía delante del tabernáculo por horas y horas en la noche: en las noches de crisis, y también de alegría. Es algo que tal vez aprendí en el seminario menor: la alegría de comunicar con el gran Comunicador, y la alegría de estar delante de mi Señor. Si es algo que pertenece a mi misma naturaleza religiosa, no tengo que hacer mucho esfuerzo para la contemplación del sacerdote en el silencio y en la oscuridad de las iglesias en que tuve la oportunidad de servir de párroco. Si cuando el libro que estás leyendo, lo has terminado de leer y entonces quieres meditar un poco y quieres hacer que quede algo de lo que has leído del libro, puedes pasar unos momentos en contemplación delante del Señor, para decirle, “Llena mi corazón de ti, Señor. Porque te pertenezco”.

Eso fue una experiencia de espiritualidad que me dio la posibilidad en Roma. Yo buscaba el tiempo con el Señor. No soy un hombre muy amigüero, y no soy un hombre que fácilmente estoy en fiesta. Y en Roma, descubrí que también en la diócesis a la cual siempre pertencí, los sacerdotes también eran especie de “islas”. A veces somos islas, o por defecto o por circunstancias o carácter. A veces nos aislamos porque no queremos que ninguno descubra lo que somos o la doble vida que llevamos. O a veces no encontramos en el otro la apertura de fraternidad para poder entrar en comunión con el otro. Y entonces cada uno se crea su “isla”. Siempre respetaba a mis hermanos sacerdotes. Siempre hubo espíritu de fidelidad y espíritu de fraternidad hacia ellos y hacia mi obispo. Por tanto, yo no tuve grandes dificultades en mi vida, en los 23 años que yo pasé en Roma.

Otro elemento que sí me hacía a veces perder el sueño era las ganas o los deseos que tenía de reformar las iglesias que encontré cuando fui párroco: iglesias que estaban un poquito deterioradas, hacerlas bellas para que fueran centros de belleza y de arte, en donde a través del arte y de la belleza catequizar a los que contemplaran lo que hacía o la manera como se restauraban las iglesias—para que sintieran la comodidad de estar delante del Señor que permanece siempre en el tabernáculo, y que está ahí y que no se cansa de esperarnos. “Yo te miro, y tú me miras”, decía Santa Teresa. El problema es que Él nos mira siempre y está en los tabernáculos de todas las iglesias, pero nosotros nunca tenemos una mirada hacia Él.

P. Jayme: ¿Cómo es la experiencia de vivir tantos años en Italia?

P. Libardo: La considero fantástica desde el punto de vista cultural. Mis años en Italia fueron llenos de búsqueda cultural y en donde me permitió viajar por todo el mundo cada año. Yo sí hacía un grupo de personas interesadas en la arqueología y en el arte, y nos íbamos a China. Nos fuimos a la India. Nos fuimos a Rusia. Nos íbamos a Turquía. Nos íbamos a Polonia. Nos íbamos a Grecia, y sí íbamos a Tierra Santa. Nos íbamos a Fátima. Nos íbamos al Brasil y a Inglaterra. Nos íbamos a Francia, Alemania, Holanda, Bélgica y Suiza. Nos íbamos por todas partes, buscando aprender y conocer de tantas culturas y de tantos hermanos que en otros países

vivieron una vida distinta. Mis tantos años en Italia fueron ricos de grandes culturas y fueron ricos de experiencias muy bellísimas.

Yo no tuve muchas dificultades en mis 23 años de vida sacerdotal en Italia. No tuve ni siquiera dificultades desde el punto de vista con mis parroquianos, porque yo soy una persona muy abierta. Yo soy una persona que respeto al otro. Respeto las ideas del otro, aunque si no estoy de acuerdo con las ideas del otro.

P. Jayme: ¿Qué perspectiva compartiría usted sobre el Catolicismo Independiente en los EE.UU.—especialmente de sus fortalezas y de sus debilidades hoy en día?

P. Libardo: Bueno, la pregunta es importante, porque esto, primero que todo, nos plantea estar en el presente y al mismo tiempo nos exhorta a mirar al futuro. En los cuatro años que tengo aquí, que ya no es muy poco, porque ya desde el 2015 las puertas de la Iglesia Católica Independiente se abrieron a mí a través de un gran sacerdote. He podido tener una visión mucho más amplia y mucho más precisa, porque tuve una experiencia bellísima junto a él al visitar las iglesias grandes, las “megachurches,” como le llaman aquí, de los alrededores de Texas, como en San Antonio y en Houston. Y me di cuenta de un detalle que no podía pasar desapercibido a una persona que ama observar y que observa también hasta los más mínimos detalles para poder tener idea de una realidad y configurar un cuerpo en el argumento que quiere elaborar. Y es que el pueblo americano es un pueblo muy religioso. El pueblo americano es un pueblo que se encuentra sediento de Dios. Busca a Dios. No es un caso y no es un fenómeno solamente de sociología o de antropología que en cada esquina encuentras en las ciudades de los EE.UU. de Norteamérica una iglesia de diferente denominación, cosa que no existe en Italia. En cada barrio en Italia, hay una iglesia, y es de la Iglesia Católica Romana. No existen otras iglesias. Las excepciones son donde están los mormones o los evangélicos, o los Testigos de Jehová con su famoso Salón del Reino. Aquí, en cada barrio, se encuentra entre cuatro, cinco y hasta seis iglesias de diferente denominación. ¿Qué quiere decir eso? A mi parecer, la respuesta sería que el

pueblo americano norteamericano es un pueblo muy religioso. Busca a Dios en su modo y en su forma, pero busca a Dios.

Entonces ésta es la perspectiva que yo compartiría con el Catolicismo Independiente de los EE.UU. Una fortaleza es que tenemos un ingente de grupos de hermanos, de personas, de individuos.

¿Cuál es la debilidad del Catolicismo Independiente en los EE.UU.? No tenemos necesidad de tener un doctorado en psicología o en sociología para descubrirlo inmediatamente: Es que precisamente su mismo nombre lo indica la independencia. Cada uno quiere vivir solo. Cada sacerdote quiere tener su pequeña parcela o parroquia sola. Cada uno quiere vivir de modo independiente, sin darse cuenta de que existe otro que está en otra barca, igual que la de él, pequeñísima, con el gran riesgo de que un tsunami o un maremoto lo pueda hacer naufragar.

La falta de un cuerpo sólido es la debilidad que he encontrado en el Catolicismo Independiente de los EE.UU., con tantísimos obispos que ni siquiera tienen parroquia. Qué ironía: La plenitud del sacerdocio es el episcopado, y el obispo ni siquiera tiene parroquia. ¿Pastores, de quién son? Así la eclesiología no hace parte de la realidad teológica para la cual está y ha sido configurado el sacramento del orden en su máxima expresión, que es el episcopado. Ahí no hay espíritu de apertura—no solamente teológica y pastoral, sino espiritual en función de lo que es. Porque la función de un obispo es ser pastor, y si soy obispo y no tengo parroquia y no tengo diócesis, no tengo a nadie. Y si yo no tengo a nadie, ¿de quién soy pastor? Entonces, ese es una de las grandes debilidades del Catolicismo Independiente en los EE.UU.

Cada uno vive por su cuenta, y cada uno está encerrado por miedo. Es como vivir antes de la venida del Espíritu Santo, como viene subrayado en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Cuando tenemos miedo, no somos Iglesia, y cuando nos independizamos de los demás, ¿cómo es posible ser Iglesia sin nadie? Lo más escuálido y lo más lúgubre es celebrar en una iglesia vacía. Sí, la celebración tiene la validez, y no estás solo porque Cristo está contigo

teológicamente, como dijo Santo Tomás. ¿Pero a quién estás santificando? Si su misión es ir por todo el mundo y predicar el evangelio (Mt. 28,19), pues, eso es la debilidad del Catolicismo Independiente en los EE.UU. Este punto llama no solamente a esta pequeña reflexión mía, sino a escribir todo un libro.

De las fortalezas y debilidades de hoy en día del Catolicismo Independiente en los EE.UU. solamente he tocado estos dos puntos que a mi parecer son la punta de un iceberg, y que evidentemente pueden llamarnos a una reflexión, no solamente para compartir esta realidad, sino para tratar de mejorarla con la gracia de Dios. Todo es posible (Mt. 19,26).

P. Jayme: Hoy en día, ¿cuáles son las oportunidades más grandes para el Catolicismo Independiente en los EE.UU., y cuáles son las amenazas más grandes que enfrentan al Catolicismo Independiente?

P. Libardo: Los Estados Unidos es un país de emigrantes, y se ha configurado como grande país de emigrantes. Y con los emigrantes, se ha convertido en una gran potencia. Los emigrantes, cuando vienen, no vienen solos. Vienen trayendo sueños en sus corazones. Por eso, hasta poco tiempo a los EE.UU. de Norteamérica se llamaba el país de los sueños. Todos los que venimos a los EE.UU. tenemos un sueño, y en ese sueño entra la parte espiritual. En ese sueño, hay muchas oportunidades de humanizar. Los emigrantes, que en la soledad de sus trailers y de sus carros y de sus casas y de sus familias, no tienen más a dónde ir, y no tienen con quién ir.

Y es la oportunidad que nosotros tenemos: abrir las puertas de nuestras iglesias, creando al estilo de los años 1960 y 1970 las famosas comunidades eclesiales de base, iglesias de la teología de la liberación. Crear comunidades eclesiales de base es crear una atmósfera, un ambiente, y una casa donde se acojan a todas las personas heridas, a todas las personas solas, a todas las personas perdidas en esta gran selva de los EE.UU. Es una oportunidad que nos crean esos hermanos que a veces tienen dificultades de aprender la lengua y tienen dificultades de instruirse: abrir las puertas de nuestra iglesia. El Catolicismo Independiente está llamado a ese

gran reto, porque aunque no lo queramos aceptar en el caso específico particular de la Parroquia de la Sagrada Familia en Austin, las oportunidades son muchos. Hay muchos inmigrantes, y casi todos son cristianos. Entonces, si crees en Cristo, yo te lo predico, yo te lo enseño, y yo te lo muestro, dando como predicador, como sacerdote el Cristo que se hace encontrar a través del magisterio de cada uno de nosotros, el Cristo que ya se encuentra a través del servicio de cada uno de nosotros. Es una gran oportunidad que el Catolicismo Independiente tiene, de acoger a esa realidad.

¿Cuáles son las amenazas? Las amenazas las veo yo en los grupos de nuestra hermana mayor, la Iglesia Católica Romana. A mi parecer, se está inclinando hacia la parte conservadora. La Iglesia Católica Romana en los EE.UU. está sufriendo una metamorfosis. Se está encerrando, con todos los escándalos impresionantes de los ministros y sacerdotes. El miedo no hace que tengamos la posibilidad de tener la autoridad de enseñar y al mismo tiempo, de amar sin miedo. ¿Y qué ocurre en la Iglesia Católica Romana de los EE.UU. que está tirándose hacia la parte conservadora? Y entonces, ¿cuál es la amenaza? Que evidentemente la Iglesia Católica Romana muy conservadora y tradicionalista no va a ver con buenos ojos el matrimonio de los sacerdotes, o el sacerdocio de las mujeres. No se va a ver bien que no importe la inclinación sexual de un sacerdote, para que sea acogido, para que sea ordenado. Y entonces podemos tener el riesgo de encontrarnos con una muralla. ¿Y cuál es la muralla de la Iglesia Católica Romana sumamente armada, con gran tradición, con el tradicionalismo recalcitrante que hace? Que puede hacer ver que nosotros somos "afuera", que no somos "válidos", que nuestros sacramentos no tienen validez, y que nuestros sacramentos no generan salvación. Y aun sabiendo que son sugerencias ridículas, eso es algo que no podemos nosotros no reflexionar y que no podemos nosotros no tener en cuenta para el futuro, porque son las amenazas. El hecho de que sean superiores en grandeza y en número puede hacer la diferencia, no solamente amenazándonos, sino tratando de aplastarnos. Sí, el Catolicismo Independiente tiene esos enemigos dentro de

los mismos hermanos “católicos”, pero “no tengas miedo” (Lc. 1,30). “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas”. “Pedro, ¿me amas?” “Sí, Señor, tú sabes que yo te amo”. “Apacienta mis ovejas” (Jn. 21:15-19). Y el amor a Cristo implica viacrucis. El amor a Cristo implica la cruz. El amor a Cristo implica la muerte, no sin la certeza de una futura resurrección. Por tanto, en la perspectiva de una realidad pastoral con las puertas de nuestras iglesias abiertas, no tengamos miedo.

Me gustó la frase del inicio del pontificado del Papa Francisco, cuando decía que la Iglesia es un hospital de campo. Es interesante esa figura plástica y artística. El problema es que los que atendemos a los enfermos a veces tenemos miedo, y el miedo es la enfermedad más aguda y más grave que pueda ser que nosotros por miedo no actuemos. Por miedo, no nos relacionamos con el otro. Por el miedo, no le abrimos las puertas al otro. Por miedo, no le damos la mano al otro. Por miedo, no compartimos con el otro, y el miedo hace sí que nos quedemos encerrados en nuestras iglesias y nuestras sacristías.

Abramos las puertas, y con todos los retos, entre los que he subrayado, sobre todo el saber que el Catolicismo de la Iglesia Católica Romana, inclinándose hacia la parte conservadora, pueda ver en nosotros personas extrañas o personas demasiado liberales o personas demasiado abiertas, y pueden causar problemas. Pero no tengas miedo. “Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos”, dice el Señor (Mt. 28,20). Por tanto, sigamos adelante en esta misión, porque tengo la plena seguridad que el Señor nunca nos abandonará.

P. Jayme: ¿Qué perspectiva tiene usted sobre la multiplicidad de obispos dentro del Catolicismo Independiente en los EE.UU.—especialmente sobre el sinnúmero de pastores que cuidan a tan pocas ovejas?

P. Libardo: En un almuerzo que tuve la posibilidad de compartir con mi hermano sacerdote americano muy inteligente y muy perspicaz, le dije una frase de provocación, y es que “los americanos tienen vocación de obispo”. Sí, los americanos tienen vocación de obispo más que los europeos y más que los latinoamericanos. Por eso la gran dificultad que tenía a

veces el Vaticano a través de la Nunciatura Apostólica, para poder elegir obispos de las diócesis de Italia, donde por más de 23 años yo desarrollé mi ministerio sacerdotal: Nadie quería ser obispo.

Lo mismo sucede en América Latina. En América Latina, son poquísimos los sacerdotes que tienen vocación de obispo, porque la gran responsabilidad que implica ser obispo no es indiferente. Decía un profesor dominicano mío en la universidad en Roma, "En Latinoamérica, a ti te hacen obispo. Te dan una mitra para que vean que eres obispo y una canasta para que recojas dinero, que muchas veces viene de los más pobres de la misma comunidad, porque son los más generosos. Y tú, siendo el pastor, no puedes ser indiferente a la pobreza del clero, a la pobreza de tus iglesias, a la pobreza del pueblo que ha sido confiado por gracia de Dios a ti." Y entonces tienen miedo de ser obispos, y tienen miedo de ser pastores. Y cuando Roma te solicita la posibilidad, ¿te gustaría? ¿Te gustaría servir al Señor en el ministerio del episcopado? Se niega. "Estoy enfermo", o "no tengo las capacidades", o "pienso que otro lo haría mejor que yo".

En EE.UU., Dios mío, hay obispos por todas partes y de todos los colores, y por no ofender a nadie, de todos los sabores. Es fruto del pueblo religioso, es fruto de un clero muy religioso, pero al mismo tiempo es fruto de un clero amante de los títulos y amante de los primeros puestos, y amante de los vestidos sacros que resaltan la personalidad de la persona que los lleva y los hace psicológicamente ser más importantes.

Entonces me viene la duda porque ¿cómo se puede explicar un sinnúmero de pastores que cuidan a tan pocas ovejas? ¿O cómo se puede explicar un sin número de pastores que ni siquiera tienen ovejas y mucho menos la preparación teológica para cuidar sus ovejas, si es que las llegan a tener?

Es gravísimo. Diría que es una enfermedad. Y ojalá el Catolicismo Independiente en los EE.UU. tenga en cuenta también ese detalle. Es una enfermedad. Es una patología. Pero evidentemente siendo más consciente de que es una enfermedad, que en cualquier momento nos puede contagiar, podamos tener los antídotos adaptados para

poder curarnos y para poder neutralizar dicha amenaza que en realidad, en la mayoría de los casos, no genera buenos frutos. ¿Qué sentido tiene ser obispo de un grupo de tres o cinco u ocho sacerdotes—o peor todavía, que ni siquiera tienes sacerdotes? Dios quiera que podamos ser conscientes en el momento en que toque a las puertas de nuestros corazones y de nuestras emociones y de nuestros deseos dicha enfermedad, y podamos neutralizarla.

P. Jayme: Sabiendo que la sucesión apostólica fue un concepto importante a la Iglesia de Utrecht en el 1724, ¿qué tan importante es la sucesión apostólica dentro del Catolicismo Independiente hoy en día—y cómo debemos entender el hecho de que tantos obispos dentro del Catolicismo Independiente en los EE.UU. reciben y comparten tan fácilmente la sucesión apostólica?

P. Libardo: Esta pregunta de la sucesión apostólica merecería un capítulo aparte, no lleno de tantas insidias. Esto de la sucesión apostólica merecería un estudio serio y profundo, porque es toda la sucesión apostólica. Ha hecho que la Iglesia Católica Romana haya podido mantener el predominio y el monopolio, al punto de generar no solamente otra pregunta, sino otra situación no casual, ni siquiera colateral, sino consustancial, y es el hecho de que donde no hay sucesión apostólica, no hay validez de la sacramentalidad de lo que se celebra. Por tanto, no hay tampoco salvación en lo que se celebra cuando no hay validez en el sacramento—juego de palabras que se puede simplificar diciéndolo de una manera más fácil para mí, porque se entiende. Y es que cuando no hay sucesión apostólica, el sacramento que se celebra no es válido y, por tanto, cuando un sacramento no es válido, no genera gracia. Y la gracia que generan en general los sacramento es la salvación.

Pero, ¿por qué decía yo que esta pregunta de la sucesión apostólica merece un capítulo aparte y una reflexión profunda, e invito al Padre Jayme, mi párroco, mi amigo y pastor, y a todos los obispos que me lean con respecto a esta pregunta, a publicar un libro en donde expliquemos bien toda la realidad del argumento, con un cuerpo teológico, y con un cuerpo basado en la Sagrada Escritura, y con un

cuerpo basado en la tradición. ¿Por qué he hecho estos preámbulos? Porque en una ocasión, en una de las universidades pontificias de Roma, un profesor especialista en historia de la Iglesia y una persona seria, un sacerdote amante de la búsqueda de la investigación y de la verdad, decía que esto de la sucesión apostólica ha sido también un elemento que nos han hecho creer como lineal, desde la fundación de la Iglesia. Porque, ¿qué cosa es la sucesión apostólica? Que Cristo hizo “obispos” a los apóstoles, y los apóstoles hicieron “obispos” a otros discípulos, y los otros discípulos hicieron a otros obispos, y así se extendió la gracia. Es el hilo conductor de una gracia que configura el sacramento del orden, dividido en tres partes: episcopado, presbiterado y diaconado, viéndolo desde arriba. Pero me decía este profesor que eso de la sucesión apostólica invita a una reflexión seria, y que la Iglesia nunca lo ha hecho público, como nunca dio explicación muy clara del limbo, cuando lo borró o lo canceló de un plumazo del catecismo nuevo de la Iglesia Católica Romana. Antes de eso, se daba por doctrina segura el limbo, como destino de las personas que mueren sin bautismo, porque nadie puede alcanzar el cielo en pecado mortal, y, como los niños tenían el pecado original, no podían ir al cielo. Entonces San Agustín se inventó el limbo y que por muchos años fue doctrina segura de la Iglesia. Así fue también con la sucesión apostólica.

Eso de la sucesión apostólica merece con grande seriedad una reflexión en donde podamos nosotros de la Iglesia Católica Independiente, defendernos y decir que cuando se nos acusa de no llevar o de no tener la famosa línea de sucesión apostólica que no genera efectos de gracia en los sacramentos que celebramos, por tanto, somos “sectas”, o somos “falsos”, o no tenemos la validez para poder predicar o para poder confeccionar sacramentos. Esto de la sucesión apostólica, por enésima vez, debería ser un capítulo aparte o un libro en donde una comisión de nosotros, los sacerdotes interesados en esta disciplina teológica, pudiéramos dar claridad en base a toda la documentación que existe en la Iglesia Madre, en la Iglesia Católica Romana, para poder tener la autoridad de hablar y al mismo tiempo de defendernos, sabiendo que la sucesión apostólica es tan importante. Claro que es importante,

porque es el alma de la sacramentalidad del orden, y es el alma que une a todos los demás sacramentos.

Por tanto, en el sacramento del orden se requiere de la presencia de un obispo que conserve la sucesión apostólica. Y aquí, en los EE.UU., es donde se convierte en un gran problema. Aquí no se sabe quién es quién. Aquí no se sabe quién la conserva, pero no seamos tan ingenuos y no nos digamos mentiras entre nosotros, porque lo mismo sucedió en Inglaterra en 1534, cuando Enrique VIII se separó de la Iglesia Católica Romana. La mayoría de los obispos que no estaban de acuerdo con Enrique VIII fueron mandados a la muerte, fueron decapitados, fueron encerrados en las mazmorras en donde murieron de hambre. O sea, fue un exterminio de la Iglesia en Inglaterra, ¿y cómo pretendo yo creer que todos los obispos de la Iglesia Católica Anglicana, o de la Comunión Anglicana, tengan la sucesión apostólica cuando hubo esa especie de sacrificios de holocausto, en donde muchos murieron y no se sabe en realidad si los que los sucedieron fueron ordenados válidamente o no, y que tengan la línea de la sucesión apostólica?

Por tanto, si ya vamos a las fuentes en la Iglesia Católica, como ese profesor de la historia de la Iglesia me decía, no hay certeza en la Iglesia Católica Romana de una clara y verdadera sucesión apostólica. Sí, eso lo dijo un profesor de historia de una universidad pontificia en Roma, que por gracia de Dios es obispo en estos momentos. Entonces me llamó a la reflexión y me invitó a la curiosidad de entrar en la temática de la famosa “sucesión apostólica”.

Estamos de acuerdo que en EE.UU. hay una gran confusión, y no se sabe quién es obispo realmente válido, o quien no es válido. Muchos apelan a que recibieron líneas validas de la sucesión apostólica por un viejo obispo, arzobispo o cardenal de la Iglesia Católica Romana, como Carlos Duarte Costa, obispo Católico Romano en Brasil, o Emmanuel Milingo, arzobispo Católico Romano de Lusaka en Zambia. Y así se abrió la puerta a este desorden. Duarte Costa y Milingo tienen el don de la ubicuidad, de estar en una consagración aun si no materialmente, porque todo el mundo quiere apelar a ellos. Todos los obispos del Catolicismo Independiente dicen, “Yo soy verdaderamente

obispo. Por tanto, los sacramentos que yo celebro generan gracia, y la gracia es salvación". Es una manera de justificar nuestros instintos pastorales y nuestros instintos sacerdotales y crear conciencia tranquila de que "yo soy obispo a todos los efectos, un representante del Cristo a través de uno de los apóstoles que llamó Él cuando tuvo la bellísima idea de bajar a la Tierra y encarnarse en el seno de la Virgen, como dice el Evangelio de San Mateo (Mt. 1,25), y entrar en la historia de la humanidad.

Terminando esta pregunta en la que insisto una vez más a algún lector que me esté leyendo, unirse a mi curiosidad académica, y juntos podemos hacer una investigación seria, porque sería fantástico que el Catolicismo Independiente en los EE.UU. tuviera una literatura buena y seria con respecto a la sucesión apostólica. Es mi invitación al que me esté leyendo y estoy abierto no solamente para acoger sus ideas, sino también para acoger la posibilidad que me brinde para poder trabajar sobre este tema, que es un tema que está siempre, aunque esté en silencio. Basta preguntarle a un sacerdote de cualquiera denominación de las iglesias independientes: "¿Quién te ordenó a ti sacerdote?" La pregunta puede tener algo de veneno, o puede tener algo de curiosidad, porque si yo sé quién te ordenó sacerdote a ti, así estoy seguro si tú realmente eres sacerdote o no, cosa que no sucede con nosotros los que fuimos ordenados en la Iglesia Católica Romana, que da la certeza de que somos sacerdotes y no hay duda.

Entonces eso genera otro problema, y es el problema que implícitamente se pueda crear una corriente no muy visible pero eficaz en lo que respecta al comportamiento y a la realidad de comunión entre nosotros los sacerdotes. Es que podamos crear sacerdotes de primera clase, y sacerdotes de segunda clase: los que realmente nos creemos y somos sacerdotes a todos los efectos, y los que llevan el gran interrogativo de la duda, porque el que te ordenó a ti tal vez no tenía la sucesión apostólica. No es justo. No estoy de acuerdo, y no lo comparto. Un sacerdote ordenado siempre es sacerdote, y no voy a indagar si tenía el obispo que lo ordenó la sucesión apostólica o no—no por ingenuidad científica o académica—porque muy bien lo dice el derecho canónico: "la ignorancia de la ley no es excusa personal

alguna". Perfecto. Estoy de acuerdo, pero sería una crueldad, y no es humano. La crueldad no es cristiana. La crueldad es diabólica, y la caridad y la fraternidad son cristianas. Entonces, para resolver ese problema deberíamos tener un estudio serio teológico con respecto a la sucesión apostólica.

P. Jayme: **¿Qué nombre debemos usar por nosotros? ¿Realmente somos "Viejos Católicos", como se nombran las iglesias que están en unión con Utrecht? ¿Sería mejor llamarnos "¿Católicos Independientes"? "¿Católicos separados"? "¿Católicos de la sucesión apostólica?" ¿O hay otro mejor nombre que deberíamos usar por nosotros mismos?**

P. Libardo: La pregunta es cómo nombrarnos. Un nombre hace sí que a través de este nombre, la persona o el elemento se pueda identificar, filosóficamente hablando. Para conocer una cosa, hay que darle un nombre, porque dándole un nombre a una cosa o un elemento, se constituye en algo, en un ser. Es o no es. Eso enseña la filosofía. En eso estamos de acuerdo.

En el caso nuestro, muchos de nosotros éramos parte de la Madre, que es la Iglesia Católica Romana. Muchos de nosotros nacimos y venimos de la Iglesia Católica Romana, y sería un error histórico no reconocer esa realidad.

Por eso, digo que somos "Católicos Independientes" o "Católicos Separados," aun sabiendo que con esto surgen las preguntas, "¿De quién soy independiente?" o "¿De quién me he separado?" Y obvio que la respuesta es de la Iglesia Católica Romana, las Iglesias Católicas Antiguas de la Unión de Utrecht, u otra iglesia católica. ¿Cómo puedo decir que soy "independiente" si nací de la nada? Como iglesia, nacimos de un problema muy particular, de un problema lógico, y de un problema serio, pero al mismo tiempo de un problema real: Nacimos de otras iglesias. ¿Y qué quiere decir? Que tenemos una madre, pero al mismo tiempo ahora somos "independientes" y con nuestra propia identidad. No somos la madre. El efecto no puede ser igual a la causa, dice la filosofía de Santo Tomás. Por tanto, la iglesia madre es madre, y será siempre madre en este caso. Aquí en Austin, nacimos como hija de la Iglesia Católica Romana. Nos independizamos porque hay elementos en los

cuales no estuvimos de acuerdo. Hay elementos en los cuales no los aceptamos. Hay elementos que no nos configuró en nuestro comportamiento litúrgico y pastoral.

Nos invita eso a la reflexión trinitaria de San Agustín, pero en este caso diríamos que la Hija no es igual a la Madre, pero siendo consustancial con la Madre, de la misma materia, y participa de la misma divinidad. Esos son los esbozos de la teología trinitaria: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por analogía, podemos nosotros decir que la Iglesia Católica Independiente no es la Iglesia Católica Romana, pero es de la misma sustancia. Por tanto, yo en la misma sustancia, estoy viviendo el Catolicismo al modo de la Iglesia Católica Independiente.

¿Y qué nos hace, además de ser de la misma sustancia, aunque con elementos distintos o sin algunos elementos que tiene la madre? El bautismo es lo que nos une. No es un caso que en todos los movimientos católicos, el bautismo es indispensable, y el bautismo es considerado sacramento. Ni siquiera el grande Martín Lutero pudo negar la sacramentalidad del bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Entonces decir que yo soy "independiente" es decir, "Yo soy católico al modo Independiente, pero soy católico en virtud del bautismo y yo hago parte de la misma sustancia de la Iglesia Católica Romana, Madre. Entonces, teológicamente hablando, yo soy parte de la Iglesia Católica al modo Independiente.

Tampoco creo que es posible llamarnos "Viejos Católicos" o "Católicos Antiguos," como lo hacen nuestros hermanos de la Unión de Utrecht. Eso genera la confusión. Sería como llamarnos Católicos Romanos, cuando realmente no lo somos. Eso de "viejo" también tendría un error teológico: La Iglesia nunca podrá envejecer, porque si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, el Cuerpo de Cristo no envejece. El Cuerpo de Cristo es divino, y uno de los atributos divinos en la teología dogmática es que es bello, y lo bello nunca envejece, teológicamente hablando. Entonces, ¿qué quiere decir ser "Católicos Antiguos? El Cuerpo de Cristo no es "antiguo". El Cuerpo de Cristo es alfa y omega, principio y fin (Apóc. 1,8). Supera el tiempo y el espacio.

Otro detalle es la misma palabra “católica” que connota su significado preciso y es “universal”. La universalidad de la Iglesia ya es parte de su mismo nombre universal. El *católicos*, en griego, es el “universal”. El *católicos* es el que hace parte de un grupo, pero al mismo tiempo está abierto y concatenado. Está de alguna forma ligado a toda una realidad universal. Esa es la Iglesia.

Aplicarle a una iglesia epítetos por motivo de nacionalismo o por un motivo de sentimientos patrios, o por un motivo de elementos que podrían adornar el nombre de una iglesia independiente, tiene el riesgo de reducir en realidad el nombre de lo que se es, y al mismo tiempo reducir el faro de luz que puede dar lo que realmente es una iglesia al modo independiente. Soy católico en virtud del bautismo. Y soy independiente, porque hacía parte de la Iglesia Madre, que en este caso es la Iglesia Católica Romana.

Por varios años aquí en Austin, nos identificábamos como parte de la Iglesia Católica Americana en los EE.UU.—la ACCUS, por sus siglas en inglés, pero ¿es correcto decir “Iglesia Católica Americana”? A mi parecer, reduce el campo de acción, el campo “universal”, así que sería una contradicción decir “católico” (universal), pero al mismo tiempo “americano”. Es un error teológico a menos que haya alguien que me explique bien el pasaje de lo universal a lo particular, y cómo es que podemos reducirlo a una sola visión de país.

P. Jayme: ¿Qué perspectiva compartiría usted sobre la diversidad de sacerdotes y diáconos en el Catolicismo Independiente en los EE.UU., que varían desde los más conservadores, a los que siguen las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo, a los más “New Age”?

P. Libardo: La diversidad no me asusta, no me confunde, y no me impresiona. Existe también una diversidad de cleros en la Iglesia Católica Romana. En la Iglesia Católica Romana, existen sacerdotes muy tradicionalistas, como existen sacerdotes muy liberales. Por tanto, yo creo que hay otro de los elementos que también merecen un estudio profundo y un llamado a la reflexión seria, para los que lo quieren acoger en la caridad. La caridad lo puede todo. La caridad lo acepta todo, perdona todo, y no es falsa o hipócrita (1Cor.

13,4-5). Y la caridad siempre recibe. Acepta. Perdona. A mí me fascina ese capítulo 12 de la carta a los corintios de San Pablo, porque es lo que nosotros estamos llamados a aplicar en nuestra vida práctica, en nuestra vida diaria, como hermanos sacerdotes que somos, y es lo que menos practicamos.

Algunos sacerdotes son liberales, y otros son conservadores. Unos llevan sotana, y otros no. Unos celebran la Misa de una manera, y otros la celebran de otra manera. Iría a la caridad: ¿Aceptamos o no al otro? ¿Aceptamos o no a los sacerdotes, sin distinguir entre su modo de vestir o de celebrar los sacramentos? ¿Aceptamos o no a nuestras hermanas que también son sacerdotes? ¿Aceptamos o no la inclinación sexual de los sacerdotes? La cuestión para cada uno de nosotros es, si queremos ser como Cristo, quien es caridad, y vivir esa dimensión caritativa con nuestros hermanos—si queremos ser el corazón de Cristo, en donde se encuentra caridad.

El Catolicismo es un arcoíris, y el arcoíris no es un solo color. Tiene varios colores. Así que, en el arcoíris del Catolicismo, uno es rojo, otro es verde, y otro es azul, pero todos juntos configuramos la belleza de un arcoíris. Es un bellissimo fenómeno de la naturaleza. Bellísimo.

P. Jayme: El Catolicismo Independiente es distinto de la Iglesia Romana al no tener tantos requisitos para los sacramentos: ¿Qué riesgos hay para el movimiento, al no tener una formación teológica más sólida para los candidatos para el diaconado, el sacerdocio y el obispado?

P. Libardo: Me parece una pregunta capciosa e insidiosa, porque ¿no quiere decir que no haya grupos del Catolicismo Independiente que no tengan una preocupación grandísima por la formación de sus sacerdotes, para que sean sacerdotes sólidos en la formación, sobre todo en su formación teológica. ¿Y no está dicho que no haya movimientos dentro del Catolicismo Independiente donde haya requisitos más o menos análogos con los que hay en la Iglesia Católica Romana para la administración de los sacramentos?

En California, donde tuve la oportunidad, por gracia de Dios y de mi párroco, de asistir a una experiencia, los requisitos para administrar los sacramentos a los candidatos son casi como en la Iglesia Católica Romana. Otro detalle: Hay un obispo en California que dice que él no ordena a cualquier sacerdote, porque no tiene necesidad, y porque todos le vienen de la Iglesia Católica Romana y ya tienen una sólida formación.

Ahora vamos con los otros sacramentos. ¿Por qué nosotros no tenemos muchos requisitos? Sí, hay requisitos que en realidad no son bíblicos, como esos requisitos de los padrinos que tienen que ser casados, porque si no son casados.... ¡Casi raya en lo ridículo! Y diría también en lo cruel. Porque la madrina no es casada por la santa Madre Iglesia, ¿no sea aceptada para dicha responsabilidad? No solamente es ridículo, sino cruel. Porque la fe no depende del matrimonio de los padrinos, sino de la gracia que genera el sacramento en sí. Sí, la Iglesia ha tratado de asegurar en los padrinos que haya dos representantes que hasta cierto punto preserven la fe en el niño o en la niña o en el candidato. Vuelvo a lo que decía Jean-Jacques Rousseau: El ser humano nace bueno, y la sociedad lo corrompe.

Por tanto, sí, tenemos que aligerar las cargas porque nos hemos convertido en fariseos. Somos expertos de las reglas, y somos expertos para imponer pesadas cargas a nuestros hermanos. “No puedes ser confirmado si no haces dos o tres años de preparación” o “No pueden casarse si no hacen seis meses de preparación”. Por favor. No seamos falsos e hipócritas, porque los que menos tenemos la autoridad de dar discursos sobre el matrimonio, somos los sacerdotes Católicos Romanos, porque ni siquiera sabemos lo que es verdaderamente una familia. Entonces es una falsedad.

Estoy de acuerdo hasta cierto punto: Una preparación sólida no cae mal cuando se trata sobre todo del sacramento del sacerdocio. Yo he encontrado y he tenido una experiencia que el sacerdote, entre más preparado teológicamente está, más tiende a la fidelidad, y más tiende a la comunión. Un sacerdote teológicamente preparado tiene mucho más respeto de lo que es y de lo que celebra, y tiene mucho más respeto y apertura hacia la comunión.

Puede que sea una simple impresión. Puede que me equivoque. Pero en la medida en que mi preparación teológica me permita vivir la comunión, la caridad y el respeto con mi hermano sacerdote, claro que yo configuro no solamente un cuerpo presbiteral, sino que no tengo ganas de traicionar, de hablar mal del otro, de echar veneno al otro, de hacerle mal al otro.

¿No soy un sacerdote a imagen de Cristo? ¿No viven mis hermanos sacerdotes en Cristo? Entonces, sí, yo no tomo conciencia de esa realidad, y a través de una preparación espiritual y teológica sólida, no tengo miedo de fracasar. Si fracasamos fácilmente, muchos sacerdotes salidos del seminario con una muy buena preparación teológica, imaginémosnos las personas que no tienen conciencia y que buscan el sacerdocio solamente para escalar desde el punto de vista social, que quieren ser sacerdotes solamente por tener el prestigio.

Es un peligro el querer ser sacerdote y nada más, y es una especie de problema que no podemos nosotros ignorarlo. Esa especie de problema yo lo llamaría una polilla silenciosa y eficaz, que es una polilla, es un parásito que daña la madera y la convierte el polvo. Pues, si la madera no tiene un buen barniz sólido, y no ha sido curada con elementos que la puedan preservar de la polilla silenciosa pero muy eficaz, la polilla entra en la madera, la convierte en polvo, y la hace nada. Yo soy la madera, y si no tengo elementos fundamentales de base para llevar adelante mi sacerdocio, tengo el riesgo de dejar entrar polillas que conviertan mi vida y mi sacerdocio en polvo y en nada.

No quiere decir que los únicos que tienen una perfecta y buena preparación teológica, filosófica y espiritual son los sacerdotes de la Iglesia Católica Romana. Mentira. No es verdad, pero los candidatos que no vienen o que hagan parte de la Iglesia Católica Romana, o que no tengan formación de ella, yo creo que sí tenemos que prepararnos más o menos bien, porque entonces tendríamos otro peligro de los que somos de la Iglesia Católica Romana, somos los que realmente estamos preparados. El otro, que no está muy preparado, sino solamente por las buenas actitudes que tienen de querer servir a la Iglesia, sí, eso está muy bien,

pero implícitamente estaríamos creando de nuevo el problema de los sacerdotes de primera clase y los sacerdotes de segunda clase. Cuidado. Porque eso daña la comunión, y porque eso no nos hace iguales los unos a los otros. Y ese es un gran peligro que no solamente podemos nosotros vivir, sino que ya la Iglesia Católica Romana vivió.

No es un caso que en el medioevo existía el alto clero y el bajo clero: los príncipes que podían aspirar a los altos cargos de obispos, abades, cardenales o papa — y el bajo clero, que eran los que no tenían ninguna preparación intelectual. Existía el alto clero y el bajo clero. Lejos de mí que un día eso suceda en el Catolicismo Independiente de los EE.UU. o dondequiera se encuentre el Catolicismo Independiente. Creo que esa distinción entra el bajo clero y alto clero, por motivo de la preparación intelectual del sacerdote, sería una catástrofe y crearía grandísimos problemas en el futuro al Catolicismo Independiente, y evidentemente no sería nada eficaz para configurar lo que somos: parte del Cuerpo místico de Cristo.

P. Jayme: ¿Qué perspectiva compartiría usted sobre los laicos del Catolicismo Independiente en los EE.UU., los cuales han encontrado una comunidad y un hogar espiritual con nosotros, aun si nos consideran a veces más como un puerto de mar?

P. Libardo: Creo que una imagen vale más que mil palabras. Con los laicos dentro del Catolicismo Independiente, hay que tener en cuenta un detalle, y es que la mayoría de los hermanos católicos en los EE.UU. y la mayoría de los inmigrantes se identifican con la Iglesia Católica Romana. El problema que se puede generar con nosotros, con respecto a los laicos y en el Catolicismo Independiente en los EE.UU., es que muchos laicos desconocen las cuestiones de fe y de religión, y en la catequesis y en cuestiones teológicas. Hacen sus preguntas, y las considero válidas. Y tienen derecho a preguntarnos, “Ustedes, ¿quiénes son?” Como dije anteriormente, alguien me preguntaba, “el obispo Católico Romano de la ciudad donde usted está, Padre: ¿Es su obispo?” ¿Y cuál es mi respuesta como sacerdote? Yo no puedo mentir. Y como sacerdote yo no puedo ocultar verdades: que me deben caracterizar a mí como miembro del Catolicismo

Independiente de los EE.UU. Eso es lo que hace a uno también crear identidad propia.

Entonces, volvamos al problema que puede generar con los laicos al no identificarnos claramente con lo que somos, porque la mayoría de los laicos en los EE.UU. o hacen parte de la Iglesia Católica Romana, o son cristianos que han pertenecido a cualquiera denominación o a cualquier fe. Y entonces, cuando vienen a nosotros, faltarían una catequesis, y hay que ser muy claro. Sí, es una crueldad decir que los sacramentos de una persona no son válidos, pero también es cruel hacer pensar un laico que confía su familia y sus hijos a mi cuidado pastoral y a mi Iglesia, sin saber que yo realmente somos de la Iglesia Católica Independiente.

¿Cómo hacemos para explicar tal realidad? Tenemos que tener la valentía de hacerlo, y no tener miedo ni avergonzarnos. En la cultura mexicana, ¿qué hijo se avergüenza de su madre? ¿Y qué madre se avergüenza de sus hijos? Me parece bellissimo cuando usan mucho las fotos de la familia. Esas fotos representen la unidad de la familia. Y la gente me dice con tanto orgullo, "Padre, ella es mi hija". "Él es mi hijo". "Ella es mi nuera". "Él es mi cuñado". "Él es el esposo de mi hija". "Ella es la esposa de mi hijo." O sea, ese deseo de que sea conocida toda la familia, con gran orgullo, identificándonos sin ninguna dificultad. Todos tienen el derecho de saber que nosotros somos Iglesia Católica Independiente, y que no dependemos de Roma, pero que nuestros sacramentos tienen validez, nuestros sacramentos generan gracia, y nuestros sacramentos generan la salvación que vino a traer Cristo a la Tierra.

Por tanto, cuando yo pienso en mi futura parroquia, el primer cartel que pondré es "Iglesia Católica Independiente". Para que sepan que yo no hago parte de la barca de la Iglesia Católica Romana, pero sí, estoy en la barca de la Iglesia Católica Independiente, que también es Iglesia, y que también es católica en virtud del bautismo. Y que también genera salvación.

Este elemento he tratado de subrayarlo con lujos de detalle, porque es una trampa en la que nosotros, los sacerdotes, podemos caer por miedo a no identificarnos realmente

como Iglesia Católica Independiente. La medicina podría ser peor que la enfermedad, porque en este caso, yo, por falta de honestidad, o por miedo que los laicos se me vayan de mi parroquia, no digo que soy de la Iglesia Católica Independiente, o que pertenezca al Catolicismo Independiente. Cuando me descubran que yo no hago parte del clero de la diócesis Católica Romana en donde se encuentra mi parroquia, un laico me puede preguntar, "Y usted no me dijo que era Independiente. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me explicó? Porque yo soy Católico Romano, y yo regreso al seno de mi Iglesia Católica Romana." ¿Cómo quedaría tu conciencia? ¿Cómo te sentirías tú delante tal laico? La verdad nos hará libres (Jn. 8,32), y en la libertad de los hijos de Dios, podremos generar más hijos de Dios.

En realidad, me gusta la imagen de cómo es que nosotros de la Parroquia de la Sagrada Familia somos un puerto de mar en esta ciudad. Hay mucha gente que se siente discriminada en la Iglesia Madre. Hay mucha gente que, por motivo de todos los requisitos que ha puesto la Iglesia Madre, se sienten impotentes. Sienten que es imposible celebrar el bautismo de su hijo, de su hija, de su nieto, de su nieta, porque hay tantos obstáculos que hay que superar. En vez de ayudarlos, los aplastamos. Y entonces nosotros somos una alternativa. Y es bonito ser una alternativa, ser un puerto de mar donde llegan y se van. Pues si yo los preparo bien, y si toco las emociones de esa persona y le ofrezco el Cristo Salvador, que es el mismo de toda la Iglesia Católica, esa persona se queda con nosotros y configura la familia con nosotros. Esa persona hace parroquia con nosotros. Esa persona es hija o hijo de Dios con nosotros. Esa persona obtendrá la salvación junto con nosotros. Por tanto, que seamos un puerto de mar. Al puerto de mar vendrá gente de todas partes. Me gusta esta figura, y no me preocupa.

También diría que el Catolicismo Independiente es una flor en donde se nutren por un momento los colibrís y las abejas. Tienen hambre, encuentran en nosotros el néctar que buscan, y tal vez después nos regresen más. Al mismo tiempo, seamos más que una flor. Formemos un cuerpo sólido, lo que viene llamado "parroquia", que después,

extendiéndose a otras comunidades y a otras parroquias, forman lo que se viene llamado en el derecho canónico “la diócesis”.

En mi experiencia aquí en los EE.UU., los americanos tienen más sentido de pertenencia. Se sienten más comprometidos. Me fascina ese modo de ellos, de ser parte de una parroquia, hacer parte de una realidad humana, pero al mismo tiempo divina, ser parte del Cuerpo místico de Cristo. Se sienten miembros a todos los efectos. Sienten la necesidad de estar con el otro. Y sienten la necesidad de identificarse con el otro, de compartir con el otro. Así que para algunos somos “puerto de mar”, y para otros realmente somos una comunidad de fe.

P. Jayme: ¿Qué les diría usted a los obispos, sacerdotes, diáconos y laicos que actualmente estén tratando de crecer sus comunidades eucarísticas?

P. Libardo: Que sean pastores. Que no tengan miedo de los hermanos. Que abran sus puertas y sus corazones. Que sean auténticos. Que sean personas de intensa espiritualidad. Se requiere de una grande espiritualidad para crear una verdadera comunidad. Ofrezcan lo mejor que tienen ustedes, a sus hermanos laicos. Ofrezcamos lo mejor que tenemos. Y ¿qué es lo mejor que tenemos? Ser auténticos en Cristo, llevar alegría a los corazones en un mundo enfermo por la depresión, una sociedad amante de escapar de la verdadera realidad que vive el ser humano. Hoy vivimos constantemente una especie de *fuga mundi*, de escapar de todo. Nunca como hoy se ha sentido solo el ser humano, cuando los medios de comunicación nos permiten estar en comunión y en comunicación. La humanidad se siente sola. Nunca como hoy nosotros nos encontramos en una burbuja rodeado de soledad. Y es cuando un obispo, un sacerdote y un diácono debe ser padre o madre, debe ser maestro, debe ser pastor, debe ser Cristo. Y la gente se da cuenta. La gente se acerca a nosotros, pidiendo sólo una palabra de esperanza. La imagen vale más que mil palabras, y ¿qué es la imagen en este caso? Tu comportamiento. “Por sus obras los conoceréis” (Mt. 7,16). Y la primera comunidad cristiana no solamente soportó las pruebas del martirio, sino todo lo que implicaba ser comunidad en diversas naciones. Sólo en

la caridad, y sólo en la fraternidad. Y eso es lo que a muchos de nosotros nos hace falta. Los obispos se preocupan por estar vestidos de obispos y por manifestar su episcopalidad a través de todos sus paramentos sacros. Yo les digo: Abran las puertas de sus corazones como pastores y maestros.

P. Jayme: ¿Qué opina usted sobre el ecumenismo dentro del Catolicismo Independiente en los EE.UU.? ¿Que tan abiertos o no debemos estar a los otros cleros que se identifican como Católicos Antiguos e/o Independientes?

P. Libardo: El ecumenismo es una palabra que significa "apertura", y a mí siempre me ha causado impacto. Con respecto a los grupos que han surgido en el seno de la Iglesia Católica Romana, no es que sea mucho ecumenismo, aparte de movimientos que han sido muy eficaces como la Iglesia Anglicana de Inglaterra. Y últimamente el papa ha abierto una ventana a nuestros hermanos luteranos y ha dado una mirada hacia ellos.

Pero precisamente aquí en los Estados Unidos, nos encontramos delante a un problema, y es que hay demasiados grupos. La Iglesia Católica Independiente, si se puede considerar una sola "iglesia", está fragmentada en tantísimos grupos que, mirándolos desde Roma, esos grupos prácticamente no se ven. Casi son invisibles. Entonces en los EE.UU., donde parece que fuera un mar lleno de tantos grupos, de tantas tendencias, de tantos colores y de tantos sabores, sí, pudiéramos decir que estar abierto no hace daño. Porque abrir nuestros corazones hacia el otro implica un puente, y los puentes son necesarios. Es importante escuchar al otro. Es importante entrar en diálogo con el otro. Es importante abrirnos y estar atentos al otro. Es importante también contarle al otro nuestras experiencias.

El fenómeno del ecumenismo aquí en los EE.UU., a mi parecer con los pocos años que me encuentro viviendo aquí, diría hay mucho por hacer. Hay mucha tela por cortar. Pero no quiere decir que no podemos iniciar como Iglesia Católica Independiente abriéndonos a los demás con prudencia, porque siempre la prudencia llama a estar atentos. Pero la apertura siempre es maravillosa. La apertura al otro siempre da buenos resultados. La apertura

implica conocernos, extender la mano, y, subrayo por enésima vez, crear puentes. Si tengo la posibilidad algún día de profundizar mucho más en este tema, evidentemente que sería muy bonito hacer teología de los puentes, para unir las islas en donde vivimos o donde estamos, sin advertir los peligros que nos circundan. Por tanto, creo que el ecumenismo dentro del Catolicismo Independiente en los EE.UU. vale la pena. Es un paso necesario, porque con tantos siglos que existen, no queda otra alternativa. Con tantos grupos que hay, no hay otra posibilidad, sino abrirnos al diálogo, a la comunión, siempre en el respeto y en la caridad.

P. Jayme: ¿Qué tan realista es la idea de alcanzar la unión entre el Catolicismo Independiente y la Iglesia Romana?

P. Libardo: Esa pregunta es, como dicen los italianos, la pregunta del millón. La Iglesia Católica Romana no ha logrado la unión después del cisma de Oriente con Occidente en el 1054 d.C., en donde la Iglesia de Oriente se denominó "Ortodoxa" y la Iglesia Católica Romana quedó con esta denominación.

¿Qué tan realista es alcanzar la unión con respecto al Catolicismo Independiente, o estamos a años luz? Me parece que allí no solamente se necesitaría algún puente, sino el viaducto más grande en la historia de la humanidad. Pero tampoco es que sea imposible. Todo es posible con la gracia de Dios (Mt. 19,26). Y el tiempo de Dios es diverso del tiempo de nosotros. 2000 años ante los ojos de Dios es como un día que pasó, como dice el salmista (Sal. 90,4). Por tanto, creo que las esperanzas siempre hay que tenerlas, porque volver a la casa del padre (Lc. 15,20-24) hace siempre bien, pero se necesita un camino y particularmente lo veo sumamente lejos el camino que hay que hacer para llegar a alcanzar esa meta, que sería lo ideal: Es la unión entre todas las iglesias, para configurar todo el Cuerpo místico de Cristo y hacerlo uno.

P. Jayme: Supuestamente hay más de 6 millones de católicos que son parte de la Iglesia Filipina Independiente. ¿Qué podríamos aprender de ellos?

P. Libardo: Primero que todo, una vez más entrar en diálogo comunal a través de la figura que siempre he subrayado,

la del puente. Seis millones de católicos de la Iglesia Filipina Independiente es un número no indiferente. Es un número que vale la pena tener en cuenta. Es un número de hermanos que necesariamente tendríamos que abrir las puertas también a ellos. Qué bonito sería un intercambio cultural, un intercambio entre hermanos sacerdotes, entre la Iglesia Independiente Filipina y la Iglesia Independiente de los EE.UU. Qué bonito sería pasar una experiencia con ellos, entrar en el diálogo experiencial con respecto a lo que viven, cómo viven, cuáles son sus sueños y las ilusiones que tienen, cuáles son las dificultades que tienen y, evidentemente, conocer el motivo por qué existe también Iglesia Independiente en Filipinas. Me parece muy importante, cosa que no creo que tengamos nosotros las estadísticas claras con respecto al número de miembros o hermanos en la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU., porque esto se ve muy claro. Creo que lo bonito y además necesario sería entrar en diálogo, con un intercambio de sacerdotes, con algunos de nosotros pasando un tiempo allá, y ellos acá. Sería muy bonito y muy edificante para la comunidad y para la Iglesia Católica Independiente de los EE.UU.

P. Jayme: **¿Qué opina usted sobre los innovadores dogmas de la Iglesia Romana, como las de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de María, y de la idea de la jurisdicción universal del papa?**

P. Libardo: Los dogmas han sido un elemento que la Iglesia Católica Romana ha usado para enseñar, catequizar, y al mismo tiempo subrayar verdades que en el transcurso de la historia de la Iglesia el pueblo ha acogido como un axioma, una verdad evidente por sí misma. La Iglesia Católica Romana, en el transcurso de la historia, ha aprendido mucho. Y en su gran sabiduría sabe perfectamente que fijar sucesos que hagan parte de la identidad propia de su Iglesia hace bien al pueblo y al mismo tiempo los une. Los dogmas han sido elementos que han unido, y en este caso, para suplir la problemática de la cual yo hablaba anteriormente: La falta de la presencia de mujeres en el seno de la Iglesia o en la administración de la Iglesia, en la misma liturgia de las mismas celebraciones, ha resaltado la imagen de María, cosa que no está mal porque evidentemente María es Madre

de Dios, *theotokos*, porque es Madre de Cristo, y debe ocupar un lugar importante en el seno de la Iglesia como corredentora.

¿Cómo podemos nosotros actualmente concebir esta realidad en la Iglesia Católica Independiente? No me da demasiado fastidio pensar que María, siendo la Madre de Dios, pueda también ser redentora. En efecto, la Iglesia Católica Romana la cataloga así, además de constituirse como corredentora. Ella hace parte de una realidad que no podemos negar, y es que participa de toda visión celeste y al mismo tiempo nos concede gracias de parte de su Hijo. Es dadora de gracia que viene de su Hijo, evidentemente llevándolo en su seno y donándolo a la humanidad. María es importante y la idea de la Inmaculada Concepción no me causa ningún problema.

Siempre he estado muy a la contemplación del misterio de María. Por tanto, creo que es circunstancial, y que puede hacer bien. No nos hace nada mal tener una madre en el cielo que nos ayude a través de nuestra peregrinación en esta tierra, siendo la Intercesora, la que intercede por nosotros al Padre, con su Hijo, y en el Espíritu Santo, porque también es María esposa del Espíritu Santo.

Con respecto a la jurisdicción universal del papa, eso siempre ha sido un tema que ha traído grandísima dificultad, y es el tema que todavía causa dificultad cuando se trata de entrar en la comunión con respecto a las iglesias de Oriente, particularmente la Iglesia Católica Ortodoxa. Yo siempre he pensado que el papa es un hermano entre los hermanos, pero es un tema que vale la pena, porque de esto, sí, hay muchísima literatura. De esto, sí, hay muchísimo por hablar y mucho por descubrir, estudiar, y al mismo tiempo manifestar nuestra opinión.

Al inicio del pontificado del Papa Francisco, dijo, “Yo soy el obispo de Roma”, pero parece que, en algunas circunstancias, con el comportamiento ambiguo de este papa, que hoy es blanco, mañana es gris, y pasado mañana es negro oscuro, no se sabe mucho a qué atenerse. Parece que la figura del “obispo de Roma” inicialmente era para encaminarse hacia catequizar sobre la figura del obispo de Roma, pero poco a poco se ha perdido en las nubes oscuras,

a veces de los días de invierno de la Ciudad Eterna y de los veranos sumamente calurosos que a veces atrofian un poco los pensamientos de los grandes jerarcas de la Iglesia en la ciudad de Roma.

P. Jayme: **Sabiendo que la pregunta surgió con la bula *Unigenitus* de qué tanto debemos obedecer al papa, y qué tanto debemos obedecer a nuestra propia conciencia, ¿cómo resolvería usted esa dicotomía?**

P. Libardo: La obediencia es fruto de una realidad que evidentemente hace parte de un sistema y al mismo tiempo de una organización. En toda organización piramidal, siempre hay quien ordene, quien mande, o quien ejecute órdenes, y siempre habrá quien las deba cumplir. Por tanto, la obediencia, hasta cierto punto, hace bien en toda organización y es necesaria para que funcione bien un cuerpo, para que funcione todo un sistema.

Pero la “obediencia ciega” pretende decir, “quien obedece, nunca se equivoca”. No. Evidentemente no puedo yo obedecer a principios o normas que van contra mi conciencia. Entonces, ¿no es una gran contradicción? Simplemente que hay que tener claro qué cosa se obedece, por qué se obedece, cuál es el objetivo de la obediencia, a quién obedezco, y por qué debo obedecer. En el Catolicismo Independiente, muchas veces tenemos la misma estructura de la Iglesia Católica Romana, así que siempre debe haber un hermano mayor. Siempre debemos tener claro cómo se habla en el lenguaje religioso: un superior, un maestro o un rector. Por tanto, con un poco de espíritu de humildad, obedecer al rector, al maestro, al párroco, al obispo, al superior no lo hace mal, porque evidentemente si el “superior” es una persona llena de Dios, todo lo que implican sus órdenes son llenas también de bien, de bondad, de caridad y de comunión, cuando el que pide obediencia vive la plenitud de la gracia de Dios y la plenitud de la comunión con cada uno de los que el Señor le ha concedido estar a su cargo o a su cuidado pastoral.

No encuentro dicotomía con respecto a la obediencia, cuando se trata de la conciencia, porque la conciencia es la voz de Dios. Se tiene que formar y educar la conciencia de cada uno de nosotros con principios claros que llevan a la

luz de un buen comportamiento humano. Así me parece que no entraría en contradicción.

P. Jayme: Sabiendo que en el pasado la Iglesia Romana ha excomulgado o ha excluido de la comunión a las personas casadas y divorciadas, ¿qué les diría usted a tales personas que actualmente viven “en el pecado”?

P. Libardo: Es otro de los temas bien candentes que fueron discutidos en el 2015, en el Primer Sínodo de la Familia, y ese sínodo fue un fracaso total, así que el Papa Francisco no quiso quedarse en el barril en que se metió y siguió con el Segundo Sínodo de la Familia, tratando de hacer entender a los señores cardenales y a la Santa Madre Iglesia que había posibilidad de abrir las puertas a los divorciados y no considerarlos excomulgados o en pecado mortal—porque evidentemente el que está en pecado mortal está condenado al infierno.

Si en los vértices de la Iglesia se está discutiendo esto, y el papa ha visto la necesidad de tocar esos temas, es porque tenemos la obligación de dar una respuesta y de no condenar a las personas, sino precisamente abrir nuestros corazones como el corazón de Jesús, abrir nuestros corazones a la misericordia, y seguirlos y hacerlas entrar en el redil (Jn. 10,1), en lugar de condenarlas a las llamas del infierno.

El Papa Francisco que ha estado iluminado con respecto a este tema, y parece que, después de la grande confusión del Primer Sínodo y del Segundo Sínodo de la Familia, y después del “Año de Misericordia”, a él no le ha tocado otra alternativa sino permanecer en silencio. Como yo decía anteriormente, este papa, a pesar de ser un gran hombre, es ambiguo, y las personas ambiguas no saben cómo actuar.

El tema es importantísimo y nos llama a la reflexión, de tal manera que me da mucho gusto hablar con las personas divorciadas y decirles que en la Iglesia Católica Independiente, les abrimos las puertas y tendemos la mano como si fueran las manos de Cristo en la misericordia, concediéndoles la posibilidad que puedan recibir el Cuerpo de Cristo—que es para los pecadores, y no para los santos.

P. Jayme: ¿Qué opina usted sobre la ordenación de los hombres casados y/o divorciados?

P. Libardo: Estamos a punto de iniciar una revolución copernicana con respecto a esta pregunta, porque en esta primera semana de octubre en Roma, se está celebrando el Sínodo Panamazónico con muchísimas dificultades, porque algunos grandes cardenales en la cúspide de la organización de la Iglesia Romana están muy contrario a este famoso sínodo. Me llegó esta mañana un artículo interesantísimo, diciendo que han creado vigilia de oración para que el Espíritu Santo asista e ilumine a los padres sinodales en Roma, porque están en contra de los hombres casados que puedan ser sacerdotes, mirando desde una perspectiva del celibato como un don divino, como un don de Dios. Y es que eso no lo dieron en los primeros mil años de la Iglesia Católica, cuando los sacerdotes se podían casar. Por más de mil años, el celibato no era un “don divino”. Y la Iglesia Ortodoxa todavía continúa en esa misma perspectiva, dando la posibilidad a los sacerdotes que se quieran casar, que se casen. ¿Y acaso hay alguna contradicción? Con respecto al sacramento del orden y el sacramento del matrimonio, no existe contradicción. Nos creó Dios precisamente para que estuviéramos juntos y para que conviviéramos y que fuéramos una sola cosa, como dice la antropología del libro del Génesis (Gén. 2,24).

Y entonces, ¿cuál es el escándalo? ¿Cuál es el problema? ¿Cuál es la preocupación? En el transcurso de la historia de la Iglesia, no nos hemos cansado de decir que el matrimonio es un sacramento que santifica—y al mismo tiempo que los sacerdotes tienen que configurarse a Cristo, que supuestamente nunca se casó y que vivió para su Iglesia, y donó su vida a ella sin compartirla con una mujer. Pero no es dogma de fe. Ni se encuentra en ninguna parte de las Sagradas Escrituras. Sí, hay un pasaje en que se puede interpretar de muchas maneras, “muchos han sido célibes por el reino de los cielos” (Mt. 19,12). Es el famoso pasaje de los eunucos, pero eso no quiere decir que en el transcurso de la historia de la Iglesia se haya dado como fundamento *sine qua non* o que hay que ser célibe para poder ser sacerdote. ¿Estaban equivocados los que dirigían la Iglesia

en los primeros 1000 años de nuestra historia? ¿Se equivocó Cristo cuando eligió a Pedro, que era casado (Lc. 4,38-40)?

Entonces yo creo que estamos demasiado cerrados con respecto a esto. Las personas casadas pueden desarrollar un ministerio pastoral en nombre de Dios y en el nombre de Cristo sin ninguna dificultad. Las vemos no solamente en la Iglesia Ortodoxa que continúa esta praxis, sino en las iglesias evangélicas, en las iglesias episcopales, y en las iglesias anglicanas. El sacerdote casado puede desarrollar su ministerio sin ninguna dificultad. Hay muchísima literatura con respecto a esto, y que lo único que se presenta como síntesis de este problema es ser como Cristo. El reto es que Cristo era divino, y nosotros no somos divinos.

¿Y los divorciados? Eso es casi algo que ni siquiera se puede hablar. Vienen a mi mente las palabras del Papa Francisco, regresando del Brasil, cuando le hicieron una pregunta capciosa con respecto a los homosexuales, y su respuesta fue “¿Quién soy yo para juzgar? Hay hombres divorciados que pueden ser mucho más santos que muchos de nosotros, los sacerdotes célibes. Y entonces, ¿no es Dios que escruta los corazones de cada uno de nosotros (Rom. 8,27)? Y los ilumina y los proyecta a un ministerio, a una misión. ¿Por qué cerrar las puertas a tantas personas divorciados que, viviendo en santidad y justicia delante de Dios y delante de sus hermanos, puedan también llegar a ser sacerdotes? No las excluyo, y tampoco me cerraría a la idea. Nunca pretendería ser juez de elementos que sólo Dios puede juzgar.

P. Jayme: ¿Qué opina usted sobre la ordenación de las mujeres? ¿Y cómo podríamos superar los prejuicios que actualmente contribuyen a la desigualdad entre los hombres y las mujeres en la sociedad y en la Iglesia?

P. Libardo: Es otro de los grandes temas que siguen candentes, y el Papa Francisco ha hecho que se actualice el bendito tema del sacerdocio de las mujeres, al punto que en el 2015 constituyó una comisión teológica para estudiar el tema de las diaconizas y la conclusión de la Congregación de la Doctrina de la Fe de la Iglesia Romana era que no tiene autoridad para conceder el sacerdocio a las mujeres, porque

“así lo quiso Cristo”. Evidentemente, la Iglesia Romana es la única iglesia que se opone de modo radical.

Sería un tema digno de una tesis doctoral en cuestión de teología sacramental. El Papa Juan Pablo II daba por cerrado el tema y no se habló más de este tema porque supuestamente “es imposible”. Es muy interesante que no ha sido imposible para otras iglesias, como en el caso de la Iglesia Anglicana, que fue la que primero abrió las puertas al sacerdocio de las mujeres. Para ellos, no ha habido grandes dificultades para aceptar esa realidad.

Con respecto al sacramento del orden, muchos de nosotros en la Iglesia Católica Independiente tenemos estas características que nos hacen diferentes a la Iglesia Católica Romana: la aceptación de la mujer, y la igualdad entre el hombre y la mujer con respecto al sacramento del orden y en la sociedad y en la Iglesia.

En lo que respecta a esta realidad teológica, sí, es otro de los grandes temas bellísimos en los cuales sería necesario, no solamente a profundizar para dar mucha más claridad con toda la literatura que existe al respecto. Vale la pena. Podemos encontrar un sinnúmero de elementos y de tesis para llegar a concluir que sí es posible conceder el sacramento del orden a las mujeres sin que haya ninguna dificultad.

P. Jayme: ¿Qué opina usted sobre la teología de la liberación—sea la teología feminista y/o la teología de liberación latinoamericana?

P. Libardo: Yo crecí en el seminario leyendo la teología de la liberación de Leonardo Boff y de Gustavo Gutiérrez. Si entramos en un estudio profundo, hay elementos que pueden turbar la verdadera teología católica de una teología de la liberación. Sí, pueden tener elementos que sean en disonancia, pero la teología de la liberación en el fondo es fruto de un pueblo sufrido, de un pueblo que necesitaba declararse en estado de pobreza total para que se pudiera, desde la miseria, descubrir el rostro de Cristo, que también es el rostro de los niños que mueren de hambre en las calles o en las favelas de Río de Janeiro, o en las calles de drogados de las ciudades como Bogotá o como Quito en el Ecuador, o como Lima en

Perú. Es fruto de la pobreza impresionante de un pueblo latinoamericano muy sufrido, pero al mismo tiempo muy religioso. No es un caso que Latinoamérica fuera llamada "la esperanza" de la Iglesia Católica Romana.

Surge una teología desde abajo: la teología del pueblo, la teología de los pobres, la teología del ser humano que no pretende cantar las glorias al Señor en una iglesia cuando su estómago está vacío y desea de un plato de comida caliente. Eso es la teología de la liberación: el grito de un pueblo pobre, pero con las ganas de que sea escuchado en el corazón de Dios, en el corazón de Jesús, el grito de un pueblo marginado en una pobreza total que pedía ser reconocido como Iglesia. Y entonces es cuando se le agrega a esa teología el término de "liberación", la liberación que evidentemente tuvo sus connotaciones negativas, pero en el fondo toda teología es teología de liberación, porque toda teología libera de las cadenas a la humanidad, y hace sí que pueda alzar sus manos hacia el Cristo Redentor, hacia el Cristo Salvador, hacia el Cristo de la liberación.

Fueron perseguidos los teólogos de la liberación. Fueron callados. Y fue callado el fundador, el famoso Gustavo Gutiérrez, si se puede decir que fue el iniciador de la teología de la liberación. Hace poco me impresionó cuando leí que el Papa Francisco invitó a Gustavo Gutiérrez al Vaticano a dar una conferencia. Es la ley del péndulo de la cual hablaba antes. Hay momentos en que el péndulo está a la derecha, y hay momentos en que el péndulo está a la izquierda. Es la parte humana de la Iglesia, pero sostenida con la gracia del Espíritu Santo. Se sabe mantener en este dinamismo rítmico, pero al mismo tiempo de gran movimiento. No sé por qué no llegaron a excomulgar o reducir al estado laical al famoso Gustavo Gutiérrez, fundador de la teología de la liberación. Es gran hombre de gran espesor intelectual.

Con respecto a la teología feminista y con respecto a este movimiento en que también gritan las mujeres, la teología femenina grita porque quiere hacerse sentir. Tengo poco conocimiento, y mi honestidad intelectual no me permite hacer un argumento claro y específico al respecto, porque sería traicionar el mismo movimiento. Y no quiero faltar el

respeto a esa realidad teológica, porque no soy especialista, y no tengo mucha experiencia teológica al respecto.

P. Jayme: **En muchos lugares, el Catolicismo Independiente es más abierto a las personas gay y LGBTQIA+. ¿Por qué es eso? ¿Por qué tiene la Iglesia Romana unas enseñanzas tan estrictas respecto la homosexualidad, y como cabe eso con el hecho de que el sacerdocio Católico Romano ha sido una alternativa viable para muchos hombres gays en el mundo?**

P. Libardo: Eso es música para mis oídos. Pues claro que el Catolicismo Independiente es más abierto a las personas de ahí, porque si hay algo que tengo que subrayar y tengo que dar testimonio, es que en el Catolicismo Independiente he encontrado mucha más misericordia de parte de sus pastores, he encontrado personas abiertas y al mismo tiempo sacerdotes abiertos, pero no abiertos a una corrupción patológica, sino a una realidad humana.

Nunca se había hablado en Roma de este problema, hasta que el Papa Francisco surgió con la famosa pregunta de regreso del Brasil, cuando le preguntaron qué opina de los homosexuales, y su respuesta fue, “¿Quién soy yo para juzgarlos?” Pero evidentemente encontré en mis investigaciones que se llegó hasta el extremo que un papa en el medioevo permitía que los homosexuales fueran quemados en la hoguera porque evidentemente eran enfermos, eran endemoniados, y eran pecadores sin posibilidad de redimirse. Nunca más se volvió a usar el término “homosexual” en la Iglesia Católica Romana hasta que aparece el Papa Francisco y con él toda la problemática y escándalos de los sacerdotes homosexuales. Y eso ha hecho que con un poco de ironía, la palabra “homosexual” sea pronunciada sin miedo en el seno del Vaticano y de la Iglesia.

Y no es un caso que hoy en la actualidad, un famoso libro del periodista francés Frédéric Martel descubre la humanidad de muchísimos miembros de la Santa Sede del Vaticano que son homosexuales. ¿Y cuál es la sorpresa que en su mayoría son homosexuales, y que su vida de celibato y de castidad no viene practicada por ellos? Pero, ¿en dónde quedó el “¿Quién soy yo para juzgarlos?” del Papa

Francisco, que más adelante no le pesó la mano para escribir un documento enviándolo a todos los rectores de los seminarios y a todos los obispos de la Iglesia Católica Romana, en donde prohibía que un homosexual declarado fuera ordenado sacerdote? ¡Ay, Dios mío! Y entonces lo que hace con la derecha, lo borra con la izquierda. Y que lo que dice en la mañana, lo niega en la tarde. Ésa es la ambigüedad de este pontificado.

Los homosexuales son hijos de Dios. Los homosexuales no son enfermos, y de eso estamos muy claros. La Asociación Estadounidense de Psiquiatría (1973), la Asociación Estadounidense de Psicología (1975), y la Organización Mundial de la Salud (1977) han confirmado después de profundos estudios que ser homosexual no es estar enfermo. La semana pasada, se publicó un estudio científico sobre la homosexualidad en donde se declara que no hay un gen que indique la predisposición a la homosexualidad de un individuo, sino que es toda una cadena. En otras palabras, el homosexual no es fruto de un error biológico, sino que hace parte de todo un contexto del sistema del genoma humano.

Entonces, la homosexualidad hace parte de la humanidad desde que el mundo existe. Por tanto, nuestros hermanos de la comunidad LGBTQIA+ también son hijos de Dios, tesoros en el corazón de Dios, y participan en el sufrimiento de Dios por la gran preocupación y el gran martirio que implicó ser homosexual en tiempos pasados y que en los tiempos de hoy no ha cambiado mucho (ej., ser discriminados y ser considerados de segunda clase). Pues ya es hora que también la voz de los homosexuales se haga sentir en el seno de la Iglesia Católica, porque en el seno de la Iglesia Católica Independiente de los EE.UU. no solamente son ordenados, sino que son amados y son extraordinarios sacerdotes al servicio del pueblo de Dios.

P. Jayme: ¿Qué esperanza y/o qué visión tiene usted para el Catolicismo Independiente en los EE.UU.?

P. Libardo: Claro que hay mucha esperanza. Estamos iniciando un camino, y yo no estoy de acuerdo cuando la canción decía, “Caminante, no hay camino; se hace camino al andar”. No. El camino ya está hecho, y el camino está ya en el corazón

de Cristo Salvador, pero evidentemente tenemos que entrar en su corazón y dejarnos iluminar de Él con grande deseo de servirlo en nuestros hermanos. Porque el Catolicismo Independiente en los EE.UU. tiene futuro. Porque el Catolicismo Independiente en los EE.UU. es una alternativa. Porque con su apertura a toda la realidad humana, a la miseria humana, y sin tantas reglas y sin tantos muros que puedan impedir que el rostro de Dios sea visto a una humanidad enferma y deseosa de sanar, nosotros en este territorio tenemos mucho por hacer, y tenemos mucho que dar, y tenemos mucha esperanza que fomentar.

Con respecto al Catolicismo Independiente en los EE.UU., ya está en marcha. Ya la máquina se está moviendo. Los corazones de muchos sacerdotes están predispuestos y abiertos a unirse a esta realidad bellísima y con gran deseo de servir y con grande deseo de llevar a Cristo, que es la salvación, a un pueblo que necesita no solamente ser salvado, sino que necesita vivir desde ahora las primicias de esa salvación.

Yo tengo mucha esperanza, yo tengo muchas ilusiones, y yo tengo muchos sueños. Y son las esperanzas, las ilusiones y los sueños que me han llevado a compartir estos ensayos para que él que los lea se dé cuenta que estamos abiertos. Y si se encuentra solo, no lo está. Hay una casa abierta para él, una casa llena de luz. Hay una casa llena de esperanza. Hay una casa llena de respeto, de caridad y de amor. Y esa casa se llama la Iglesia Católica Independiente en los EE.UU. Pero también no nos cerramos a los hermanos que están fuera de los EE.UU., a los hermanos de Europa, a los hermanos de Asia, a los hermanos de África, y a los hermanos de la América Latina.

P. Jayme: ¿Qué oración compartiría usted con los obispos, sacerdotes, diáconos y laicos que se congregan con nosotros para esta convivencia aquí en Austin, y que oración tiene usted para aquellos que no pueden estar con nosotros?

P. Libardo: Comparto la oración del Evangelio de San Juan, que es la oración de Cristo, la oración del Buen Pastor: “que todos sean uno, como yo y mi Padre, somos uno” (Jn. 17,21) –ese

deseo de abrir sus manos a toda la humanidad y hacer de la humanidad un solo pueblo con diferentes características.

Entonces es cuando les digo a los obispos con sus propias identidades, con sus propias normas, y con sus propias reglas litúrgicas y todo lo que implica la parafernalia de sentirse obispo al servicio de una pequeña comunidad, y peor los que no tienen comunidad: Que todos seamos uno. Y eso ha sido el misterio de la Iglesia en el transcurso de su historia, el misterio de descubrir la voluntad de Dios en la unidad que todos seamos. Filosóficamente hablando, cada persona es única. No existe otro igual que yo. No existe otro igual que tú, con tus vivencias, con tus cualidades, con tus riquezas, y también con tus miserias. Pero si creemos en un solo Dios, Padre y Creador del cielo y de la tierra, y si creemos en Jesucristo, su Hijo único, y si creemos en el Espíritu Santo, entonces en la trilogía de las personas divinas que forman la unidad de un solo Dios, podemos nosotros también vivir en la esperanza de ser uno, como el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son uno.

Ésa sería una oración fantástica, no solamente que nos invite a la meditación, sino que nos invite a la praxis, a la aceptación, al respeto, a la comunión, a la fraternidad, y a la caridad.

Todo pasará (Lc. 21,33) menos la caridad, dice San Pablo (1Cor. 13,13). Y si yo soy sabio y tengo todo, pero no tengo caridad, yo no soy nada (1Cor. 13,2-3).

Por tanto, que todos seamos uno en la caridad, y esta oración puede ser del inicio comunal de la teología de los puentes en las islas en donde nos hemos acomodado, para iniciar un camino que algún día pueda hacernos llegar a la unidad total del Cuerpo místico de Cristo. Y caminando como peregrinos, siempre con este deseo y con este pensamiento de unidad, que todo sea "uno como mi Padre y yo somos uno" (Jn. 17,21).